

JOSÉ ANTONIO MEDINA DÍAZ

La historia de un maestro soñador

*De la chacra a las
Palmas
Magisteriales*



EDUCACIÓN Y LITERATURA



José Antonio Medina Díaz

José Antonio Medina Díaz hizo de la educación el camino de sus sueños y del aula, su espacio de servicio, con entrega, humildad y perseverancia.

En La historia de un maestro soñador: de la chacra a las Palmas Magisteriales, se desdobra en Antonín para narrar una vida nacida en Chugur, Anguía, Chota, Cajamarca, y forjada entre esfuerzo, vocación, fe y esperanza.





José Antonio Medina Díaz

La historia de un maestro soñador, de la chacra a las Palmas Magisteriales



Educación y Literatura

La historia de un maestro soñador, de la chacra a las Palmas
Magisteriales

Primera edición: setiembre, 2026

Publicado: setiembre, 2026

Perú

Autor:

José Antonio Medina Díaz

Editado por Ediciones AURISEDUCA de Wilfredo David
Auris Villegas. Jirón Alva Maúrtua 682 Pueblo Nuevo,
Chincha, Ica – Perú. E-mail:
edicionesauriseduca@gmail.com

Diagramación y maquetación e ilustración de
carátula e interiores: Jhon Pari Pérez
Corrección de estilo: Ediciones Auriseduca

Se terminó de digitalizar en setiembre de 2026

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú.
N° 2026-11389 - ISBN N° 978-612-4446-52-8

Libro digital disponible en la página electrónica:
<https://www.edicionesauriseduca.com>

Editado en Peru/ Edited in Peru
Pedidos y sugerencias: +51999147173

edicionesauriseduca@gmail.com

**A mi esposa Juana, a mis hijos,
Fani, Tony y Jamilton y toda mi descendencia.**

**A mis grandes amigos y compañeros de
estudios y de trabajo de todo el Perú.**

El Legado del Saber: Pensamientos de Maestros Ilustres

Jesucristo

"Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."

— Juan 8:32

José Antonín Encinas

"El más alto cargo que un ciudadano puede desempeñar en una democracia es el de maestro de escuela. El saber no es un privilegio acumulado, sino un bien común que debe transformar la realidad del niño y de su comunidad."

Horacio Zevallos Gámez

"Maestro, si el saber no nos une a las luchas de nuestro pueblo, si la ciencia no sirve para redimir al oprimido y sembrar la justicia en la tierra, entonces la palabra se vuelve vacía. Enseñar es un acto de coraje y de amor."

José María Arguedas

"El conocimiento y la palabra tienen el poder de unir los mundos. Saber es comprender la voz de los ríos, el dolor de nuestra gente de la sierra y la costa, y demostrar que todas las sangres tienen la misma dignidad bajo el sol."

José Santos Chocano

"El saber es la fuerza que esculpe el destino de los hombres y de los pueblos. Quien posee la luz del conocimiento tiene el deber sagrado de encender el camino de los demás, con la misma altivez y entrega con que el sol alumbra la tierra."



CONTENIDO

- Contenido |09
- Prólogo |11
- Presentación |13
- Introducción |17
- Capítulo I |21
la infancia en el campo
- Capítulo II |57
Sorpresiva visita
- Capítulo III |75
Una nueva vida en un mundo nuevo
- Capítulo IV |109
El retorno a la capital y el consejo del tío Celso
- Capítulo V |135
Cuando el amor llegó a la vida de Antonín
- Capítulo VI |165
Una visita con bendición: el nacimiento del maestro
- Capítulo VII |189
El llamado de las aulas: el programa de profesionalización docente
- Capítulo VIII |197
Tierra de promisión: el arte, las ondas y la vanguardia en amazonas

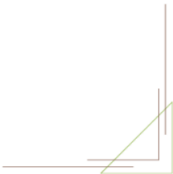
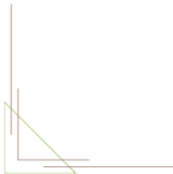
- Capítulo IX |205
El formador de formadores: el salto a la educación superior en el «José Santos Chocano»
- Capítulo X |245
misión cumplida y el retorno al hogar el balance técnico en la capital y la gratitud al magisterio
- Capítulo XI |268
los sueños no se jubilan
- Dossier fotográfico |290

PRÓLOGO

Existen vidas trazadas con determinación y fe. La historia de Antonín, mi padre, pertenece a esa estirpe de testimonios que demuestran cómo la terquedad de un sueño puede transformar la adversidad en un destino digno de ser contado.

Escribir estas líneas tiene un sentido sumamente íntimo. En estas páginas no hay ficción: está el niño campesino que levantó la mirada por encima de los surcos de la chacra; el joven que partió a Lima impulsado por su tía tutora; y el hombre que jamás permitió que la escasez definiera su alcance. La capital le exigió el precio de los grandes anhelos —soledad, cansancio y asfalto desconocido—, pero su sed de aprender convirtió el agotamiento en disciplina mientras trabajaba y estudiaba sin rendirse.

De ese fuego continuo surgió el maestro. Quien sufrió la imposibilidad de estudiar dedicó su vida a garantizar que otros sí lo hicieran, enseñando con la empatía de quien conoce las carencias desde la raíz. Años después llegó el máximo galardón para un educador peruano: las Palmas



PRESENTACIÓN

Es un honor académico y un profundo deleite humano asumir la responsabilidad de presentar la obra "La Historia de un Maestro Soñador, de la chacra a las Palmas Magisteriales", un texto que trasciende la mera narrativa biográfica para convertirse en un documento de obligatoria lectura e invaluable valor testimonial para el magisterio de nuestra patria.

Conozco de cerca los senderos de la educación peruana, sus encrucijadas, sus demandas y, sobre todo, el perfil de aquellos hombres y mujeres que deciden entregar su existencia a la noble tarea de moldear el futuro de la nación. Por ello, al recorrer las páginas de este libro, no puedo menos que conmoverme y reafirmar mi fe en el poder redentor de la pedagogía cuando ésta se ejerce con auténtica mística y vocación de servicio.

La trayectoria de Antonín, el protagonista de esta admirable crónica, es la encarnación misma de la resiliencia y el triunfo del espíritu humano sobre la adversidad. La obra nos invita a realizar un viaje que se inicia en la pureza de la sierra cajamarquina; allí, entre el rigor del trabajo de la tierra, el cobijo familiar y la sabiduría ancestral de una abuelita inolvidable, se sembraron las primeras semillas de un carácter inquebrantable. El libro retrata con maestría ese quiebre existencial que significó su migración a la capital de la república a los diecisiete años: un éxodo marcado por la hostilidad de la gran urbe,

el frío de las carencias materiales y las múltiples barreras que la sociedad impone a los jóvenes del interior del país. Sin embargo, frente a un entorno que parecía cerrarle las puertas, Antonín levantó un estandarte ético y cognitivo colosal: *su único y absoluto deseo era estudiar*.

Es esa consigna la que transforma al joven migrante en un profesional de excepción. A lo largo del texto, el lector será testigo de una prolífica carrera secular que abarca más de cuatro décadas de servicio ininterrumpido. El relato describe con precisión técnica y sensibilidad social el paso de Antonín por las aulas de educación básica, su trascendental labor como formador de formadores en el Instituto Pedagógico "José Santos Chocano" de Utcubamba, su docencia en la Universidad Nacional "Pedro Ruiz Gallo", y su destacada función como estrategia y director en la gestión pública. Resulta particularmente inspiradora la descripción de su mística de territorio, aquella que lo llevó a recorrer palmo a palmo las zonas más vulnerables de las provincias de Lucanas, Parinacochas y Páucar del Sara Sara en el sur de Ayacucho, demostrando que el verdadero maestro no le teme al barro ni a las distancias.

El clímax de este recorrido civil se corona, con estricta justicia, en el año 2019, cuando el Estado peruano le otorga las Palmas Magisteriales, el máximo reconocimiento al que un educador puede aspirar. No obstante, como bien lo demuestra la obra en sus capítulos finales, la jubilación de las planillas estatales no significó

el fin de su labor. Al contrario, el libro nos devela la transición más hermosa de Antonín: el traslado de sus competencias técnico-pedagógicas al servicio del Reino de Dios, liderando con rigor científico y unción espiritual el Diseño Curricular de la Iglesia Evangélica Pentecostal del Perú.

"La Historia de un Maestro Soñador, de la chacra a las Palmas Magisteriales" no es solo el homenaje a un hombre; es una radiografía sociológica del maestro rural peruano, una apología del esfuerzo personal y una demostración científica de que la educación, cuando va de la mano con una fe inquebrantable, es la herramienta más poderosa para transformar la realidad. Como doctor en educación reconocido con Palmas Magisteriales y, ante todo, como maestro de escuela, presento esta obra con el orgullo de saber que la historia de Antonín servirá de faro y guía para las nuevas generaciones de docentes que hoy se forman en los institutos y universidades de nuestro Perú.

Los invito a leer estas páginas no solo con la mente dispuesta al aprendizaje, sino con el corazón abierto para dejarse inspirar por una vida que supo elevarse desde el surco de la tierra hasta la cúspide del honor magisterial y el servicio eterno.

Dr. José Ronald Correa Larrea

Reconocido con Palmas Magisteriales-Grado Maestro



INTRODUCCIÓN

Todo ser humano guarda una historia que merece ser contada, no solo por los logros alcanzados, sino por los caminos recorridos, las dificultades enfrentadas y las decisiones que marcaron su destino. La historia de un Maestro Soñador nace precisamente con ese propósito: narrar la trayectoria de un hombre que, desde la sencillez de un caserío cajamarquino, fue construyendo paso a paso una vida marcada por el esfuerzo, la fe, la educación y el servicio.

La historia de Antonín, personaje que encarna la vida del autor, José Antonín Medina Díaz. Aunque los hechos están inspirados en su propia experiencia, la narración se desarrolla en tercera persona para permitir que el lector contemple su recorrido con mayor amplitud, como si acompañara desde cerca de un niño provinciano que, en medio de carencias y limitaciones, aprendió a mirar el futuro con esperanza.

Antonín nació y creció en el campo, entre chacras, caminos de tierra, labores humildes y sueños que parecían lejanos. Su niñez y adolescencia estuvieron marcadas por la realidad de muchas familias provincianas: el trabajo constante, la falta de recursos económicos y la incertidumbre sobre la continuidad de sus estudios. Sin embargo, en medio de esas circunstancias, germinó en él una fuerza interior que lo impulsaría a buscar nuevos horizontes.

La partida a la capital, llevado por una tía, significó para Antonín un cambio decisivo. Allí conoció el sacrificio de estudiar en un colegio nocturno, la responsabilidad de abrirse camino lejos de su tierra y la necesidad de perseverar aun cuando las condiciones fueran adversas. Cada jornada de estudio, cada dificultad y cada experiencia vivida fueron forjando su carácter y despertando en él una vocación que más tarde daría sentido a su vida: la docencia.

Al regresar a su tierra, los caminos de la vida lo condujeron hacia el magisterio. Lo que al inicio parecía una oportunidad inesperada se convirtió en una misión divina. Desde sus primeros pasos como profesor, Antonín comprendió que educar no era únicamente transmitir conocimientos, sino sembrar esperanza, orientar vidas y contribuir al desarrollo de su comunidad. Así inició una trayectoria de formación, superación y compromiso que lo llevaría a crecer profesional y humanamente.

Con el paso de los años, su dedicación al estudio, su entrega a la enseñanza y su vocación de servicio le permitieron avanzar hasta convertirse en docente de educación superior. Su historia demuestra que el origen humilde no limita el destino de una persona cuando existen perseverancia, disciplina y amor por lo que se hace. Antonín no dejó atrás la chacra; por el contrario, llevó consigo sus raíces, su identidad y los valores aprendidos en el campo.

El subtítulo de esta obra, De la chacra a las Palmas Magisteriales, resume simbólicamente ese viaje de vida: de la sencillez rural al reconocimiento nacional; del trabajo en la tierra al servicio educativo; de los sueños juveniles a la madurez de una vocación consolidada. Las Palmas Magisteriales representan no solo una distinción otorgada por el Ministerio de Educación, sino también el reconocimiento a una vida consagrada a enseñar, formar y transformar vidas.

Que estas páginas sean una invitación a valorar la educación como un camino de dignidad y superación. Que los jóvenes encuentren en Antonín un testimonio de esperanza; que los maestros reconozcan en su historia la grandeza de su misión; y que cada lector descubra que, aun desde los lugares más humildes, es posible alcanzar grandes metas cuando se camina con fe, esfuerzo y vocación de servicio.

José Antonio Medina Díaz



CAPÍTULO I

LA INFANCIA EN EL CAMPO

Esta es la historia de Antonín, un muchachito que nació y vivió su infancia y parte de su adolescencia en un caserío rural de la serranía cajamarquina peruana, la cual estuvo llena de maravillosas experiencias en contacto directo con la naturaleza. Cada día era una aventura, un regalo que la vida le ofrecía. Aunque en su casa no contaba con comodidades modernas, como electricidad o agua potable, él y sus hermanos aprendieron a valorar lo que tenían a su alcance.

Recordaba con cariño los días en los que el sol iluminaba sus rostros mientras trabajaba en los campos con sus hermanos. No importaba el cansancio; la satisfacción de ver los frutos de su esfuerzo era invaluable. Los cultivos de Chugur, Colcabamba, Aliso, Chuquilín, Pampa Grande, Siguesmayo, Las Colpas y muchos otros lugares se convirtieron en su paraje. Junto a sus hermanos y su padre, cultivando la tierra desde temprana edad.

La vida en el campo para Antonín era sencilla, pero llena de riqueza. No había lujos materiales, pero tenía algo mucho más valioso: la pureza del aire y el agua. Cada bocanada de aire fresco le recordaba lo afortunado que era de vivir en un entorno sin contaminación. Cuando la lluvia caía del cielo, sentía la tierra sedienta de beber y cobrar vida. Era un espectáculo impresionante ver cómo

los cultivos se llenaban de vitalidad y promesas de buenas cosechas.

Las comidas, aunque simples, eran sabrosas y nutritivas. Las tortillas, tamales, chochoca, mote eran el alimento que llenaba el estómago de Antonín después de una jornada de trabajo arduo. No necesitaba pan de una panificadora moderna para sentirse satisfecho, ya que sus alimentos provenían directamente de la tierra y eran preparados con amor y dedicación por las tiernas manos de su querida madre y la dulce abuelita.

El sol y el viento acariciaban su piel, brindándole una resistencia natural ante cualquier clima. No necesitaba zapatos de marca para sentirse protegido, porque sus pies estaban fortalecidos por la vida en el campo.

Aquella infancia campesina le brindó una educación invaluable. Aprendió el valor del trabajo duro, la importancia de cuidar y respetar la tierra y la alegría de vivir en armonía con la naturaleza. A medida que crecía, comprendía cada vez más el regalo que había sido su crianza en el campo.

Su niñez, llena de simplicidad y conexiones genuinas, dejó una huella imborrable en su tierno corazón.

Antonín empeñado en estudiar

Cuando cumplió seis años, su madre llevó a Antonín a la escuela con su cuaderno y lápiz en su alforjita. Iba descalzo, con el pantalón arremangado por el barro y un sombrero de trapo para protegerse del sol y el frío. Después de abrazar a su abuela, partieron hacia el templo del saber con la esperanza de aprender a leer y escribir. Sin embargo, al llegar a la puerta de la escuela, salió a recibirlos el único profesor, un anciano de aproximadamente 78 años de edad. Al ver que habían llegado, le dijo a la madre:

—Buenos días, ¿qué desean?

—Buenos días, señor maestro —respondió la madre.

—He venido trayendo a mi hijito para que estudie, a ver si lo pone en matrícula.

—Aquí no es jardín de infancia, su hijo está muy pequeño, tráigalo el próximo año —enfaticó tajantemente el profesor.

—Es verdad que es pequeño, pero ya tiene la edad para ingresar a la escuela y le he comprado sus útiles —dijo la mamá con voz fuerte y clara.

—Vamos, hijo, regresemos a nuestra casa; allá tenemos muchas cosas que hacer.

—Vamos —le dijo Antonín— y se volvieron.

Así fue su primera experiencia de Antonín en la escuelita de su pueblo natal. No tuvo éxito al intentar ingresar porque el profesor le consideró demasiado pequeño y

creyó que no sería capaz de aprender. Es cierto que no había crecido mucho de acuerdo a su edad cronológica; era bajo de estatura, pero anhelaba empezar a escribir en su cuaderno nuevo marca “Loro”.

Al siguiente año, regresó a la escuela, lleno de alegría. Recuerda llevar su cuaderno y lápiz en su alforjita. Esta vez, el profesor estaba aún más anciano y cansado. Pero, a diferencia del año anterior, le recibió sin recordar que ya lo había visitado. Esta vez fue acompañado por su hermano mayor, quien, por cierto, no tenía mucha paciencia. Cuando llegaron a la escuela, él le habló diciendo:

—Pasa por allá donde están los de “troncha”. No entendió qué quería decir con transición, así que se quedó parado. Un estudiante, uno de los más grandes, había estado observando y, viendo que no comprendía, le indicó:

—Así se llama a los niños que están en transición, o sea, los que vienen por primera vez a la escuela y son los que están al lado de la mesa del maestro. Al poco rato llegó el maestro y, dirigiéndose a Antonín, le habló así.

—Busca donde sentarte —y le señaló al grupo de transición.

Todos los bancos estaban ocupados. No encontraba dónde sentarse, hasta que escuchó la voz de alguien diciéndole:

—Ven, siéntate conmigo. —Se acercó y era un niño que estaba repitiendo de grado y había traído su propia carpeta; su padre era carpintero y le había hecho su carpeta para su hijo. La carpeta era alta y apenas alcanzaba parado para escribir, pero al menos ya tenía un lugar donde sentarse.

En la escuelita de Antonín, el mobiliario era muy precario; consistía en bancos grandes de vigas de alcanfor labradas con hacha y unos tablones donde se ponía el cuaderno para escribir. Había unos libros de lectura “Pepe y Lola” que leían los niños de transición “B”; eran los estudiantes que ya estaban dos años en transición.

—Siéntate y guarda tus cosas dentro de la carpeta —le dijo su primer compañero de carpeta. Tímidamente le respondió:

—Gracias, amigo —y se sentó.

—¿Cómo te llamas? —le interrogó.

—Antonín: ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Alex, pero me dicen “Alejo” (actualmente reside en Bagua Grande, es un próspero comerciante). Era un niño alegre, siempre estaba sonriendo, tenía los cachetes redondos y de cuerpo gordito; también era uno de los más grandes de transición y al parecer estaba acostumbrado al trato del profesor.

Ponte a hacer la tarea que está en el pizarrón, porque el maestro se ha quedado dormido sentado y cuando despierte nos revisará la tarea para poder salir al recreo.

—Ya —le respondió Antonín tímidamente.

Antonín pronto se dio cuenta de que los demás compañeros estaban en silencio escribiendo en sus cuadernos. En la pizarra, se encontraba la tarea para los más pequeños. El profesor había dibujado un chino y debajo decía "chino", y en otra línea más abajo había una familia de sílabas: "cha, che, chi, cho, chu". Así se enteró de cómo se pronunciaban, gracias a la explicación de su compañero de carpeta.

Antonín veía cómo algunos compañeros sacaban de sus alforjas unas pizarritas pequeñas de color negro y lo utilizaban como cuaderno; allí hacían la tarea. Había otro niño que escribía en un cuaderno amarillento por el tiempo que tenía; era de su hermano mayor, que ya no estaba estudiando.

De pronto, los estudiantes de los grados superiores comenzaron a hacer ruido y el profesor se despertó. Con una varilla en la mano, comenzó a hacer preguntas sobre la lección a los alumnos de grados superiores (primer y segundo año); dirigiéndose a uno, le indicó:

—Tú, Ruperto, repite la lección.

—Sí, señor —respondió Ruperto; pronto empezó a repetir de memoria el tema que el maestro había escrito en la pizarra. De repente se olvidó y el profesor lo castigó con una varilla de un arbusto llamado sarcilleja, que los mismos niños lo traían a pedido del profesor. A Ruperto se le cayeron algunas lágrimas de dolor y el profesor le advirtió:

—Ve a sentarte y sigue repasando; de lo contrario, no tendrás recreo.

El estudiante se fue a sentar y continuó estudiando, tratando de memorizar la lección. El maestro siempre repetía el lema: “Lección dada, lección aprendida”. Ese día muy pocos lograron salir a recreo; solo algunos pocos que tenían buena memoria tuvieron ese privilegio.

Todo era silencio y nerviosismo hasta que llegó el turno para Antonín y su compañero de carpeta.

—Ahora te toca a ti, Alex.

—Sí, señor —respondió y comenzó a recitar sin equivocarse, dando de memoria la lección referente a “chino” con toda la familia silábica y se fue a recreo contento llevando su pelota de trapo para jugar.

Luego se dirigió a Antonín y le dijo:

—Ahora te toca a ti.

—Yo todavía no he terminado —le dijo un tanto nervioso.

Lo miró un tanto molesto y se dirigió a traer su varilla, que la había dejado sobre su mesa. En ese instante aprovechó para guardar sus cosas en su alforja y salió corriendo con dirección a su casa, que estaba aproximadamente a un kilómetro de distancia. Cuando había corrido un buen tramo, su corazoncito parecía que le salía por su boca; le parecía que le faltaba el aire. Cuando de pronto miró atrás y vio que dos alumnos, los más grandes de la escuela enviados por el maestro, partían de la escuela para hacer

que regresara, empezó a correr más rápido; parecía que volaba y a lo lejos escuchó que decían gritándole mientras corrían detrás de Antonín:

—¡Oye, chiquitín! ¡Que vuelvas!, dice el maestro, mientras aceleraban más la velocidad para alcanzarle, pero Antonín corría más y más hasta que pronto llegó a su casa. Al verle tan fatigado, casi sin aliento, su abuelita, un tanto preocupada, le interrogó:

—¿Qué te sucede, muchacho? ¿Por qué estás tan agitado?

—Es que unos niños enviados por el profesor me venían persiguiendo —le contestó ya un poco más calmado.

—¿Por qué te están persiguiendo? También le preguntó su madre, que estaba ocupada haciendo el almuerzo. Les contó todo lo que le había pasado. Al día siguiente, su madre lo llevó a la escuela para hablar con el profesor, quien le prometió que no volvería a amenazarlo ni a perseguir a su Antonín.

En aquellos tiempos, los maestros a veces castigaban de manera exagerada a los estudiantes, con castigos como el "callejón oscuro". Que consistía en formar dos filas de estudiantes mirándose frente a frente, cada uno con un cinturón en la mano, y el alumno castigado debía pasar por el centro mientras los demás le flagelaban con los cinturones. Este era el castigo que más odiaban los niños pequeños. También había castigos con varillas de un arbusto llamado sarcilleja, que los niños mismos traían a

pedido del profesor, y con esas varillas el profesor castigaba, muchas veces llegando a hacer sangrar. Esta era la metodología de enseñanza en aquellos tiempos, donde el pensamiento común de los profesores era: "con sangre entra la letra", aunque, afortunadamente, con el pasar de los tiempos, muchos profesores han dejado de utilizar este método de castigo.

La llegada de un nuevo profesor

Pasó otro año y estaba listo para comenzar el primer año de primaria. Nuestro antiguo profesor se había jubilado y ahora teníamos un nuevo maestro que venía de la capital de la provincia. Los padres de familia estaban tristes por la partida del maestro anterior, pero a la vez emocionados de recibir al nuevo maestro para sus hijos. Las autoridades y los padres de familia se reunieron para dar la bienvenida al profesor y las clases comenzaron.

El nuevo profesor introdujo algunas innovaciones en la educación. En primer lugar, castigaba menos a los alumnos y utilizaba un método muy efectivo que involucraba el canto. Todo lo enseñaba a través de canciones; incluso los estudiantes más pequeños aprendieron sus nombres cantando. El profesor escribía los nombres de los estudiantes de transición en la pizarra y les pedía que los leyera siguiendo su melodía. Luego,

los niños elegían una canción de su preferencia para entonarla.

Antonín, que ya estaba en primer año de primaria, ya sabía leer y escribir; con su nuevo profesor tuvo muchos progresos en sus aprendizajes. El nuevo maestro apreciaba mucho a Antonín, porque era talentoso para recitar poesías y con la rapidez con la que memorizaba, aunque era un poco tartamudo, pero el maestro lo ayudó a superar ese trauma.

Este maestro estuvo solo un año y luego se fue a trabajar a otro lugar. Sin embargo, se ganó el cariño de los estudiantes y Antonín siempre recordaba los consejos de aquel maestro.

—Queridos niños: Ustedes tienen que procurar terminar sus estudios primarios y luego continuar con la secundaria y, por qué no, la universidad.

—Nuestros padres no tienen dinero para que nos envíen a la capital de la provincia para seguir estudiando —replicó uno de los compañeros de Antonín, el más audaz.

—Tal vez si usted les convence —dijo Antonín.

—En la próxima asamblea de padres de familia trataré ese tema, no se preocupen.

—les dijo su profesor un tanto preocupado.

Desde aquel día a Antonín se le metió en su cabecita lo de seguir estudiando y pensaba que, si se esmera y saca buenas notas, sus padres lo enviarían a seguir estudiando en la ciudad; esto pensaba casi todos los días.

Niños agrícolas trabajadores

Tomar, tomar, tomar... era la voz del padre de Antonín cada mañana temprano. De esta forma, les llamaba para que desayunen. A esa hora, el desayuno ya estaba preparado y servido por su madre, con la ayuda de su hermana y la abuelita. Mientras ellas se ocupaban de preparar los alimentos, los varones se dedicaban a cuidar el ganado o a avanzar unos surcos de deshierba en la chacra de maíz que se encontraba frente a su casa. Después de tomar el desayuno, recibían las instrucciones del patriarca sobre la tarea que tenían que realizar durante el día. Una de las tareas más comunes era hacer la tilla para sembrar maíz en las Quintillas, así que cogían sus herramientas para el trabajo agrícola y su padre preguntaba siempre antes de salir de su casa:

—¿Alguna pregunta?

—Ninguna —respondían Antonín y sus hermanos al coger sus herramientas para ir al trabajo.

Durante el camino hacia la chacra, su padre les hablaba sobre sus planes de trabajo y, a veces, les daba consejos. Les decía que cuando fueran adultos y tuvieran sus propias familias, debían ser responsables y enseñar a sus hijos a trabajar desde temprana edad. A los varones les corresponde aprender tareas agrícolas, mientras que, a las mujeres, las tareas del hogar. Existía un dicho antiguo que repetía su padre: "los hombres bien hombres, y las mujeres, bien mujeres". Según la interpretación de esos tiempos, esto significaba que los varones no debían

realizar tareas consideradas propias de mujeres, y viceversa. Si un niño varón prefería ayudar a su madre en las labores del hogar, era posible que lo consideraran "amujerado" y se burlaran de él. Por otro lado, si una niña intentaba trabajar con herramientas utilizadas por los varones, podían llamarla "marimacha".

Esto refleja el alto nivel de machismo que existía en esta región en aquellos tiempos. Sin embargo, es alentador saber que en los últimos años se han producido cambios y una mayor conciencia sobre la no discriminación de género. Se está reconociendo la importancia de permitir a los niños y niñas elegir sus propias actividades e intereses, sin limitarlos en función de su género. Los trabajos agrícolas no deben ser exclusivos para los varones, ni las tareas del hogar exclusivas para las niñas.

Estudios primarios concluidos

Antonín culminó sus estudios primarios en su pueblo natal con buenos calificaciones; había sido un buen estudiante y su sueño era seguir estudiando la secundaria y educación superior, pero su decepción fue grande cuando un día conversó con su padre sobre la posibilidad de ir a estudiar:

—Papá, como usted sabe, ya terminé la primaria y mi sueño siempre ha sido ir a la ciudad para

continuar estudiando. A lo que su padre le respondió:

—Eso es imposible, hijo, ustedes son ocho hermanos y si te vas tú, los demás también van a querer ir y no cuento con los medios económicos para educarlos a todos, así que mejor es que no sigas pensando en eso porque no es posible.

—Está bien, papá.

—Dedícate a trabajar en la chacra y al cuidado de los animales y, el próximo año, iremos a otra provincia a trabajar para que ganes un dinerito para que te compres tus cosas.

Desde ese día, cada noche, mientras la luna bañaba su casa en la campiña, Antonín se sumergía en un sueño profundo. Se veía sentado en un aula, rodeado de libros y pizarras. El sonido de las tizas raspando contra la pizarra era música para sus oídos. Pero al despertar, la cruda realidad lo golpeaba: su cama de carrizos y horcones, la oscuridad de su habitación y el sonido de los animales en el corral. Sus sueños eran como un oasis en medio del desierto, un lugar al que escapaba para olvidar la dureza de su vida. Sin embargo, cada mañana, al salir de su humilde vivienda, se encontraba con la misma pregunta: ¿sería capaz de construir su propio futuro o estaría condenado a repetir el destino de su padre?

Al amanecer de un nuevo día, a Antonín le esperaba el trabajo duro en la chacra, muchas veces bajo los achicharrantes rayos solares en época de verano, otras bajo la insistente lluvia durante el invierno. Así era la vida

de los niños y adolescentes campesinos de la tierra de Antonín, especialmente de aquellos que no contaban con los medios económicos necesarios para ir a la ciudad a seguir estudiando pese a las habilidades intelectuales con las que poseían.

Pese al trabajo esforzado y persistente de los campesinos de su tierra de Antonín, las familias pasaban muchas necesidades económicas y más aún cuando escaseaban los alimentos indispensables para seguir subsistiendo, especialmente el mes de marzo.

Hambruna en la tierra de Antonín

En aquellos tiempos, en el distrito y sus caseríos de la tierra de Antonín, algunas familias se sumían en una extrema pobreza. El dinero escaseaba y los cultivos que se producían no eran suficientes para sostener a las numerosas familias. Los pobladores dependían exclusivamente del monocultivo de maíz, ya que desconocían técnicas modernas para cultivar otros productos. El maíz era el alimento que debía durar todo el año, mientras que las legumbres como frijoles y arvejas se cultivaban en menor escala. La siembra del maíz se realizaba en los meses de septiembre y octubre en la parte alta, y en diciembre y enero en la parte baja o templada. Las cosechas se llevaban a cabo en julio, y durante ese mes, los pobladores guardaban los productos

en costales o depósitos después de exponerlos al sol y ventilarlos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los alimentos almacenados no alcanzaban hasta el próximo año. El maíz se agotaba en enero y en febrero solo quedaba lo que se había cosechado en mayor cantidad.

Aquellos que habían cosechado en menor cantidad no tenían nada que sacar del almacén en marzo. Esta situación generaba temor entre los pobladores, ya que el mes de marzo era sinónimo de "hambruna". Antonín recuerda las palabras de su sabia abuelita: "Mes de marzo, mes de hambruna".

Generalmente, los varones adultos de la comunidad no se encontraban en ese mes de "hambruna". Muchos de ellos migraban a otros lugares como Bellavista de Jaén, Lonya Grande de Utcubamba, Campo Redondo de Luya, entre otros lugares, en busca de trabajo para enviar dinero a sus familias y evitar que pasaran hambre. Antonín tiene recuerdos borrosos de su infancia en aquellos tiempos, cuando su abuela y su madre comentaban:

—No tenemos comida para preparar el almuerzo, se terminó la chochoca y los frijoles. ¿Qué vamos a comer?
—preguntó la abuela.

—Y los choclos apenas están empezando a madurar.
Respondió la madre.

—Voy a las Colpas —dijo Antonín entusiasmado. Es seguro que allá ya debe haber choclos, frijoles, habillas y los zapallitos chuanes y hasta chirimoyas.

—Sin embargo, no es bueno que te vayas solo y tus hermanos están pequeños para que te acompañen; se podrían cansar —dijo la abuela preocupada.

—Puedo ir solo, conozco el camino, siempre íbamos con mi hermano mayor y no nos pasaba nada. En esos instantes le vino una nostalgia, recordando que su hermano mayor, con quien habían caminado por diferentes lugares lejanos a trabajar y que ahora no estaba porque había migrado a la provincia de Jaén a un distrito llamado Bellavista, a donde se había ido con su padre a trabajar en las fincas de cacao y chacras de arroz.

—No estoy de acuerdo con que Antonín vaya solo —replicó la abuelita con voz determinante y segura de lo que decía.

—Yo voy con mi hermano Antonín —se oyó decir mientras entraba el hermano menor de Antonín a la habitación donde se encontraban deliberando sobre el viaje de Antonín a las Colpas.

—Tú no llegas, hijo, son casi tres horas de camino y deben regresar el mismo día —acentuó la madre.

—No te preocupes, mamá, iremos muy de madrugada; yo puedo caminar más de lo que ustedes imaginan —dijo Felipe, con mucha determinación.

—¿Qué opinas, Antonín? Replicó la madre.

—Conozco a Felipe, es valiente y buen compañero; podemos ir con él, si así lo desea.

—Dos es mucho mejor que uno —dijo la abuelita, más contenta—. Así dice la Biblia y es la verdad: los dos se apoyarán y regresarán sanos y salvos y nosotras estaremos más tranquilas.

—No se diga más —dijo Antonín—, mañana partiremos temprano rumbo a las Colpas.

La leyenda del Carrizo

Antonín y su hermano Felipe se acostaron temprano aquella noche. El viaje que les aguardaba exigía un pacto con el amanecer. Antes de cerrar los ojos, Antonín le advirtió a su hermano: —Hay que estar muy atentos cuando los gallos empiecen a cantar, Felipe. A esa hora ya es la madrugada y debemos partir temprano. Nos espera una larga caminata y tenemos que volver mañana mismo, antes de que nos pille el anochecer. —No te preocupes, hermano —respondió Felipe, acomodándose

bajo las pesadas mantas—. Yo tengo el sueño bien liviano; despertaré en cuanto escuche el primer canto del gallo giro.

En la sierra, los gallos son los guardianes del tiempo. Suelen romper el silencio a las once de la noche, y desde ese momento continúan hilando sus cantos hora tras hora hasta que el sol despunta.

En medio de las sombras, Felipe despertó sobresaltado por el eco de las aves de su corral y las de las casas vecinas. Creyendo que la noche llegaba a su fin, se levantó deprisa y sacudió a su hermano. —¡Antonín, hermano, levántate! Ya están cantando los gallos; pronto va a amanecer. Ponte los llanques, amárrate el machete a la cintura, toma tu alforja y vamos. Yo ya estoy listo. — ¿Tan rápido amaneció? —balbuceó Antonín, estirando los brazos con los ojos aún cargados de sueño.

Pero el ímpetu del menor lo contagió. Se incorporó de un salto y, antes de cruzar el umbral de la puerta, detuvo a Felipe con gravedad: —Vamos, no hay tiempo que perder. Pero primero hagamos una oración a nuestro Señor Jesucristo, para que nos guarde de todo mal en el camino. —Está bien. Con él, todo nos saldrá bien —asintió Felipe, arrodillándose en tierra junto a su hermano.

Tan pronto como elevaron su ruego al divino Hacedor, se lanzaron a la penumbra del sendero. Habían avanzado cerca de una hora cuando, a lo lejos, volvió a oírse el coro

de los gallos. De pronto, unas voces extrañas rompieron la quietud de la noche; eran unos pobladores que descendían conversando desde el sector de El Sálluc. — ¡Hay que escondernos hasta que pasen! —susurró Antonín, jalando a su hermano de la manga. —Sí, ocultémonos. Pueden estar borrachos y nos podrían hacer daño.

Con el corazón latiéndoles aprisa, se agazaparon detrás de un frondoso arbusto de chilca. Protegidos por la densa oscuridad, vieron pasar las siluetas sin ser descubiertos. Cuando el silencio retornó, Antonín consultó las estrellas y un frío de preocupación lo invadió: —Recién son las doce de la noche, hermano... Hemos partido demasiado temprano. Te equivocaste con el canto de los gallos; el que escuchaste en la casa fue apenas el primer aviso. — Sigamos nomás, Antonín, ya estamos en el camino — respondió Felipe, quien a pesar de ser el menor guardaba un empeño inquebrantable por llegar a Las Colpas. —Está bien, tenemos que seguir avanzando —accedió el mayor—. Aunque pasar a esta hora por El Carrizo da miedo... por ahí ronda una mala muerte.

Pronto dejaron atrás el paraje de La Chirimoya y el panorama cambió de golpe. El sendero comenzó a descender de forma abrupta, hundiéndose en un silencio sobrecogedor. A la izquierda se erguía, colosal, el cerro Trigoloma, y a la derecha se imponía el perfil amenazante del peñasco Yaunce. La luna empezó a palidecer, escondiendo sus rayos tras los cerros, hasta que el

camino apenas se divisaba como una cinta gris entre las rocas.

Al pisar los dominios de El Carrizo, el entorno se transformó en un abismo oscuro que parecía tragarse la poca luz del cielo. Los peñascos, afilados como dientes, semejabán sombras vivas que susurraban antiguas maldiciones. El viento, convertido en un suspiro ancestral, arrastraba un lamento helado: era el recuerdo de Marino Chanta, un poblador que, según contaban, había muerto trágicamente en ese lugar cuando una enorme piedra se desprendió de la cumbre del Trigoloma mientras trabajaba. Su alma, según la leyenda popular, aún vagaba penando por aquellos lares de mala muerte, y allí mismo solían lavar la ropa de los difuntos.

Un escalofrío húmedo y pegajoso recorrió la espalda de los niños. El aire se volvió gélido, como si una sombra colosal hubiera eclipsado la noche. Al abrir los ojos entre las sombras danzantes, vieron recortarse una figura esbelta, envuelta en un manto negro que parecía absorber la oscuridad misma. Su rostro, oculto tras un velo impenetrable, irradiaba un misterio profundo, y unos ojos como luceros malignos se clavaron en ellos, penetrando hasta el centro de sus almas. Los hermanos quedaron petrificados, suspendidos entre el deseo de correr o retroceder.

—No tengas miedo, hermano—susurró Antonín, sacando fuerzas de la flaqueza—. Escondámonos detrás de esa

roca que está al frente; esperemos a que pase. —Sí... está bien —atinó a decir Felipe, con los dientes castañeteando.

Abrigados por la piedra, el silencio se rompió con un eco desgarrador. —¿Escuchas, hermano? —preguntó Antonín en un soplo. —¿Qué es eso? —Alguien baja llorando, con una tristeza muy honda. Parece una mujer. —Está descendiendo por nuestro mismo camino —añadió Felipe, conteniendo el aliento. —Esperemos aquí a que amanezca un poco... —pidió Antonín, sintiendo el peso de la leyenda sobre sus hombros.

Sentados sobre la roca, tras beber un sorbo de agua fresca del manantial cristalino que brotaba a un lado del sendero, los pequeños buscaron refugio en lo único que les daba certezas. Siendo muchachos evangélicos, recordaron el Salmo 23 que tantas veces habían leído junto a su madre al calor del hogar. Confiados, repasaron mentalmente el versículo cuatro:

“Aunque pase por valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento.”

Al evocar aquellas palabras sagradas, sintieron un calor reconfortante en el pecho. Abrieron los ojos y vieron cómo la mujer vestida de negro, con el rostro cubierto, pasaba a escasos metros de su escondite. Su figura se deslizó flotando por el camino hasta llegar a la cruz de madera que marcaba el sitio de la mala muerte. En ese instante,

la sombra se desvaneció entre los árboles frondosos que rodeaban la chacra de la familia Chanta, y el llanto lastimero cesó por completo. El viento volvió a ser solo viento.

Los valientes niños soltaron un suspiro profundo, sintiendo que la vida le regresaba al cuerpo. Antonín miró a su hermano menor y sonrió para darle ánimos: —Todo está bien, hermanito. Solo fue la hora en que la "Llorona" cruza por estos parajes insólitos. Ya pasó. Ahora prosigamos nuestro camino. —Está bien, hermano —asintió Felipe, poniéndose de pie con renovada firmeza.

Dejando atrás el espanto, continuaron el descenso y pronto divisaron las tierras de Las Colpas. El ambiente se tornó cálido y hospitalario; era un valle fértil de tierras arenosas que cobraba vida en las épocas de lluvia. El trino alegre de las aves silvestres pareció darles una jubilosa bienvenida.

Eran cerca de las seis de la mañana cuando ingresaron a la chacra que su padre había sembrado con esmero antes de partir a trabajar a otra región. El espectáculo ante sus ojos era deslumbrante: el verdor encendido de las plantas, el maíz que ya empezaba a madurar exhibiendo sus primeros choclos, y los frijoles junto a las habillas que iban tomando un tono amarillento, anunciando la cosecha.

— Mira, hermano, ¡Cuánta bendición! —exclamó Antonín, maravillado—. ¡Cuánta abundancia! Hay que recoger y

llenar nuestras alforjas pronto, porque debemos emprender el retorno. —El único problema es que el susto me ha abierto el apetito y ya me rujen las tripas —confesó Felipe, estirando la mano para arrancar un choclo. —No te preocupes por eso —rio Antonín—. Yo traje fósforos. En cuanto llenemos las alforjas, nos prepararemos un exquisito desayuno colpeño: choclo asado en leña de faique con extracto de chirimoya. —¡Qué buena noticia! —se alegró Felipe—. Apurémonos entonces, para llevarle también estos hermosos choclos a la abuela; seguro nos preparará unas ricas humitas y una buena sopa de frijoles con papas curao y caiguas frescas.

Aquellos muchachos de la sierra no le temían al hambre; poseían el conocimiento y la templanza necesarios para sobrevivir en cualquier circunstancia. Tras colmar sus alforjas con los frutos de la tierra, encendieron una fogata aprovechando la abundante leña seca de faique. Colocaron los choclos recién cortados sobre las brasas ardientes, y en pocos minutos un aroma dulzón y ahumado se esparció por todo el valle.

Saciados y con las energías renovadas, iniciaron el viaje de regreso. El trayecto de vuelta exigía un tributo de esfuerzo: desde Las Colpas hasta La Chirimoya eran dos horas de pura e implacable cuesta arriba, seguidas de una hora de travesía.

Cuando finalmente pisaron el patio de su casa, fueron recibidos con algarabía y abrazos por su madre, su

abuelita y sus hermanos menores. Alrededor de la mesa, cansados pero orgullosos, Antonín y Felipe relataron cada detalle de su viaje, deteniéndose especialmente en el encuentro con la misteriosa sombra en el temido sector de El Carrizo.

Ese día, los dos jóvenes firmaron una auténtica hazaña: desafiaron la noche, doblegaron el miedo al alma en pena, supieron alimentarse con la generosidad de la tierra y regresaron triunfantes a casa, llevando el sustento y la alegría al seno de su hogar.

Historias y profecías de la abuelita

La abuelita solía consolar a la madre de Antonín cuando la veía abrumada por la pobreza y la escasez de alimentos. Sus palabras de aliento brotaban siempre con una dulzura serena:

—No te preocupes, hija. En los brazos de tus hijos están el oro y la plata. Hoy sufres y trabajas mucho, pero dentro de poco tiempo ellos crecerán y dejarán esta casa; volarán lejos, como los gorriones cuando abandonan el nido que los cobijó de pichones para ir en busca de su propio sustento. Así pasará con tus hijos: partirán hacia otros rumbos donde haya mejores oportunidades. Ya lo verás,

así será. Tendrás una vejez feliz, rodeada de los tuyos, y nunca más volverás a pasar necesidades, porque la abundancia llenará tu mesa.

Aquellas palabras se convirtieron en una auténtica profecía. Con el paso de los años, Antonín y sus hermanos crecieron, dejaron el hogar materno y se marcharon a diversos pueblos y ciudades en busca de un futuro mejor, cumpliendo paso a paso el vaticinio de la anciana. La madre de Antonín disfrutó de una ancianidad dichosa y cobijada por el afecto; jamás volvió a saber de carencias materiales, pues el alimento, el cariño y la constante compañía de sus hijos bendijeron su mesa hasta el final de sus días.

La abuelita de Antonín —quien en realidad era su bisabuela— poseía una belleza tanto física como espiritual. Su trato, siempre amable con grandes y chicos, la distinguía en el pueblo. Jamás se le vio envuelta en pleitos ni disgustos con los vecinos; por el contrario, su sabiduría para convivir en armonía le ganó el aprecio de cuantos la conocían. Antonín y sus hermanos la adoraban con ese amor sublime, puro y desinteresado que solo los niños saben entregar.

Por las noches, la habitación se transformaba. Bajo la luz tenue, la abuelita les narraba cuentos e historias entrañables que se grabaron para siempre en la memoria de Antonín. Entre ellas, recordaba con especial afecto el cuento del haragán que perdió a su mujer —relato que

más tarde inspiraría el libro *“La pajarita desobediente”*—, además de otras tantas ficciones que ella misma inventaba sobre la marcha, hilando palabras con tanta dulzura que los niños terminaban rindiéndose, plácidamente, al sueño.

La muerte del abuelo Martín

La abuelita de Antonín tenía la hermosa costumbre de consagrar las noches a la memoria. Antes de que el sueño venciera a los niños, sus palabras hilaban acontecimientos históricos de la patria, crónicas de la región y pasajes de su propia línea de sangre, entrelazando cada recuerdo con sabios consejos y profundos valores cristianos.

Una de esas noches, Antonín, cuya audacia para preguntar siempre vencía a la timidez, interrumpió el silencio de la habitación: —Abuelita, ¿cómo era tu esposo? Cuéntanos, por favor, cómo era nuestro abuelo.

La anciana guardó un instante de silencio, clavando la mirada en la penumbra como si invocara un fantasma querido. Luego, con una voz suave que parecía viajar en el tiempo, empezó a relatar:

—Mi esposo se llamó Martín Rivera. Él era arriero, un hombre de caminos. Tenía su propia piara de mulas con las que transportaba cargas desde Tacabamba, allá en Chota, hasta el distrito de Campo Redondo, en la provincia de Luya en la región Amazonas. Eran viajes duros, hijos míos; una semana entera cruzando precipicios y senderos de herradura bajo el sol o la neblina. De aquí llevaba quintales de papa y menestras como frijoles y arvejas, además de quesos frescos; y de regreso, traía los aromas de la selva alta: café, cacao y frutas silvestres.

La abuelita suspiró, y el tono de su voz se volvió más grave, anticipando la tormenta en el relato:

—En uno de esos viajes de retorno, la geografía le puso una prueba. Martín encontró en el camino a un caminante que avanzaba a paso muy lento, agobiado y deprimido bajo el peso de un enorme costal de lino. Su abuelo, que no sabía negar la mano a nadie y volvía con las mulas casi vacías, se apiadó de él. Acomodó el costal sobre uno de sus animales y continuaron juntos el viaje. Horas más tarde, al llegar al paraje denominado “El Poyo”, el destino les dio el alcance: un contingente de guardias civiles que venía desde Cutervo con rumbo a Jaén les ordenó detenerse.

Los policías comenzaron a requisar las pocas cargas. Al abrir el misterioso costal de lino, descubrieron que estaba repleto de hojas de coca, cuyo tráfico en aquel entonces

estaba estrictamente prohibido y penado por la ley. Martín, con la verdad por delante, explicó que solo intentaba ayudar a un viajero cansado. Sin embargo, la cobardía se apoderó del verdadero dueño de la mercancía, quien con rostro frío negó todo, diciendo que no conocía al arriero ni era dueño de las mulas.

La policía, implacable, no creyó en la inocencia de Martín. Lo acusaron de contrabandista y, tras maniatarlo con crueldad, lo ataron con una soga al cuello de una de sus mulas para trasladarlo preso. Pero tu abuelo era astuto. Recordó que en la *secretera* —ese pequeño bolsillo oculto que los varones usan en el pantalón para guardar el sencillo— llevaba una navaja de afeitar. Con movimientos sigilosos, cortó la cuerda y, en un abrir y cerrar de ojos, saltó del camino corriendo con el alma en un hilo hacia el río Silaco.

Los guardias iniciaron una persecución feroz, disparando al aire. Martín, que en ese entonces era un joven fuerte de apenas treinta años, corrió a velocidad de vértigo hasta verse acorralado frente a las turbulentas y rugientes aguas del río. Sin más salida que la muerte o la libertad, se arrojó al abismo acuático. Los policías lo vieron desaparecer tragado por el caudaloso Silaco; dándolo por muerto y ahogado, desistieron de la búsqueda y se marcharon, llevándose consigo las ocho mulas y todas las pertenencias de nuestro hogar.

En este punto del relato, dos lágrimas cristalinas asomaron en los delicados ojitos de la abuelita, reflejando la luz del lamparín. Antonín y sus hermanos contenían el aliento.

—Pero Dios es grande, hijos —prosiguió la anciana, y un brillo de orgullo transformó su rostro—. Martín luchó contra la corriente. El río lo arrastró por un largo y violento tramo, pero logró salir a la orilla. A las tres de la mañana, un golpe tímido sonó en nuestra puerta. Allí estaba él... pero el río le había arrancado hasta la última prenda de vestir. Se había confeccionado un delantal improvisado con hojas de plátano para cubrirse, y su cuerpo era un mapa de golpes, heridas y sangre. ¡Pero estaba vivo! Él era fuerte, de grandes músculos, buena estatura y cabellos ensortijados. Era tan alegre, tan trabajador... Nos amábamos tanto.

El rostro de la abuelita volvió a ensombrecerse, mudando la alegría por una profunda melancolía criolla:

—Sin sus mulas, Martín ya no podía ser arriero en la sierra. Para mantenernos, tuvo que marcharse a la costa a buscar trabajo en los extensos cañaverales de las haciendas azucareras. Y allí, en esas tierras cálidas y ajenas, le dio esa maldita enfermedad que llamaba la peste bubónica. En pocos días, la peste apagó la vida de mi Martín. Esa es la triste historia de su taita Martín...

—A partir de entonces, mi vida cambió para siempre —
concluyó la anciana.

Aquella frase final quedó flotando en el aire, taladrando el corazón de los infantes. Antonín y sus hermanos se acomodaron entre las cobijas de lana, pero esa noche el sueño tardó en llegar. Durmieron con el pecho oprimido por la pena, abrumados por la injusticia de la vida y conmovidos por la alucinante y trágica historia del abuelo arriero que desafió a un río por su libertad, pero que terminó perdiendo la vida lejos de su amada esposa.

El bandolero y su perro

En el repertorio de la abuelita de Antonín, el bandolerismo ocupaba un lugar sombrío y fascinante. Aquellas crónicas de salteadores de caminos y pueblos sitiados por el miedo quedaban grabadas con fuego en la mente de los niños, quienes esperaban ansiosos que el reloj marcara la hora de los relatos.

Una noche, mientras se acomodaban bajo las mantas, uno de los hermanos menores de Antonín rompió el silencio: —Abuelita, cuéntanos quiénes eran los bandoleros. Hoy escuché al maestro decir en la escuela: *“Esto ocurrió en el tiempo de los bandoleros”*.

La anciana acomodó sus almohadas, encendió la mecha del lamparín y, con ese entusiasmo suyo que desafiaba a los años, respondió: —Presten mucha atención, hijitos. En nuestra patria, los bandoleros fueron hombres alzados en armas, salteadores que sembraban el terror en los caminos andinos y costeros. Surgieron con fuerza el siglo pasado, cuando el país vivía en constante desorden. Al principio, en los tiempos de la Independencia, se unían en "montoneras" para asaltar grandes haciendas, y algunos decían defender a los patriotas. Con el tiempo, aparecieron los llamados "justicieros populares". El más famoso de ellos fue Luis Pardo Novoa, a quien llamaban el Gran Bandolero de la sierra norte. Él robaba a los hacendados y mineros ricos para repartir el botín entre los pobres, por eso la gente desposeída lo quería y lo veía como un héroe, no como un criminal.

Antonín, abriendo grandes los ojos, interrumpió con un hilo de voz: —¿Y llegaron también a tu casita, abuelita?

El semblante de la anciana mudó por completo. La calidez de su rostro dio paso a una sombra de amargura al evocar el saqueo que sufrió el hogar de su infancia.

—Sí, mi niño. Al morir Luis Pardo, las bandas que quedaron olvidaron los ideales de su líder. Se convirtieron en seres despiadados que abusaban de la gente humilde, quitándoles su ganado y despojándolos de sus tierras. Yo era apenas una niña, pero recuerdo como si fuera ayer el día en que llegaron doce hombres a caballo. Cargaban

escopetas nuevas que relucían con crueldad bajo los rayos del sol. Iban comandados por un jefe de apellido Tantaleán, quien entró a nuestra propiedad gritando con arrogancia: «*¿Dónde está Vicente?*».

La abuelita suspiró, recordando a su propio padre: —Mi papá, don Vicente, estaba en cama, muy enfermo. Con una voz débil y apagada por la fiebre, respondió desde su lecho: «*Aquí estoy, señor Tantaleán. Pase usted. ¿A qué debo el honor de su visita?*». El jefe de los bandoleros ni siquiera se quitó el sombrero y le soltó sin rodeos: «*Mira, Vicente, he venido a comprar tu toro, el más grande, y también tus tierras de la invernada. ¿Cuánto quieres por el animal?*». Mi padre le dijo que el toro valía ochenta soles de oro. «*Te daré doce soles y punto*», replicó el bandolero con voz tajante. «*Págume cincuenta soles, siquiera*», suplicó mi papá. «*¡Doce soles o nada!*».

La habitación de los niños permanecía en un silencio sepulcral. La abuelita continuó: —No contentos con eso, Tantaleán sacó un papel arrugado donde estipulaba la venta de casi todo nuestro terreno a cambio de una miseria: cincuenta soles. «*Es la herencia de mis hijos*», balbuceó mi padre, un anciano que ya pasaba los noventa años y agonizaba de terror en su lecho de dolor. Pero aquel hombre malvado no tuvo compasión. Le puso el arma en el pecho y lo amenazó con matarlo allí mismo, delante de toda su familia, si no firmaba. Con el corazón deshecho y la mano temblorosa, mi padre tuvo que estampar su firma.

—¿Y por qué no lo denunciaron a la policía? —preguntó indignado el hermano menor de Antonín. —Porque en aquellos tiempos la ley no llegaba a nuestros pueblos, hijo. Vivíamos desamparados, bajo el yugo del terror. Así fue como nos arrebataron el toro y las tierras. Pero la vida, que da muchas vueltas, guardaba un final inesperado para aquella banda.

Los niños se acercaron más, atrapados por el giro del relato.

—Llegó un tiempo en que las bandas empezaron a exterminarse entre sí. Los Tantaleanes se enfrentaron a muerte con un grupo de bandoleros que subió desde la costa. En la refriega, los locales fueron diezmados. Uno de los jefes, gravemente herido de bala en sus partes íntimas, logró escapar a duras penas y se refugió en la soledad del cerro Chaccha. Estaba completamente solo, salvo por su fiel perro. Cuentan que el animal, con infinita paciencia, le lamía las heridas día tras día, logrando salvarle la vida. Años más tarde, la palabra del Evangelio llegó a estas tierras. Aquel hombre, transformado por el dolor y el milagro de su curación, se arrepintió de corazón de sus crímenes y murió convertido en un hombre de fe.

Antonín, con el ceño fruncido y un tanto confundido por la severidad de la justicia divina, preguntó: —¿Y Dios pudo perdonar a ese hombre tan malo que le quitó el toro y las tierras al abuelito Vicente?

La abuelita sonrió con una ternura infinita y le acarició la frente: —En primer lugar, Antonín, el bandolero herido en el cerro no fue el mismo que despojó a mi padre, sino otro de la banda. Pero aun si lo hubiera sido, debes saber que el perdón de Dios es un océano inmenso para quien se arrepiente de verdad. Recuerda siempre que el mismísimo Cristo perdonó en la cruz a quienes lo estaban crucificando.

—¡Uy, abuelita, ¡cuántas cosas han pasado en nuestro pueblo! —concluyó Antonín, exhalando un largo suspiro de alivio—. Gracias por contarnos esta historia.

Con el alma llena de reflexiones sobre el bien, el mal y el misterio del perdón, los hermanos se entregaron por fin al descanso, mientras el viento de la sierra soplaba afuera, arrastrando los ecos de un pasado que ya solo habitaba en la memoria de la sabia anciana.

Tuve el privilegio de laborar con un profesional de destacada trayectoria académica, cuya disciplina y constante búsqueda del conocimiento siempre fueron ejemplo para quienes lo rodeamos; demostrando compromiso, integridad y liderazgo. Como padre y guía espiritual, refleja valores de responsabilidad, respeto y dedicación. Hoy, su próxima publicación representa un merecido reconocimiento a su esfuerzo, experiencia y vocación de servicio. Le auguro el mayor de los éxitos en esta nueva e inspiradora etapa.



Dr. Angel Eduardo Constantino Ubillus
DIRECTOR

Dr. ANGEL EDUARDO CONSTANTINO UBILLUS
Director de la I.E. 17079 “Javier Pulgar Vidal”
Bagua Grande – Amazonas.



CAPÍTULO II

SORPRESIVA VISITA

Habían transcurrido ya dos largos años desde que Antonín culminara sus estudios primarios. Dos años de ver el tiempo pasar entre los surcos, mientras se preparaba psicológicamente para el destino inevitable de los hijos de la escasez: marchar junto a su padre a trabajar como peón en tierras ajenas. El pueblo estaba sumido en una pobreza de piedra y olvido; allí las oportunidades no llegaban, se extinguían antes de nacer.

Aquel inicio de año, su hermano mayor, con la piel ya curtida por el sol del trabajo, fijó la fecha del éxodo: —A mediados de febrero partiremos hacia donde papá está trabajando —le dijo con una determinación fría, que no admitía réplicas—. Este año ya no te quedas aquí, cholo. Te vienes con nosotros. —¡Qué bien, hermano! —respondió Antonín, forzando una sonrisa que intentaba ocultar el temor—. Por fin podré ganar mi propio dinero y ayudar en la casa. —Claro... aunque no será tan fácil —replicó el hermano, sonriendo a medias con una mueca de madurez prematura.

Él conocía el rigor de los arrozales y la dureza de las cosechas de cacao en el norte; sabía de las fiebres, el barro y las enfermedades que acechaban a los jornaleros. Pero para Antonín, a pesar del miedo, aquella era la única rendija para intentar sobrevivir. No había otra alternativa.

Mientras desmenuzaban los detalles del viaje bajo el cielo gris, la silueta de un primo irrumpió en el patio, rompiendo la monotonía de la tarde. Traía un trozo de papel que sostenía como si fuera un fuego encendido. —Aquí traigo este telegrama —anunció, jadeando un poco—. Estuve por Anguía y el telegrafista me pidió encarecidamente que se los trajera. Tomen.

Un silencio denso, de esos que presagian cambios rotundos, se apoderó de la cocina mientras su madre desdoblaba el papel. Sus ojos recorrieron las líneas impresas y, de pronto, un grito de júbilo limpio quebró la pesadez del ambiente: —¡Mis hermanitas de la capital vienen a visitarnos! ¡Qué alegría, Dios mío!

Con el rostro encendido por la emoción, corrió hacia la habitación del fondo para darle la noticia a la abuelita, quien en esos días libraba una batalla silenciosa y dolorosa contra una grave afección pulmonar. Desde su lecho de enferma, se escuchó la voz cansada, pero gratificada de la anciana: —Gracias, Padre mío, por permitir que mis ojos cansados vuelvan a ver a mis queridas nietas antes de cerrarse... son tan buenas. Hace tanto tiempo que no las veo. —Vayan de inmediato y avísenle al tío Teodoro —ordenó la madre, volviéndose hacia Antonín y su hermano—. Que aliste las mulas y parta hacia Chota para recibir a sus tías. No podemos hacerlas esperar.

El tío Teodoro emprendió la marcha hacia la provincia vecina, desafiando el fango de los caminos de herradura. En aquellos primeros días de febrero de 1973, el invierno de la sierra norte descargaba su furia con lluvias implacables. Viajar era una odisea de lodo y abismos; por ello, cuando tras tres días de viaje en camión y medio día a lomo de acémila las tías y un primo pequeño de Antonín aparecieron en el patio de la casa, el encuentro fue un desborde de lágrimas y abrazos.

Las visitantes desmontaron y corrieron a la habitación de la abuelita. El amor filial había vencido al temporal. Tras los saludos efusivos y el llanto contenido al ver la fragilidad de la anciana, la tía mayor, poseedora de unos modales refinados y una elegancia que parecía de otro mundo, miró fijamente a la madre de Antonín y pronunció una frase que congeló el aire: —He venido a llevarme a uno de tus hijos.

En ese primer instante, las palabras casi pasaron desapercibidas para el resto. La madre de Antonín solo atinó a sonreír, atribuyendo el comentario a la euforia del reencuentro tras tantos años de distancia. Sin embargo, en la mente de un adolescente, aquellas palabras no cayeron en saco roto. Se clavaron como una obsesión. «*Llevarme a uno de tus hijos*», se repetía Antonín en secreto. Miraba a su tía, una mujer que, a pesar de pertenecer a una realidad social tan distante de su pobreza, irradiaba una amabilidad y una belleza espiritual

que lo cautivaban. Nadie había dicho un nombre, y la moneda del destino seguía en el aire.

La llegada de la nieta predilecta se convirtió en un acontecimiento que transformó la tristeza del hogar. A pesar de la precariedad, la hospitalidad andina se vistió de fiesta: se sacrificaron cuyes, gallinas y hasta una oveja para honrar a las ilustres visitas. Hubo regalos para los sobrinos y generosas propinas para los tíos del pueblo. La tía había prosperado en la mítica Ciudad de los Reyes; gracias a su inteligencia y disciplina, ocupaba cargos importantes, algo impensable para las mujeres de la sierra en aquella época.

Aquella presencia acentuaba, por contraste, la cruda realidad del entorno. En el área rural del Perú de los setenta, la educación era un privilegio trunco. En los caseríos apartados solo se impartía instrucción hasta el segundo año de primaria; en las capitales de distrito se completaba el ciclo elemental, pero la secundaria era un lujo inalcanzable. Para estudiar, los jóvenes debían mudarse a la capital de la provincia, lo que implicaba pagar el alquiler de un cuarto y una pensión mensual. Para las familias campesinas, aquello era una quimera.

La consecuencia era una tragedia silenciosa: adolescentes con capacidades intelectuales sobresalientes, mentes brillantes que habrían podido transformar el mundo, quedaban rezagados a los doce años. Se les condenaba a convertirse en peones y

jornaleros desde su más tierna edad, repitiendo el ciclo de sus padres, sin visión de futuro, sin conocer más allá de sus cerros, con las alas rotas antes del primer vuelo. El derecho a la universidad estaba reservado únicamente para los pocos potentados del lugar.

Antonín formaba parte de esa estadística de la frustración, a pesar de ser un alumno extraordinario. Había ocupado el primer puesto de su promoción, era el orgullo de sus maestros y un artista innato que conmovía al pueblo en las dramatizaciones escolares debido a su carisma y talento dramático. Le apasionaban las matemáticas y las letras, pero sobre él ya pesaba la sentencia inapelable de su padre: *«Nadie irá a estudiar a la ciudad porque no hay dinero»*.

Por las tardes, Antonín se sentaba a mirar el horizonte gris, atrapado en un laberinto de preguntas: *«¿Cómo podré estudiar la secundaria? ¿Cómo será estar en una escuela grande con muchachos de otros lados?»*. En sus sueños más recurrentes, se veía terminando el colegio, ingresando a la universidad y convirtiéndose en un flamante médico cirujano para regresar a su pueblo a curar gratis a los desposeídos, empezando por su amada abuelita, que tanto sufría. Pero al despertar, el frío de la realidad le recordaba que para los hijos del campo el conocimiento estaba vedado.

La tía no podía prolongar su estancia; sus responsabilidades en la capital la reclamaban. Al

cumplirse una semana de visitas, risas y atenciones, la mañana del retorno llegó con una neblina densa que parecía humedecer los corazones. Mientras terminaban de ajustar los equipajes, la tía volvió a pronunciar las palabras del primer día, pero esta vez con el peso del veredicto final: —He venido a llevarme a uno de tus hijos.

El bullicio de la despedida cesó de inmediato. El silencio se hizo tan ancho y profundo que solo se escuchaba el golpeteo de la lluvia en el techo de tejas. La madre de Antonín, sintiendo un vuelco en el pecho y con el rostro desencajado por la preocupación, preguntó con la voz quebrada: —¿A quién te refieres, hermana? ¿Por qué insistes en llevarte a uno de mis hijos tan lejos?

La tía suspiró, clavando una mirada seria y protectora en su media hermana: —Lo hago con el corazón en la mano. Necesito llevarme a uno de ellos conmigo a Lima. Mi única intención es brindarle las oportunidades que este pueblo le niega: una educación de calidad, un colegio secundario y un futuro diferente. Sé que es una separación dolorosa, pero lo hago pensando en el bienestar y en el mañana de la familia.

La tensión se volvió insoportable. Los hermanos se miraban entre sí, debatiéndose entre el deseo salvaje de libertad que daba el estudio y el miedo atroz a romper el cordón umbilical con el hogar, para internarse en una ciudad desconocida y gigantesca.

La madre, con lágrimas corriendo por sus mejillas, rompió el nudo de la garganta: —¿Andando... y quién sería el elegido para ir contigo? ¿Cómo podemos decidir algo tan sagrado? La tía paseó sus ojos por la hilera de sobrinos, evaluando silenciosamente el alma de cada uno, y determinó: —Creo que lo más justo es que el propio niño interesado en estudiar, aquel que de verdad anhele un futuro más allá de estas tierras, tome la palabra. Si alguno de ustedes quiere venir conmigo a la capital... que lo diga ahora.

A Antonín el corazón le saltó en el pecho con la fuerza de un potro desbocado. Sabía que era su única oportunidad, el instante exacto donde se definía el resto de su existencia. El miedo intentó paralizarlo, pero el hambre de saber fue más fuerte. Dio un paso al frente, con las manos temblorosas y la voz al borde del llanto: —Yo, tía... Yo quiero ir contigo. Quiero estudiar y ser alguien útil en la vida.

Las palabras flotaron en el aire como una promesa y un luto a la vez. Su familia lo miró con una mezcla desgarradora de orgullo e infinito dolor. La madre, conteniendo un sollozo que le partía el alma, asintió lentamente mientras lo atraía hacia su pecho: —Si esa es tu decisión, hijo mío... te apoyaremos. Queremos que seas feliz y que tengas una vida mejor, aunque el alma se nos despedace al verte partir.

Las tías reiteraron el ofrecimiento de cuidarlo como a un hijo en la gran ciudad. Sin embargo, el momento más desgarrador para Antonín estaba guardado para el final. Con las piernas flojas por la pena, se aproximó al lecho de la anciana que le había amamantado el alma con sus historias nocturnas. Se arrodilló junto a la cama, tomó sus manos tibias y arrugadas y, con el llanto desbordado, le dijo: —Mamita... me tengo que ir con mis tías. Allí podré estudiar, que es lo que tanto le he pedido a Dios. Me da una pena inmensa dejarte aquí enferma, pero sé que pronto te vas a poner bien. Te prometo que te escribiré seguido, que seré el mejor estudiante, que obedeceré en todo y me comportaré bien, tal como tú me enseñaste en las noches. El amor que Antonín sentía por su abuelita era incomparable; esto se debía a que todo el tiempo pasó unido al cariño de la anciana que con sus atenciones y las buenas maneras para tratar a sus nietos y biznietos se había ganado el aprecio y apego de todos ellos. Cuando ella iba a visitar a sus hijos, de vez en cuando la casa se veía envuelta en clima de tristeza y melancolía. Cuando ella volvía al hogar, todo volvía a ser igual.

La anciana abuelita, haciendo un esfuerzo supremo, acomodó su débil cuerpo. Dos lágrimas pesadas rodaron por los surcos de su rostro cansado, pero su voz emergió con la firmeza de las montañas: —Antonín, mi nieto querido... anda nomás, hijo. Ve tras tus sueños, estudia con alma y vida. Y cuando termines tu carrera y seas un hombre de provecho, volverás a este pueblo y me llevarás contigo a la capital. Eres un buen muchacho. Cuídate

mucho de las malas compañías, no te dejes vencer por el vicio y piensa siempre en superar tus propios límites cada día. No desmayes frente a los problemas, sé valiente y, sobre todas las cosas, nunca te olvides de creer en Dios; que tu fe no termine jamás. Que el divino Hacedor guíe tus pasos, hijito... Llévate toda mi bendición. Pero mañana, antes de que canten los gallos para marcharte, vienes a verme por última vez.

Antonín hundió el rostro en el regazo de su bisabuela, llorando en silencio la madurez que la vida le imponía a su temprana edad, sabiendo que dejaba en esa cama de la sierra la mitad de su corazón.

Para despedirse de su madre y sus hermanos, fue un momento de profunda tristeza. Empezó a despedirse uno por uno y todos le abrazaban y deseaban muchas bendiciones de Dios y éxitos en la capital, pero faltaba alguien y era su hermano Felipe, con quien trabajaban juntos y pasaron toda su niñez y parte de su adolescencia; casi eran como dos almas gemelas y sucedió que él era muy emotivo, de poco hablar, pero de profundos sentimientos; no resistía ver a su hermano viajar tan lejos y había preferido no ver la partida de su hermano favorito y se escondió en algún lugar de la vivienda.

Invadido por la tristeza

El pesado vehículo comenzó a rodar, alejándose más y más de aquel paradero andino, dejando atrás el barro, la neblina y las siluetas de los parientes que con pañuelos y lágrimas en los ojos le habían dado el último adiós. Mientras el camión se adentraba en los caprichosos giros de la trocha, una de sus tías, acomodándose los abrigos para protegerse del viento helado, se volvió hacia él con una advertencia enérgica: —No te duermas, Antonín. Con este temporal, puede que tengamos que bajarnos del camión en cualquier lugar donde nos quedemos atrapados en el barro, y tendremos que caminar. —No te preocupes, tía —le aseguró el muchacho con firmeza, enderezando la espalda—. Estaré muy atento y cuidadoso.

Pronto, el trayecto se convirtió en una verdadera prueba de resistencia. El conductor del camión luchaba a brazo partido por mantener el control del timón sobre un piso completamente jabonoso; daba la impresión de que, en cualquier pestañeo, la enorme máquina cedería ante la gravedad y rodaría hacia el abismo. En la parte trasera de la tolva, expuestos a la llovizna, los pasajeros se apretaban unos contra otros y gritaban de espanto cada vez que las llantas patinaban cerca del borde.

Cuando el camión se quedaba irremisiblemente atascado en el fango, el motor se apagaba y todos los hombres y jóvenes bajaban sin dudarlo al fango para empujar y

liberar las ruedas. Era una labor ruda y solidaria, la ley no escrita de quienes transitaban por las temidas ciénagas de la carretera. En medio de aquellos esfuerzos colectivos, se producía a veces un silencio sepulcral: el chofer permanecía concentrado al milímetro en su penosa tarea, mientras en la cabina y la tolva las tías de Antonín rezaban en un hilo de voz, implorando al Creador evitar una caída mortal al precipicio.

Fue precisamente en esos instantes de quietud y peligro cuando una profunda y abrumadora tristeza invadió el alma de Antonín. Con la mirada perdida en la bruma, comenzó a repasar en su mente todo lo que había dejado atrás: su amada abuelita postrada en su lecho de dolor, el calor de sus padres, la complicidad de sus hermanos y, de manera muy especial, a sus hermanos de fe en la iglesia donde solía congregarse con tanta devoción. Una punzada de nostalgia le cruzó el pecho al evocar a su entrañable amigo Santos Irigoyen y a las amigas adolescentes y señoritas que daban vida al coro de la iglesia, al cual él también pertenecía con orgullo. Por primera vez, Antonín se sintió verdaderamente solo, navegando hacia un universo desconocido, sin tener la menor idea de cómo sería su destino. Sin embargo, en su fuero interno sabía que ya no había vuelta atrás. Estaba firmemente decidido a explorar nuevos horizontes, a buscar su propio camino y a cumplir el gran sueño que lo movía: seguir estudiando.

Para distraer la melancolía, el muchacho se dedicó a observar el paisaje verde y exuberante que corría al lado de la ruta. A lo lejos, las chacras de maíz y las plantaciones de papas cobraban una vida vibrante cada vez que la densa neblina se disipaba por unos segundos y el sol de la sierra brillaba brevemente. Tras una larga e interminable jornada de cinco horas de sacudidas y zozobra, el camión ingresó finalmente a Chota, aquella histórica y benemérita ciudad conocida en todo el Perú como la cuna de las "Rondas Campesinas".

Mientras contemplaba el movimiento de sus calles, Antonín recordó las lecciones del pasado. El origen del nombre de Chota había sido motivo de largos debates entre los historiadores, pero la corriente más aceptada coincidía en que provenía de la palabra *Chot*, que significaba "lugar" o "altar", en clara referencia a aquel templo místico edificado por el gran cacique Ñaymlap para adorar a Ñampallec, una deidad representada en una pulida estatua de piedra verde hecha a su propia imagen. El muchacho experimentó una profunda admiración al pisar aquellas tierras donde germinaron las rondas campesinas, un movimiento de justicia y organización tan vital para la paz de las comunidades.

Al día siguiente, tras pernoctar en la ciudad y disfrutar de un reponedor desayuno típico chotano, Antonín y sus tías continuaron el viaje, esta vez a bordo de un ómnibus de la empresa "Empresas Unidas". Partieron muy temprano, desafiando las primeras luces del alba. A medida que el

vehículo avanzaba y cruzaba distintos pueblos, Antonín permanecía con el oído agudizado y los ojos bien abiertos, memorizando con atención cada vez que algún pasajero mencionaba el nombre de los lugares que dejaban atrás. Sin embargo, el viaje se volvía cada vez más largo, pesado y agotador debido al lamentable estado de la carretera y a la hostilidad del clima invernal.

Fue después de atravesar con éxito el distrito de Llama cuando finalmente dejaron atrás las geografías más peligrosas y accidentadas de la ruta. Antonín notó de inmediato que sus tías se mostraban más animadas y menos preocupadas, libres ya del temor de quedar varados por horas debido a las estrechas trochas enfangadas de la cordillera. En el camino habían quedado atrás parajes como Lajas, Cochabamba y el célebre Huambos, este último muy conocido entre los viajeros por ser el punto más gélido de todo el trayecto, donde la densa neblina y una llovizna constante eran las eternas compañeras de la ruta durante los meses de invierno. A pesar de la hostilidad del clima, el frío no le afectaba mayormente a Antonín; después de todo, él venía de Chugur, una región de punas igualmente heladas donde el cuerpo se templaba desde la infancia.

Conforme descendían hacia la costa, el paisaje cambió drásticamente hasta que finalmente arribaron a Chiclayo, la célebre "Ciudad de la Amistad". Tan pronto como el autobús detuvo su marcha en la bulliciosa estación, descendieron del vehículo. Las tías, moviéndose con la

agilidad de quienes conocen el ritmo de las ciudades, se apresuraron a buscar las taquillas para comprar los boletos de pasaje hacia Lima, dirigiéndose a las agencias de Tepsa y Roggero, consideradas por el público de la época como las empresas más modernas y confiables para recorrer el país.

Subir al ómnibus de la empresa Roggero representó para Antonín el primer gran impacto, el umbral visible entre su vida en la sierra y la realidad de la costa. Aquello era un mundo completamente diferente a las incómodas tolvas de los camiones: el interior del bus relucía de limpio, los asientos estaban elegantemente tapizados y, para su asombro, unas señoritas de impecable uniforme pasaban por los pasillos ofreciendo a los viajeros bebidas gaseosas, café caliente y diversos productos para el camino. Abrumado por el cansancio acumulado de tantas horas de trocha y fango, Antonín se acomodó en el confortable asiento y se quedó profundamente dormido durante toda la noche, arrullado por el andar parejo del vehículo sobre el asfalto.

De madrugada, Antonín despertó de golpe. Al mirar por la ventana, se quedó petrificado: al lado del camino corría una masa de agua descomunal, infinita, tan inmensa que, por más que forzó la vista, le fue imposible divisar la otra orilla. De inmediato, su mente viajó en el tiempo, recordando con nitidez las palabras de su profesor de quinto año de primaria en la humilde escuela de Chugur, cuando con mapas y tiza les describía la majestuosidad

del Océano Pacífico. «*Este es el Mar Peruano, no es un río cualquiera*», pensó el adolescente con el corazón latiéndole aprisa ante el asombro del descubrimiento.

En ese instante, el murmullo de los pasajeros interrumpió sus pensamientos: —Ya estamos cerca del Pasamayo — mencionó alguien en el pasillo.

Aunque Antonín no comprendía del todo la fama o el peligro de aquella variante, se mantuvo hipnotizado, contemplando el ir y venir eterno de las olas que morían espumosas en la orilla para luego desaparecer y volver a surgir con una fuerza misteriosa. A lo lejos, recortadas contra el horizonte marino, pudo divisar unas siluetas pequeñas: barcos pesqueros que flotaban pacientemente en el agua, según alcanzó a oír en las animadas conversaciones de los viajeros que compartían su viaje.

De un momento a otro, el mar desapareció de su vista, siendo reemplazado por interminables extensiones de arena que rápidamente dieron paso a una marea de viviendas, edificios de concreto y una cantidad inverosímil de vehículos grandes y pequeños. Algunos avanzaban en la misma dirección que el ómnibus; otros cruzaban ruidosos en sentido contrario. Antonín sentía que los ojos no le alcanzaban para procesar semejante despliegue automotor. El autobús comenzó a avanzar cada vez más despacio, atrapado en el denso tráfico urbano, flanqueado por estructuras enormes que bloqueaban el cielo. Al mismo tiempo, un calor sofocante, denso y costero,

empezó a colarse por las ventilaciones, haciéndolo sudar dentro de sus ropas de lana.

Fue entonces cuando la voz del conductor resonó con claridad en el habitáculo: —Hemos llegado al terminal, señores y señoras. Por favor, desciendan con cuidado. ¡Hemos llegado a la capital!

Para Antonín, todo aquello tenía los tintes de un sueño difuso. Los acontecimientos se habían encadenado con tanta rapidez que apenas había tenido tiempo de asimilarlos. Sin darse cuenta, la vida lo había arrancado de su apacible mundo rural para depositarlo en el corazón de la gran capital: un universo vibrante, ruidoso y completamente diferente del suelo bendito de dónde venía.

HUELLAS COMPARTIDAS EN EL CAMINO PEDAGÓGICO

Escribir sobre el profesor **José Antonio Medina Díaz** es evocar, de manera inevitable, los años de profunda mística e incansable labor que compartimos en favor de la educación de nuestra patria. Ser testigo de su trayectoria es recordar nuestras jornadas en el **Proyecto PEAR del Ministerio de Educación**, donde unimos esfuerzos representando dignamente al equipo del **ISP "José Santos Chocano" de Bagua Grande**. Guardo en la memoria con especial afecto aquellos viajes y talleres donde recorrimos la provincia de **Chachapoyas**, capacitando y guiando con vocación a cientos de maestros rurales.

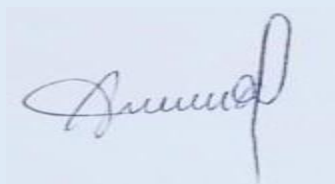
El destino y la pasión por nuestra carrera nos volverían a convocar más adelante para compartir una nueva experiencia laboral, esta vez asumiendo con alta responsabilidad el rol de **Especialistas de Educación Primaria en la UGEL Utcubamba**. Fue en esas aulas administrativas donde pude constatar, de primera mano, su rigurosidad técnica, su lucidez intelectual y ese compromiso inquebrantable por elevar el nivel de aprendizaje de la niñez, a través de los maestros.

Por todo este camino andado, su condecoración con las **Palmas Magisteriales** constituye el más justo reconocimiento del Estado peruano a una vida entregada con paciencia y excelencia al magisterio nacional.

Hoy, ver plasmada toda esa rica y ejemplar historia de vida en este libro autobiográfico es un motivo de hondo orgullo. Estas páginas no solo custodian valiosos testimonios de su trayectoria, sino que se convierten en

una bitácora imprescindible para las futuras generaciones de docentes.

Con la admiración intacta de un colega de mil batallas y el afecto fraterno de un amigo de siempre, le expreso mis más profundas felicitaciones y mis mejores deseos de éxito para esta gran obra.



Prof. César Elías Terán López

Docente de Aula de la I.E. N.° 82925

Ex Secretario General del SUTEP Provincial Utcubamba

Ex Secretario General del SUTEP Regional Amazonas

Ex Especialista Regional de la DIFODS – MINEDU

Ex Alcalde Distrital de Yonán - Contumazá

CAPÍTULO III

UNA NUEVA VIDA EN UN MUNDO NUEVO

Tan pronto como descendieron del ómnibus en la bulliciosa agencia de transportes, Antonín y sus tías divisaron al esposo de esta última. El hombre los aguardaba con el rostro tenso, visiblemente preocupado por la pronunciada demora de un viaje que el invierno andino había complicado. Tras un saludo breve y apresurado, dictado por el ritmo vertiginoso de la gran ciudad, abordaron un taxi que los condujo a toda prisa hacia la residencia familiar.

En la vivienda los esperaba una sobrina ahijada de la tía, una muchacha muy inteligente, atractiva y de una bondad natural, que se encontraba en la capital para realizar sus estudios mientras colaboraba con los quehaceres del hogar. Desde el primer momento, ella se convirtió en un bálsamo para el aislamiento de Antonín; buscaba cualquier oportunidad para conversar con él y le pedía con insistencia noticias y detalles sobre los familiares que aún vivían en aquel rincón de la sierra de donde ambos provenían.

Una vez instalados, la tía, con el tono firme y ordenado de quien gobierna su propio hogar, se dirigió a su único hijo: —Lleva a tu primo a conocer toda la casa. —*Okay* —respondió el adolescente, volviéndose hacia el recién

llegado con una sonrisa—. Ven, sígueme. Te mostraré el lugar.

El recorrido comenzó en el primer nivel. El primo, actuando como un guía orgulloso, se detuvo en la pieza principal: —Esta es la sala —explicó—, el lugar donde mis padres reciben a las personas importantes que nos visitan.

Antonín abrió los ojos con asombro. Jamás había visto muebles tan grandes y elegantes. En una esquina se erigía un piano imponente, y cerca de él descansaba un sofisticado aparato de música al que llamaban radiola. Las paredes, pintadas con colores sólidos y de una calidad que denotaba distinción, lucían impecables. Luego pasaron al comedor principal, un ambiente dominado por una mesa señorial flanqueada por doce sillas de caoba oscura, pulidas y finamente tapizadas. De los muros colgaban cuadros con bodegones y motivos alimenticios, y en el centro destacaba una hermosa representación de la Última Cena de Jesús.

Todo en aquella casa respiraba un orden riguroso y una limpieza pulcra. Visitaron la cocina espaciosa, los baños relucientes y un jardín interior poblado de vistosas plantas ornamentales. Al notar el rostro abrumado del pequeño provinciano, su primo se detuvo, lo miró con madurez y le habló con una franqueza protectora: —Escucha, Antonín. Sé que todo esto puede resultar impactante y abrumador para ti al principio. Pero quiero que entiendas que esta

nueva vida es una gran oportunidad para crecer y alcanzar tus sueños. En esta casa valoramos mucho el estudio y el esfuerzo. Quiero que te adaptes y que te sacrifiques para tener éxito en el colegio. También debes comportarte siempre con respeto y cortesía hacia los demás. Aprovecha cada ventaja que se te presente y nunca dejes de aprender. Recuerda que estamos aquí para apoyarte y guiarte en este nuevo camino. Si tienes alguna duda o necesitas algo, no dudes en pedírnoslo. Bienvenido a esta nueva etapa de tu vida.

Aquellas palabras resonaron con fuerza en la mente de Antonín mientras intentaba asimilar la avalancha de cambios que se le venían encima. En silencio, agradeció el consejo de su primo, sintiendo una inyección de motivación para enfrentar los desafíos del porvenir. Esa noche, al acostarse en la cama del lujoso dormitorio que le habían asignado, se quedó contemplando el techo blanco. En la penumbra, su mente se debatió entre la profunda nostalgia por lo que dejaba atrás y la ardiente emoción por las puertas que se abrían en esa ciudad desconocida que, a partir de ese instante, se convertiría en su nuevo hogar.

Al amanecer, Antonín escuchó con absoluta atención las instrucciones de su tía. Era evidente que el ritmo de la capital exigía un ajuste drástico en comparación con la parsimonia de la serranía. Lejos de amilanarse, el muchacho agradeció la orientación y asumió sus deberes con una seriedad madura: —Entiendo perfectamente, tía

—respondió con respeto—. Haré todo lo posible por adaptarme y cumplir con mis responsabilidades. Yo me encargaré de mantener la casa limpia y ordenada, desde el primer piso hasta la azotea y los jardines. Me aseguraré de estar en pie muy temprano para recibir al lechero y preparar el desayuno. También cuidaré de mi primo y cumpliré las tareas que me asignes durante el día. Me emociona mucho saber que podré usar la biblioteca y sumergirme en la lectura. Te agradezco de corazón que me vayas a matricular en un colegio para continuar mis estudios por las noches. Aprovecharé esta oportunidad al máximo.

La tía sonrió con evidente satisfacción y le dio un abrazo reconfortante que le devolvió el calor al alma: —Estoy orgullosa de ti, Antonín. Sé que este vuelco en tu vida es un desafío tremendo, pero confío plenamente en tu capacidad. Siempre estaré aquí para guiarte. Juntos sacaremos adelante esta nueva etapa.

El estudio era el faro que iluminaba su norte; ese anhelo sagrado lo había impulsado a alejarse de sus padres en primer lugar. Aunque muchas de las tareas domésticas de la gran urbe le eran completamente ajenas y requerían una guía minuciosa, Antonín demostró una disposición inquebrantable para aprender. Con paciencia y dedicación, asimiló cada labor sin considerarla una carga.

Su tía se convirtió en su primera maestra en este nuevo arte de vivir. A menudo, la mujer contemplaba asombrada

la rapidez con la que el muchacho asimilaba las costumbres y modales de la costa. Para Antonín, todo había cambiado: desde la cadencia al caminar, las pautas para sentarse a comer, la forma de hablar y hasta las reglas para dormir. Llegar a la capital era, verdaderamente, habitar otro planeta. En el Perú de aquella época, conseguir una oportunidad así era un privilegio reservado para muy pocos, y él lo sabía.

La responsabilidad con la que el adolescente abordó su nueva rutina fue admirable. Aunque la indicación era levantarse a las 5:30 de la mañana, su reloj biológico, moldeado por los madrugones del campo, lo despertaba antes de las cinco. En las madrugadas, Antonín esperaba pacientemente en la puerta a que clareara el día para recibir al lechero y obtener la leche fresca del desayuno. Su obsesión era cumplir cada expectativa a la perfección, creyendo que su buena conducta aceleraría el trámite de su matrícula escolar.

Con una eficiencia asombrosa, terminaba la limpieza general de la gran residencia a las once de la mañana. Tras una ducha refrescante, preparaba su almuerzo y se ganaba el derecho a su mayor tesoro: las tardes libres en la biblioteca de la casa. Aquel año se convirtió en un banquete literario inolvidable. En esas horas de silencio, Antonín devoró páginas que expandieron las fronteras de su mente; se embarcó en *La vuelta al mundo en ochenta días* de Juliano Verne, descubrió el dolor del indigenismo en *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, y se

deslumbró con la modernidad de *La casa verde* y *Los cachorros* de Mario Vargas Llosa. Descubrió también la crudeza de *Matalaché* de Enrique López Albújar y lloró en silencio la impotencia social con el cuento *Paco Yunque* de César Vallejo. Fue el único año de su vida en que gozó del privilegio de leer con tanta libertad, pues el destino le reservaba un vuelco drástico hacia el rigor de la vida obrera en el futuro. No obstante, esas lecturas juveniles sembraron las bases de su amor eterno por el conocimiento.

Cada detalle cotidiano se transformaba en una lección de etiqueta. Sentarse a la mesa fue un aprendizaje riguroso: aprendió a empuñar los cubiertos según el plato servido y a respetar la norma de esperar a que todos los comensales terminaran antes de retirarse. En Chugur, la realidad era más rústica; se comía con cuchara cualquier vianda, sin protocolos ni esperas, ya fuera al abrigo del hogar o sobre la tierra generosa de la chacra.

Incluso el descanso nocturno tenía sus reglas. En la capital, se le ordenó dormir estirado, con las dos manos reposando sobre el cubrecama. En su tierra natal, en cambio, la costumbre consistía en sepultarse bajo las pesadas mantas de lana, cubriéndose por completo hasta la cabeza para burlar el frío implacable de la serranía.

El desayuno también escenificó el violento contraste. En Lima, la ración consistía en una taza de leche y dos panes pequeños —un tolete y un francés— untados con

mantequilla, mermelada o embutidos. El estómago de Antonín extrañaba las mañanas de Chugur, donde el día se inauguraba con un plato rebotante de papas o ricachas, acompañado de una generosa porción de queso fresco, quesillo o cecina de cerdo, tamales calentados a la brasa y el infaltable mote de maíz, todo escoltado por dos tazas grandes de café o leche pura. Al principio, el cambio en las porciones le causó extrañeza; comprendió que en la sierra se priorizaba la abundancia para el trabajo físico, mientras que en la capital se valoraba más la ligereza y la etiqueta.

Aprender a caminar por las avenidas, descifrar el caos de los mercados y abordar el microbús correcto fueron asignaturas que debió cursar desde cero. Sin embargo, el momento más íntimo del día ocurría por las tardes. Tras culminar sus quehaceres, Antonín solía subir a la azotea de la casa. Desde allí contemplaba el cielo limeño: una bóveda infinita, triste, nublada y de un gris perenne. Extrañaba con dolor el cielo azul cobalto de su infancia y el silbido del viento agitando las copas de los árboles. Orientándose con los puntos cardinales, ubicaba el norte con la mirada y pensaba que, en esa dirección, detrás de las distantes montañas, se encontraba su casa, su familia, sus hermanitos y, en especial, su hermano menor, con quien andaba siempre como si fueran almas gemelas. La nostalgia le estrujaba el pecho y el llanto amenazaba con nublarle la vista, pero de inmediato se secaba las lágrimas y se auto ofrecía un mandato de valor: *«No debo ponerme triste. Mi futuro está aquí. Tengo que estudiar para*

superarme». Con el ánimo renovado, descendía de la azotea a continuar sus labores.

Por las noches, después de la cena, descubrió el prodigio de la televisión, un artefacto inexistente en sus campos y que en la Lima de 1973 emitía imágenes mágicas en blanco y negro. Luego, siguiendo las órdenes de sus tíos, se retiraba a su dormitorio. Antes de apagar la luz, Antonín abría el Nuevo Testamento, leía unos versículos con devoción y se arrodillaba para orar. Le pedía a Dios con fervor que protegiera a su amada familia en la lejanía de la sierra y que le concediera la sabiduría necesaria para cumplir con sus deberes y ser digno del techo que lo cobijaba.

¡Matriculado en un colegio secundario al fin!

La tarde caía sobre la capital, tiñendo el cielo con su habitual manto de neblina gris, mientras Antonín se dedicaba con esmero a regar las plantas ornamentales del jardín interior. El agua danzaba sobre las hojas, y el muchacho se perdía en el murmullo de las gotas, cuando la voz firme y clara de su tía rompió la monotonía del ambiente. Lo llamaba desde el umbral de la sala. Antonín cerró la llave de paso, se secó las manos con presteza y se acercó al corredor, sin imaginar que ese instante rutinario partiría su cronología en dos.

La mujer lo miró con una mezcla de solemnidad y orgullo, sosteniendo entre sus manos un pliego de papel que contenía el sello oficial del Estado peruano: —Antonín, acabo de regresar de hacer tus trámites —anunció con una sonrisa contenida—. Ya estás formalmente matriculado en un colegio nacional.

El corazón del adolescente dio un vuelco violento dentro del pecho. Sintió un zumbido en los oídos y, por un segundo, el suelo pareció desvanecerse bajo sus pies. Su tía continuó dándole las coordenadas de su nueva realidad: el plantel quedaba a tan solo seis cuadras de distancia de la residencia, una distancia que recorrería caminando cada jornada; el horario de ingreso estaba fijado a las siete de la noche y la salida a las once de la noche.

Antes de entregarle el documento, la tía clavó sus ojos en los del muchacho, infundiéndole la seriedad que el momento ameritaba: —Quiero que asumas esta nueva tarea con la máxima responsabilidad posible, Antonín. Esta es la gran oportunidad de tu vida para obtener una educación sólida y, más adelante, una profesión digna que te permita ayudar económicamente a tus padres y, sobre todo, abrirles el camino a tus hermanos menores en la sierra.

En ese milisegundo, una alegría indescriptible, salvaje y luminosa, se apoderó de todo su ser. Era un júbilo tan inmenso y puro que desbordaba los límites de las palabras

humanas; era el estallido de una felicidad que no cabía en el pecho del adolescente. El peso invisible de la sentencia paterna que arrastraba desde Chugur —aquella condena que dictaba que los hijos de la escasez solo naciesen para ser peones— se rompió en mil pedazos. Las cadenas del analfabetismo y del olvido rural caían al suelo. Antonín sintió unas ganas incontenibles de gritar de felicidad, de saltar, de abrazar al mundo entero. El milagro se había consumado: iba a ser un estudiante de secundaria.

Con los ojos humedecidos por la emoción y la voz entrecortada por un agradecimiento que le nacía desde lo más profundo del alma, Antonín miró a su protectora: —Muchísimas gracias, tía... de verdad, gracias por todo lo que estás haciendo por mí —alcanzó a decir, conteniendo a duras penas las lágrimas—. Te prometo, por lo más sagrado, que pondré todo mi empeño en obtener las mejores notas de mi salón y avanzar de grado con excelencia. Mi meta es terminar la secundaria impecablemente y luego postular a la educación superior. No te voy a defraudar.

Una marea de gratitud hacia el divino Hacedor inundó su espíritu. Al quedarse solo en el jardín, bajo la complicidad de la tarde, Antonín miró al cielo gris y elevó una oración silenciosa de agradecimiento. En medio de ese éxtasis, las paredes de concreto de la residencia parecieron disiparse y el viento limeño trajo consigo, con nitidez asombrosa, el eco de la voz cansada pero firme de su amada abuelita, tal como resonó aquella última

madrugada en su cama de enferma antes de partir: *«Estudiarás, hijito, con empeño y total responsabilidad. Nunca te apartes de los caminos del Señor y, cuando seas un profesional de provecho, volverás a mí»*. Aquel mandato bendito no era una simple despedida; se convirtió desde esa tarde en un fuego sagrado, en un combustible místico que blindaría su voluntad para siempre. Antonín supo que esas palabras serían su estandarte para seguir adelante cuando la vida se tornara cuesta arriba, o cuando el cansancio físico amenazara con vencerlo durante esas extenuantes horas nocturnas en las que su cuerpo de niño debería estar descansando.

El ingreso de Antonín a las aulas coincidía con un momento de profunda efervescencia histórica en la educación peruana. En aquellos primeros años de la década de los setenta, el país se encontraba en pleno proceso de implementación de la ambiciosa Reforma Educativa, promulgada mediante el Decreto Ley N° 19326 el 24 de marzo de 1972. Este proceso revolucionario era conducido con mano de hierro por el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, liderado por el General de División del Ejército Peruano, Juan Velasco Alvarado.

La reforma buscaba sepultar los viejos modelos elitistas y memorísticos del pasado para dar paso a una educación integral, que dignificara el trabajo y despertara la conciencia crítica del estudiante. En los círculos intelectuales y pedagógicos que Antonín escuchaba

mentonar en la biblioteca, los expertos coincidían en que el nuevo sistema estaba dando resultados sumamente alentadores, democratizando el acceso al saber para los hijos del pueblo y de las provincias.

Para Antonín, sin embargo, la reforma no era solo un decreto ley o una teoría de sociólogos en la televisión; era la llave maestra que abría las puertas de su propio destino. Con los libros bajo el brazo y el corazón latiendo al compás de la esperanza, el pequeño gigante de Chugur se alistaba para cruzar el umbral de su primer día de clases en la capital. El sueño había comenzado a hacerse realidad.

Mi amigo de las “uñas largas”

Durante su primer año de estudios en la capital, Antonín experimentó momentos sumamente significativos y enriquecedores para su desarrollo personal y académico. La ciudad funcionaba como un enorme laboratorio social ante sus ojos de adolescente; le dio la oportunidad de observar de cerca las abismales diferencias entre las realidades de vida de las personas que habitaban la costa y aquellas que provenían de la sierra. Pronto se percató de las dolorosas disparidades existentes entre quienes gozaban de holgados recursos económicos y los que

carecían de lo más elemental, una brecha que se manifestaba con crudeza incluso dentro de los linderos de la propia Lima.

En particular, Antonín notó que en las aulas de los colegios nocturnos de la capital predominaban los hijos de familias muy humildes. Eran jóvenes y adolescentes que duplicaban el esfuerzo humano: trabajaban de sol a sol durante el día y asistían a las aulas por las noches, robándole horas al descanso. También conoció a otros estudiantes que, al igual que él, provenían de diversas provincias del interior; muchachos que no tenían a sus padres cerca y que habían sido traídos a la gran ciudad por parientes o conocidos de su tierra natal.

Lamentablemente, la realidad no siempre era benévola: algunos de estos muchachos sufrían silenciosamente maltratos y explotación laboral por parte de sus empleadores. Sin embargo, por encima del dolor y el cansancio, lo que unía de forma inquebrantable a toda esa comunidad de estudiantes nocturnos era un deseo indomable de superación: el anhelo de mejorar la situación económica propia y la de sus familias. A pesar de las severas limitaciones de tiempo y las escasas horas de sueño, se esforzaban por estudiar con una dedicación que conmovía, persiguiendo con tenacidad cada una de sus metas.

Antonín recordaba con absoluta nitidez cómo muchos de sus compañeros libraban batallas titánicas contra el sueño

en pleno dictado de clases, vencidos momentáneamente por el desgaste de las extenuantes jornadas laborales diurnas. Entre todo ese mosaico de voluntades, llamaba la atención un alumno en particular que siempre llevaba las uñas de las manos sumamente largas. Aquel detalle despertaba murmullos y extrañeza. Una noche, durante el receso de clases, en un momento en que la confianza mutua permitió acortar las distancias, Antonín decidió romper el hielo y preguntarle con cautela por el motivo de aquella costumbre: —¿Por qué siempre llevas las uñas tan largas, compañero? —le inquirió en un susurro, temiendo incomodarlo.

El muchacho lo miró fijamente y, lejos de contrariarse, dibujó una sonrisa mansa y comprensiva en el rostro: —No te preocupes, para nada me molesta tu pregunta. Más bien me alegra que tengas esa curiosidad —respondió con sencillez—. Llevo las uñas largas porque ellas son mis herramientas de trabajo, amigo curioso.

Ante la mirada atenta de Antonín, el compañero procedió a explicarle el trasfondo de su dura rutina: —Yo trabajo en el mercado de Magdalena, pelando pollos desde las cuatro de la mañana. En ese oficio nos pagan estrictamente al destajo, es decir, según la cantidad de aves que uno logre desplumar en el día. Mi madre se ha quedado en la sierra muy enferma y necesita que le envíe dinero para sus medicinas; además, con lo que gano aquí debo pagar el alquiler de un pequeño cuarto y mi pensión diaria. Mis ingresos son muy ajustados, Antonín, y por eso

vengo a estudiar por las noches, con la firme esperanza de superarme y cambiar este destino. Tengo cuatro hermanos menores que aún están en la escuela en mi tierra y ellos confían ciegamente en mí para poder seguir adelante.

Un nudo de admiración y vergüenza ajena se instaló en la garganta de Antonín. Sintiéndose conmovido por la gigantesca responsabilidad que cargaba aquel muchacho sobre sus hombros, se apresuró a decir: —Disculpa si pequé de indiscreto, de verdad no quería importunarte. Pero déjame decirte que eres un hombre sumamente valiente. Estoy completamente seguro de que vas a triunfar y que lograrás cambiar tu situación. Mantén la fe en alto y por nada del mundo vayas a abandonar los estudios. Sé fuerte y persevera; tu madre y tus hermanitos en la sierra te lo van a agradecer toda la vida.

El estudiante del mercado de Magdalena asintió con los ojos brillantes de gratitud, conmovido por el aliento del pequeño gigante de Chugur: —Muchas gracias, eres un buen amigo, Antonín. Yo también te deseo el mayor de los éxitos en esta Lima, que cada vez se vuelve más difícil y esquiva para los que venimos de fuera. Veo en tus ojos mucho optimismo y sé muy bien que tú también vas a triunfar algún día, un día que no está muy lejano.

Esa noche, al retornar a casa bajo el cielo encapotado de la capital, Antonín comprendió una de las lecciones más valiosas de su vida: lo fácil y ligero que resulta para los

seres humanos juzgar las apariencias sin conocer la verdadera realidad de las personas. Aquel compañero de carpeta se ponía de pie antes de que los gallos cantaran, desafiando la madrugada helada de la costa para hundir las manos en el agua y el desplume de las aves. Esas uñas largas y gastadas eran el instrumento que le permitía acelerar el ritmo de su faena; si se las recortaba por vanidad o complacencia urbana, pelaría menos aves, y el dinero no alcanzaría para el arriendo en la capital ni para el sustento de la madre enferma en los Andes.

Aquel encuentro sembró en el pensamiento de Antonín una verdad rotunda que atesoraría para siempre: las uñas largas, cuando se consagran al sudor de la frente, dejan de ser un descuido para convertirse en las herramientas más honestas, sagradas y necesarias de la supervivencia humana.

La historia de Clarita y el primer laurel

La historia de Clara era conmovedora y retrataba con descarnada fidelidad las profundas adversidades que la juventud provinciana debía enfrentar al desembarcar en la capital en busca de un porvenir. Escuchar aquel relato de labios de la propia muchacha le permitió a Antonín comprender la dura y hostil realidad urbana, y cómo la

inocencia andina era, a menudo, el blanco perfecto para el engaño y la codicia.

Clarita había sido traída desde su comunidad con una promesa tentadora: cuidar de una apacible pareja de ancianos a cambio de un sueldo generoso que le permitiría enviar dinero a sus padres. Sin embargo, al cruzar el umbral de aquella casa limeña, la fantasía se desmoronó de golpe. No encontró a dos ancianos desvalidos, sino a una numerosa y demandante familia de ocho personas a las que debía atender sin descanso, asumiendo múltiples y extenuantes tareas domésticas.

A partir de entonces, sus días se tiñeron de maltrato, humillaciones verbales y una absoluta falta de pago. En la soledad de sus noches, sobre un colchón improvisado, la muchacha lloraba en silencio recordando el cobijo de su hogar, mientras en el día soportaba las burlas hirientes de sus empleadores, quienes la ridiculizaban por su acento andino y sus costumbres provincianas.

La situación se tornó insostenible el día en que Clarita, buscando desesperadamente auxilio, redactó una carta dirigida a su familia en la sierra, revelando con caligrafía trémula las mentiras y el calvario que estaba padeciendo. Lamentablemente, la patrona descubrió la misiva antes de que fuera al correo. Llena de indignación, la mujer la confrontó con dureza, desatando una tormenta de reproches: le exigió el pago inmediato de los pasajes que

habían costado para traerla y le descontó arbitrariamente cada prenda de vestir usada que le habían entregado.

Clarita se vio de pronto atrapada en un callejón sin salida: desprovista de una sola moneda, incomunicada y sin el menor conocimiento de cómo orientarse en la inmensa urbe para regresar a su tierra natal. Aunque el llanto la ahogaba y el miedo le impidió articular palabra alguna, su silencio pareció aplacar la furia de la patrona, quien finalmente accedió a pagarle un sueldo mínimo a partir del mes siguiente, ordenándole con frialdad que se secara las lágrimas y regresara de inmediato a sus labores.

Afortunadamente, el destino le otorgó una tregua al año siguiente. Gracias a la providencial intervención de una amiga, Clarita logró rescatarse de aquel cautiverio: encontró un nuevo empleo donde era tratada con el respeto debido y recibía su salario con puntualidad matemática. Pero el verdadero triunfo de la muchacha fue matricularse en el colegio nocturno para continuar su educación. Aquella nueva oportunidad le brindó el respiro que su alma necesitaba, permitiéndole sepultar el dolor de la explotación.

Para Antonín, la historia de Clarita era un monumento a la fortaleza y la perseverancia. Su experiencia dejaba al descubierto la urgente necesidad de valorar y respetar la dignidad de los trabajadores, sin importar su origen geográfico. Conmovido por la confianza, el muchacho la alentó con madurez a no desanimarse, instándola a seguir

estudiando con firmeza y a convertirse, en el futuro, en un faro de apoyo para otras mujeres que sufrieran condiciones similares en la gran ciudad.

Poco después de aquellas confidencias, sus caminos se bifurcaron en el mapa de la capital. Antonín debió trasladarse a otro centro educativo y ya no volvieron a coincidir en la misma ruta. Sin embargo, el recuerdo de esas conversaciones de pasillo y la silenciosa valentía de Clarita quedaron grabados para siempre en la memoria del muchacho como una lección de vida inolvidable.

Mientras el año escolar avanzaba, Antonín se concentró con obsesiva disciplina en sus cuadernos. El cansancio no era un rival para el fuego sagrado de su promesa. Así, al clausurarse las clases de aquel intenso año de 1973, el esfuerzo del pequeño gigante de Chugur dio sus frutos más dulces: concluyó su primer año de secundaria ocupando el primer puesto absoluto en aprovechamiento de su salón.

La noticia fue un estallido de júbilo en el hogar de sus tíos. Antonín jamás olvidaría el instante en que su tía se acercó a él y, desbordada por la emoción, le estampó un beso tierno en la mejilla. Aquel gesto de cariño genuino se selló en su memoria como su primera gran condecoración en la capital. Mirándolo con ojos brillando de orgullo, la mujer le expresó: —Eres un excelente muchacho, Antonín, y te felicito de todo corazón. Tu dedicación y perseverancia son admirables. Nunca olvides que la educación es la

herramienta más poderosa que existe para abrir las puertas de la vida. Sigue adelante, persigue tus sueños sin detenerte.

Y para sellar el reconocimiento, la tía añadió un premio que le hizo saltar el corazón: —Como recompensa a tu brillante desempeño, vas a ir un mes entero de vacaciones a tu pueblo para visitar a tu familia.

—Muchísimas gracias, tía —respondió Antonín, profundamente emocionado—. Esto es gracias a la bendición de Dios y al apoyo incondicional que ustedes me han brindado. No se imagina la inmensa alegría que siento por volver a ver a mi madre, a mis hermanos y a mi padre.

Sin embargo, tras el torrente de felicidad, una sombra de honda nostalgia cruzó el pecho del muchacho. Recordó con dolor que, al volver a cruzar el umbral de su casa en Chugur, ya no encontraría la mirada sabia de su abuelita, quien había cerrado los ojos para siempre el pasado mes de noviembre. Le dolió el alma comprender que ya no podría arrodillarse ante ella para mostrarle su primer diploma de honor, ni contarle que estaba progresando con paso firme, alimentando el viejo sueño de convertirse en un profesional para llevarla un día consigo a conocer la capital.

Aferrando aquel diploma de excelente aprovechamiento contra su pecho, Antonín contempló el final de su primera

gran batalla en Lima. El camino recién comenzaba, pero la capital ya no le parecía un monstruo ajeno y gris. Con la bendición del Creador y la certeza de que el conocimiento transforma los destinos, el niño de la sierra se preparaba para volver temporalmente a sus cumbres, no como el peón que el prejuicio auguraba, sino como el primer estudiante triunfante de su estirpe.

Así fue como el anhelado mes de enero de 1974 tocó a la puerta, y Antonín comenzó los preparativos para el ansiado viaje de retorno a su tierra natal. Sus tías, con ese instinto protector que las caracterizaba, le colmaron de advertencias para que tuviera el máximo cuidado durante la larga travesía, asegurándole con un abrazo apretado que estarían aguardando con ansias su regreso para el inicio del nuevo año escolar. Para mayor seguridad, su tía la joven decidió acompañarlo en el primer tramo del viaje hasta la ciudad de Chiclayo. Allí, entre el bullicio de la estación y promesas de un pronto reencuentro, se despidieron con un abrazo tierno, sin que ninguno de los dos alcanzara a vislumbrar que los hilos invisibles del destino estaban a punto de cambiar drásticamente los planes del muchacho.

El viaje hacia las cumbres andinas se sintió como una travesía suspendida en un sueño. Conforme el autobús devoraba los kilómetros de la costa y comenzaba a trepar los sinuosos caminos de herradura, Antonín cerraba los ojos e imaginaba con desbocada alegría el reencuentro con sus hermanos, aquellos con quienes había

compartido las risas y travesuras de la infancia. Pensaba con especial nitidez en su hermano menor, aquel que casi tenía su misma edad y con quien guardaba una conexión espiritual inquebrantable; juntos habían aprendido a hundir las manos en la tierra, compartiendo el sudor de las largas jornadas en la chacra y entendiéndose con solo mirarse.

Al caer el atardecer, justo cuando el sol lanzaba sus últimos y dorados rayos de luz sobre los cerros, Antonín cruzó finalmente el umbral de su añorado hogar. La sorpresa fue mayúscula para su madre y el resto de la familia, pues nadie en Chugur sospechaba que el pequeño estudiante provinciano estaba por visitarlos. El contraste de su presencia fue inmediato: físicamente se le veía cambiado, había ganado peso y estatura gracias a las bondades de la capital, llevaba el cabello largo al estilo de la urbe y vestía una chaqueta moderna, complementada por un reloj fino que lucía en su muñeca.

Sin embargo, detrás del brillo de la novedad, la realidad golpeó el pecho del muchacho con una frialdad insoportable. Al mirar hacia la cocina, una profunda e infinita tristeza se le instaló en el alma al contemplar a su madre, inclinada sobre el humo negro, cocinando con leña en un fogón viejo que lucía cada vez más deteriorado y derruido por el tiempo. En ese instante, las lágrimas brotaron incontenibles de sus ojos, mezclando en un solo llanto la inmensa alegría de volver a estrechar a su madre con la amargura desgarradora de verla seguir luchando en

medio de la más absoluta precariedad. Fue un momento de altísima emotividad familiar; las palabras faltaron y los abrazos lo dijeron todo. Más tarde, al calor del fuego, Antonín desgranó una a una las fascinantes historias y peripecias que había experimentado durante su primer año en la inmensa capital.

Los días de vacaciones se escurrieron como agua entre los dedos. Conforme se acercaba la fecha de retornar a Lima, un denso velo de preocupación comenzó a nublar los pensamientos de Antonín. La situación económica de sus padres era sumamente delicada y sentía en el pecho la imperiosa necesidad de convertirse en un soporte financiero para ellos. Le embargaba una honda culpa al pensar en regresar al cobijo de sus tías —aquella mujer extraordinaria y su hermana trabajadora del sector educación que tanto amor y protección le habían brindado—, sintiendo que no podía seguir siendo una carga mientras en Chugur escaseaba el pan. Su deseo era trabajar, ganar su propio dinero y aliviar los hombros de sus progenitores.

Atrapado en ese dilema, Antonín optó inicialmente por contemplar la idea de trasladarse a la casa de otra tía a su regreso. Sin embargo, antes de emprender el viaje de vuelta, su hermano mayor notó el brillo de preocupación en los ojos del muchacho y, buscando una salida inmediata, le hizo una propuesta inesperada: —Vayamos a Bellavista de Jaén —le sugirió con tono maduro—. Allí es donde yo solía trabajar y se puede ganar buen dinero

para cubrir nuestras necesidades básicas. Además, las cosas me están marchando bien; ya he podido comprar un par de toros con mi esfuerzo. Acompáñame.

La propuesta resonó con fuerza en el corazón de Antonín. Aunque aceptar aquel ofrecimiento significaba un sacrificio tremendo —renunciartemporalmente a las aulas y postergar ese sueño de secundaria que tanto le había costado alcanzar, un pensamiento que le dolía hasta lo más profundo de su ser—, la urgencia de su hogar pesó más. Intrigado por conocer aquellas tierras cálidas de Bellavista, un lugar que por aquellos tiempos era el destino más comentado y codiciado entre los paisanos que bajaban a trabajar, el pequeño gigante de Chugur asintió en silencio. El diploma de primer puesto quedó guardado en el fondo del baúl, y una nueva ruta, marcada por el machete y el destajo, comenzó a dibujarse en su destino.

Rumbo a Bellavista

Con su hermano mayor al lado, Antonín emprendió el largo viaje hacia Bellavista. Aquel hermano había sido el primero del clan familiar en aventurarse junto a su padre hacia otras provincias en busca de sustento; era un joven valiente, de fibra recia y totalmente habituado a las faenas

más demandantes del campo. Para alcanzar aquellas tierras bajas donde florecían las oportunidades laborales, debían afrontar una extenuante caminata de tres días a través de geografías caprichosas. Antes de la partida, la madre los preparó con esmero el infaltable fiambre para el camino: una suculenta ración de cuyes fritos con papas, tortillas de maíz y tamales andinos, un manjar montañoso cuyo aroma despertaba el apetito al primer instante.

El sendero era prolongado y, en muchos de sus tramos, sumamente peligroso. Para Antonín, que acababa de saborear la modernidad de la capital, adentrarse en aquellas rutas semisalvajes constituía una experiencia completamente nueva. Su hermano mayor lo guiaba con paso firme hacia el territorio donde él, sus otros hermanos y su padre sudaban el día a día.

Salieron de la casa a las cinco de la mañana, tras un desayuno rápido. Antonín guardó en su memoria la nitidez de aquel instante en que la madre, bajo la luz tenue del candil, abrió las páginas de la Biblia para leerles el Salmo 121, aquel que el padre llamaba con respeto "El Salmo del Viajero". Luego de encomendarlos a la protección del Altísimo, la mujer rompió en un llanto silencioso. Las lágrimas maternas humedecieron el rostro de Antonín durante el abrazo de despedida, sellando el inicio de la caminata.

La mañana amaneció gélida; el suelo andino exhalaba una humedad persistente y el rocío de la madrugada

empapaba rápidamente las botamangas de sus pantalones. A su alrededor, las aves silvestres entonaban sus primeras alabanzas al Creador, los gallos cantaban en coro y los perros guardianes ladraban al ver pasar a los caminantes. A lo lejos, las chimeneas de las chozas comenzaban a arrojar hilos de humo gris, señal inequívoca de que las mujeres del campo encendían los fogones. Con cada zancada, los hermanos se alejaban más de la tierra que los vio nacer.

Tras detenerse al mediodía para disfrutar del exquisito fiambre, se acomodaron nuevamente las alforjas sobre los hombros y reanudaron la marcha. Pronto iniciaron un descenso vertiginoso. En la lejanía, recortadas contra el horizonte, se divisaban colosales montañas teñidas de un azul místico, parcialmente coronadas por una neblina densa. Al fondo del abismo, el imponente río Marañón serpenteaba como una gigantesca serpiente plateada, pareciendo animarlos a descender hasta el fondo de su cauce.

Conforme bajaban, el clima sufrió una metamorfosis violenta: el aire se tornó denso y cálido, provocando que el sudor les corriera a chorros por el cuerpo. A causa del drástico cambio de altitud, los oídos de Antonín comenzaron a zumbiar y a taponarse repetidamente. La alforja, que al principio parecía ligera, cobraba un peso intolerable con cada metro avanzado. El dolor físico no tardó en aparecer; las uñas de sus pies empezaron a lastimarse debido a la terrible fricción de las zapatillas en

la bajada, y grandes ampollas comenzaron a reventarse en las plantas de sus pies.

El hermano mayor, percatándose del sufrimiento silencioso del muchacho, intentó distraerlo hilvanando anécdotas de su primer viaje junto al padre: —¿Ves aquel pueblo que aparece allá abajo, en el fondo? —le dijo con entusiasmo, señalando el horizonte. —Sí, apenas lo alcanzo a divisar entre la bruma —respondió Antonín, haciendo un esfuerzo supremo. —Allí es donde vamos a llegar a pasar la noche. Está *aishito*, entraremos temprano —le animó el hermano. —¿A qué hora calculas que estaremos pisando el lugar? —preguntó el menor, buscando un hilo de esperanza. —Aproximadamente a las cinco y media de la tarde —aseguró.

Apenas eran las tres de la tarde y Antonín sentía que las piernas le flaqueaban irremediablemente; su cuerpo reclamaba un descanso urgente. En contraste, su hermano no mostraba el menor rastro de fatiga: marchaba fresco como una lechuga, alargando el paso y devorando la pendiente con la soltura de un potro salvaje. Antonín continuaba avanzando a trompicones, pues jamás en su vida había caminado tantas horas sin tregua.

Faltando unos cien metros para hacer su ingreso al distrito de San Juan de Cutervo, el hermano mayor detuvo la marcha de golpe: —Aquí tenemos que preparar la cena —decretó—. Luego entraremos al pueblo a pedir posada en la casa de una señora que ya nos conoce.

Apartándose del camino principal, se adentraron en un rastrojo seco. Con la destreza de los hombres de campo, el hermano recogió tres piedras grandes, improvisó un fogón, encendió el fuego y puso a hervir una sopa en una pequeña olla de aluminio que cargaba en su alforja. Aunque el potaje quedó delicioso, Antonín apenas pudo probar bocado; su mente y sus músculos solo suplicaban un espacio donde desplomarse.

Al terminar de cenar, retomaron el sendero y entraron al pueblo de San Juan. El distrito constaba apenas de unas cuantas viviendas de adobe y madera, y los lugareños regresaban exhaustos de sus chacras tras una jornada de labranza. Aquella era una tierra bendecida para la producción de café, plátanos y yucas. El hermano se detuvo frente a una de las casas y llamó a la puerta: —Señora, buenas tardes. ¿Nos podría brindar posada para pasar la noche? —Pasen, pues —respondió amablemente la pobladora desde el interior.

Un suspiro profundo de alivio escapó de los labios de Antonín: *«Al fin, un lugar para descansar»*, pensó. Entraron a la precaria vivienda y la dueña les indicó que subieran al terrado, un altillo rústico de tablas: —Acomódense por ahí —les dijo—. Hay algunos costales de yute para que tiendan su cama. —Muchas gracias, señora —respondieron ambos a una sola voz.

Tras un aseo rápido para quitarse el polvo del camino, Antonín se tendió y cayó en un sueño profundo, casi

instantáneo. Su hermano intentó entablar alguna conversación nocturna, pero el muchacho fue incapaz de prestarle la menor atención, completamente vencido por el desgaste. Jamás había caminado tanto en un solo día.

La noche se disipó en un parpadeo. Al muchacho le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando la voz autoritaria de su hermano lo sacudió en la penumbra: —Despierta, hermano, ya es hora de marcharnos. Son las cuatro de la mañana y debemos aprovechar la frescura de la madrugada para avanzar el tramo más duro. —Pero... ¿Cómo pudo amanecer tan rápido? —protestó Antonín con voz adormecida, batallando para calzarse las zapatillas sobre los pies llagados. Sentía el cuerpo molido y, en su fuero interno, lamentaba amargamente haberse sumado a aquella aventura. Sin embargo, devoró su queja en silencio; el orgullo y el temor a que su hermano se burlara de su falta de resistencia lo obligaron a callar. —Vamos, levántate —insistió el mayor—. Al caminar, el cuerpo se aclimata y se acostumbra solo. Así me pasó a mí la primera vez que vinimos con papá.

Así dio inicio el segundo día de viaje. El calor se tornó sofocante a medida que perdían altitud y se aproximaban a la ceja de selva. Afortunadamente, una vez que los músculos de Antonín entraron en calor, el dolor disminuyó y pudo mantener el ritmo. Tras cinco horas de marcha ininterrumpida, arribaron finalmente a las orillas del imponente río Marañón, específicamente al puerto denominado Malleta. Allí, aprovechando la abundancia de

agua y leña seca, decidieron preparar el desayuno y el almuerzo en un solo acto. Eran cerca de las nueve de la mañana y el hambre arreciaba.

Luego de cocinar y saborear los alimentos, los hermanos se refrescaron con un vigoroso chapuzón en las aguas turbias y caudalosas del Marañón, crecido por las intensas lluvias de la temporada. Para Antonín, cruzar aquel coloso fluvial a bordo de una balsa amarrada resultó un espectáculo fascinante; la rústica embarcación desafiaba la corriente transportando pasajeros y cargamento de una orilla a la otra.

Una vez en la banda opuesta, ganaron la carretera afirmada por donde transitaban las camionetas que cubrían la ruta de Lonya Grande hacia Jaén y Bagua Grande. No obstante, el transporte era escaso y errático en aquellos años, por lo que el hermano mayor advirtió: — Tenemos que seguir avanzando a pie, no es seguro que pase alguna camioneta hoy.

Soportando un sol implacable que calcinaba el suelo y castigaba sin piedad sus espaldas, caminaron hasta llegar a una quebrada en el poblado de Tactago, cerca del distrito de Cumba. Allí, la fortuna les sonrió: una camioneta los recogió y los trasladó hasta el célebre puente de Corral Quemado, a donde llegaron al filo de las ocho de la noche. Sin perder tiempo, abordaron otro vehículo que los llevó hasta la ciudad de Jaén, pernoctando en la vivienda de un pariente. Al amanecer

del tercer día, reanudaron el viaje final hacia Bellavista, aquella plaza donde el dinero se ganaba con el precio del sudor más amargo. No en vano el saber popular sentenciaba con crudeza: «*Bellavista es padre y madre, pero abuela de nadie*». Había trabajo, sí, pero nadie regalaba nada.

En Bellavista, los viajeros fueron acogidos en la residencia de sus tíos, don Celso Rivera y doña Arsenia Medina, una respetable familia cristiana establecida en la zona desde hacía años. El tío Celso, un próspero comerciante local, había acondicionado estratégicamente el segundo piso de su propiedad para brindar alojamiento a los parientes y paisanos que bajaban de la sierra en busca de porvenir. Por su parte, la tía Arsenia, una mujer sumamente diligente, inteligente y hacendosa, los recibió con un cariño entrañable.

Una vez instalados, los hermanos salieron a ofrecer su mano de obra en las fincas de cacao, cuyos cultivos demandaban un esfuerzo ligeramente menor que los extenuantes arrozales. Gracias a la reputación y los contactos del hermano mayor, el enganche fue inmediato en la propiedad de un agricultor de la zona: —Ya encontré colocación con el señor Jesús Cotrina —anunció el mayor al regresar—. Mañana mismo empezamos la faena. Todo dependerá de que te acostumbres al manejo de la palana; al principio te va a doler la cintura de tanto agacharte, pero el cuerpo termina por amoldarse. —Mañana lo descubriremos, hermano —respondió Antonín,

experimentando el abrazo denso y sofocante del clima tropical—. ¿El tiempo es siempre así de pesado por aquí? —Sí —afirmó el hermano—. Aquí el calor es eterno, incluso cuando llueve torrencialmente. Por eso hay que tomar agua a cada rato para no secarse.

Finalmente, llegó el alba que inauguraba la vida de Antonín como peón agrícola en Bellavista. Manejar la pesada palana durante ocho horas bajo el sol abrasador resultó un suplicio indescriptible. Durante aquella primera jornada, las palmas de sus manos se poblaron de ampollas vivas, pero el verdadero martirio no provino de la herramienta, sino de las nubes de zancudos que infestaban el cacaotal. Los insectos se ensañaron con el muchacho, acribillándole el cuerpo sin piedad, ensañándose con su rostro y sus orejas.

Al caer la tarde, al concluir la jornada, el espejo de la realidad era devastador: Antonín caminaba de regreso con las facciones completamente desfiguradas por la hinchazón; las orejas inflamadas parecían proyectarse hacia delante con cada paso y sus párpados estaban tan deformados por las picaduras que apenas guardaba una fina rendija de luz para poder ver el camino. El estudiante estrella de la capital había sido bautizado por el rigor del trópico.

Expreso mi especial reconocimiento al profesor José Antonio Medina Díaz, distinguido educador y entrañable colega a quien conozco desde hace varios años.

Tuvimos la oportunidad de trabajar juntos en el ISPP “José Santos Chocano” – Bagua Grande – Utcubamba – Amazonas y posteriormente en el “PEAR” Programa de Educación en Áreas Rurales del Ministerio de Educación.

Su destacada trayectoria profesional evidencia su permanente compromiso, vocación de servicio y valioso aporte a la educación de nuestro país. La distinción de Palmas Magisteriales constituye un merecido reconocimiento a su ejemplar labor y a su contribución al desarrollo educativo nacional.

Hoy celebramos también la publicación de su libro autobiográfico, obra que recoge experiencias, aprendizajes y valiosos testimonios de su historia de vida.

Con admiración y afecto, le expreso mis felicitaciones y mejores deseos.



Mg. Wilder Yndalecio Delgado Vásquez

**Especialista en Educación de la UGEL Utcubamba
Dirección Regional de Educación Amazonas.**

DNI 33654176

Correo Electrónico

delgadovasquezwilderyndalecio@gmail.com.

CAPÍTULO IV

EL RETORNO A LA CAPITAL Y EL CONSEJO DEL TÍO CELSO

Al concluir aquella primera y extenuante semana de labor bajo el sol de plomo de Bellavista, una profunda marea de reflexión inundó el espíritu de Antonín. En la quietud de las noches tropicales, mientras el eco de los grillos y el acoso de los zancudos no daban tregua, los recuerdos de su año anterior en Lima regresaban a su mente con una nitidez deslumbrante. Añoraba la dignidad de una comida caliente a sus horas, el cobijo de una cama cómoda, la ropa adecuada y, por encima de todo, el tesoro inestimable de la oportunidad de estudiar. En contraste, la realidad de Bellavista se le revelaba como un yugo agotador, donde el bochorno excesivo impedía el descanso y el rigor del jornal no dejaba un solo minuto libre para alimentar su intelecto.

Ante la crudeza de aquel espejo, el muchacho tomó una determinación inquebrantable: debía regresar a la capital. Ese mismo fin de semana, con el firme propósito dictado por su intuición, Antonín abordó un pesado camión que transportaba frutas rumbo a la ciudad de Chiclayo. La despedida fue sobria, pero cargada de afecto; se despidió de su hermano, de su padre y de sus tíos, don Celso Rivera y doña Arsenia Medina.

Guardaría para siempre en un rincón sagrado de su memoria la estampa del tío Celso, aquel hombre culto, próspero comerciante y apasionado de la lectura, que andando el tiempo dejaría un legado luminoso en sus hijos, pilares de la familia Rivera Medina. Durante los pocos días que Antonín pasó bajo su techo, ambos habían entablado diálogos de una profundidad asombrosa. En uno de esos encuentros, luego de que el jovencito lo abrumara con un torrente de preguntas ávidas sobre ciencias naturales y sociales, el patriarca lo miró con fijeza y le obsequió un consejo que resonaría como una profecía el resto de sus días:

—Si regresas a Lima, Antonín, tu meta principal y absoluta debe ser continuar con tus estudios —le advirtió el tío Celso con voz pausada y sabia—. Un hombre que no estudia carece de un buen futuro; le faltará el conocimiento necesario para formar un hogar con sabiduría, ser útil a su sociedad e incluso para criar a sus propios hijos de manera adecuada. Lee tanto como puedas, muchacho, porque un hombre que no lee es igual a un ciego: es fácilmente persuadido y manipulado por aquellos que buscan aprovecharse de su ignorancia para fines que rara vez son bondadosos. El ser humano debe estar preparado para servir a su patria y a su familia con dignidad, sin importar el lugar donde le toque estar.

Antonín agradeció aquellas palabras desde el fondo de su corazón y se despidió de él con un respeto solemne. Aquella sería, por designio divino, la última conversación

que sostendrían en esta tierra, pues poco tiempo después el buen tío Celso emprendería su viaje definitivo hacia el hogar celestial.

De este modo, tras conocer de primera mano la dura realidad de ser jornalero en tierra ajena, donde el sudores mucho y el consuelo es poco, Antonín se marchó de Bellavista. Sin embargo, no se iba con las manos vacías: el legado de las enseñanzas de su tío se había arraigado en su pecho como una brújula inalterable, impulsándolo hacia la superación personal.

A medida que el camión frutero ganaba velocidad, alejándose de los campos de cacao y adentrándose en la ruta de regreso, una mezcla de intensa nostalgia y férrea determinación se apoderó del viajero. Mirando por la ventana, revivió cada instante en aquella tierra calurosa; pero de pronto, su mente voló más allá, cruzando los desiertos hasta encallarse en las cumbres de su natal Chugur. Pensó en su dulce madre, quien se había quedado en la pequeña chacra al cuidado de sus hermanos menores. Sabía que cada vez que uno de sus hijos debía partir a tierras lejanas, ella se quedaba sollozando junto al fogón. Al muchacho le parecía ver, reflejados en el parabrisas, los ojitos llorosos y el rostro entristecido de la madre, muestra viva de un corazón destrozado por la pena de ver marchar a sus vástagos hacia la incertidumbre del destino.

A pesar del dolor filial, el trayecto se convirtió en un taller donde Antonín comenzó a diseñar su futuro. Su mente se pobló de planes, horarios imaginarios y metas rigurosas. Sentía la imperiosa necesidad de honrar la memoria viva del tío Celso y de transformar el sacrificio de su madre en victorias académicas. La breve, pero brutal experiencia en Bellavista le había otorgado su lección más valiosa: el verdadero valor del conocimiento como única llave para la libertad.

Conforme el paisaje cambiaba, dejando atrás el verdor del trópico para dar paso a la aridez de la costa y la cercanía de la gran urbe, la determinación de Antonín se volvía de acero. Sabía perfectamente que el camino en Lima no sería un lecho de rosas, que vendrían obstáculos, madrugadas frías y la exigencia del trabajo doméstico; pero estaba dispuesto a batallar por sus sueños. Se hizo a sí mismo la promesa solemne de devorar cada oportunidad de aprendizaje y de no permitir que ninguna dificultad lo desviara de su objetivo.

El viaje de retorno a la capital se transformó así en el símbolo máximo de su resiliencia. Kilómetro a kilómetro, Antonín dejaba atrás las limitaciones impuestas por la escasez y las circunstancias, aproximándose a un horizonte preñado de posibilidades. Así, con la esperanza encendida, el consejo del tío Celso grabado a fuego y bajo la guía providencial de Dios, Antonín divisó a lo lejos las primeras luces de la capital. Su historia no había terminado en el barro de Bellavista; apenas comenzaba a

escribirse en las páginas doradas del logro y la realización personal.

En Lima, buscando trabajo en los callejones de la desilusión

La bonanza y el bienestar que Antonín había disfrutado durante su primera estancia en la capital se desvanecieron como un espejismo, dejando en su lugar la cruda realidad de quien debe empezar desde cero. Con una madurez inusual para su corta edad, el muchacho tomó una decisión drástica: no regresaría a la casa de la tía que lo había cobijado el año anterior. En su lugar, buscó refugio en el hogar de otra tía, esta vez por el lado materno, quien habitaba en el corazón de los Barrios Altos, en el jirón Parinacochas. Aquella humilde morada se escondía en el interior de un callejón estrecho y bullicioso, a escasos pasos del Hospital Dos de Mayo y a tan solo una cuadra de la ruidosa y congestionada Avenida Grau, en los linderos con el distrito de La Victoria.

Al verlo aparecer con su pequeña carga, la tía no pudo ocultar su asombro; ella sabía perfectamente que el muchacho había estado viviendo en un entorno muchísimo más cómodo y favorable. Con el corazón abierto, Antonín le explicó los motivos de su retorno y le

suplicó que le permitiera quedarse en su modesta vivienda mientras emprendía la búsqueda de un trabajo que le permitiera financiar sus estudios. La mujer, dotada de esa nobleza característica de la gente humilde, escuchó con atención y, mostrando su mejor voluntad, le ofreció el único rincón disponible en su hogar:

—Como puedes ver, querido sobrino, aquí no puedo ofrecerte las comodidades que tenías el año pasado —le dijo con total sinceridad, contemplando las limitaciones de sus cuatro paredes—. Sin embargo, si decides quedarte en este humilde hogar, ya encontraremos la manera de arreglárnoslas. Tengo un espacio en el altillo donde podrás dormir mientras tanto. —Muchas gracias, tía, por tu buena voluntad. Dios te lo pague —respondió el jovencito con profunda gratitud.

A partir de esa misma mañana, Antonín se embarcó en una incansable y desgastante travesía por las calles limeñas en busca de cualquier empleo. Día tras día, recorría los jirones y avenidas durante horas interminables, deteniendo la mirada en cada letrero improvisado que anunciaba vacantes en restaurantes, panaderías, hoteles, imprentas o talleres mecánicos. Sin embargo, la fortuna parecía haberle dado la espalda. Una y otra vez, las puertas se cerraban ante él acompañadas de las mismas respuestas mecánicas y desalentadoras: —El puesto ya ha sido ocupado, muchacho. —Buscamos a alguien con más experiencia. —No estamos contratando personal por el momento.

La sombra de la desesperanza comenzó a cernirse sobre su espíritu. No solo le preocupaba asegurar el sustento diario y colaborar con los gastos de la casa de su tía, sino que el calendario avanzaba inexorablemente hacia el inicio del año escolar, y él carecía por completo de los recursos económicos para matricularse y comprar sus útiles. Sus escasos ahorros se derretían como hielo bajo el sol, y cada jornada que concluía con las manos vacías se transformaba en una carga emocional sumamente difícil de soportar.

Sin embargo, el orgullo andino y la fe heredada de sus padres le prohibían rendirse. Cada madrugada, antes de salir a desafiar la indiferencia de la gran ciudad, el muchacho se arrodillaba en la penumbra del altillo y se refugiaba en la oración, rogando fervientemente al Altísimo que le abriera una ventana, una sola oportunidad para demostrar su valía.

Esta agobiante rutina se repitió semana tras semana. Antonín caminaba hasta el agotamiento por los rincones más dispares de la capital, consumiendo sus energías físicas y desgastando la suela de sus zapatos. Hubo tardes grises en las que el desánimo era tal que un profundo arrepentimiento lo asaltaba, haciéndole dudar de haber abandonado la comodidad del año pasado o la seguridad del campo. Su mente se convertía en un torbellino de preguntas sin respuesta. A pesar de las flaquezas de la carne, una fuerza invisible lo obligaba a ponerse de pie al día siguiente. La perseverancia y la fe

se convirtieron en sus únicas e inseparables compañeras de ruta.

Aquella implacable búsqueda de empleo se transformó en la prueba de fuego para su paciencia y su capacidad de resistencia. No obstante, en medio de la adversidad, el muchacho comenzó a descubrir una fortaleza interna, un fuego sagrado que desconocía poseer. Aunque las negativas consecutivas amenazaban con quebrar su voluntad, Antonín se repetía a sí mismo, como un mantra, la razón fundamental por la que había regresado a Lima: él no había vuelto para ser un vagabundo, sino para conquistar las aulas, seguir estudiando y construir un destino digno.

Frente a los muros invisibles de la ciudad, el calor del hogar de su tía y la convicción íntima de estar en el camino correcto se convirtieron en su mejor bálsamo. El sendero hacia el éxito estaba resultando espinoso, pero el alma de Antonín ya estaba lista para la batalla.

La respuesta a la oración: Un amigo en el camino

Una tarde, mientras Antonín reposaba en el altillo intentando dar tregua al cansancio tras el almuerzo, el

murmullo de una conversación en la planta baja interrumpió sus pensamientos. Se trataba de una charla animada entre su tía y un visitante cuya voz, por el dejo y la calidez, delataba a un paisano de la sierra que ya llevaba un buen tiempo aclimatado a los trajines de la capital. La familiaridad del trato evidenciaba que era un hombre de absoluta confianza para la familia. Antonín, aguzando el oído desde su rústico refugio, prestó atención al diálogo hasta que, de pronto, la voz de su tía formuló la pregunta que él tanto había ansiado escuchar en los labios de alguien:

—Por casualidad, paisano, ¿en el lugar donde tú laboras no habrá alguna vacante o un trabajito para mi sobrino? —inquirió la mujer con tono suplicante—. Hace más de un mes que bajó de la sierra y el pobrecito no encuentra nada. Camina todo el día y está sumamente preocupado. —Pues mire usted, da la casualidad de que ayer mismo despidieron a un operario del taller de zapatería donde trabajo —respondió el visitante de inmediato—. Era el ayudante, pero lo echaron porque no ponía empeño ni voluntad en las tareas.

Al oír aquello, la tía comenzó a interceder por el muchacho con vehemencia, asegurando que Antonín era un joven sumamente honrado, responsable, de manos laboriosas y, por encima de todo, un cristiano evangélico de rectos principios. Conmovido por la escena y sintiendo que las puertas del cielo comenzaban a abrirse, el jovencito descendió con prisa del altílo para presentarse.

—Aquí estoy —anunció con timidez, pero con paso firme, saludando a los presentes con una cordialidad impecable—. Disculpen que haya escuchado su conversación desde arriba, pero me ha sido imposible no atender, ya que estaban tocando el más grande de mis problemas en este momento: el desempleo. Mi nombre es Antonín y estoy enteramente a su disposición.

El visitante, un joven llamado Abelardo Copia Tantaleán y natural del distrito de Anguía, lo observó directamente a los ojos. Tras examinar por un instante la estampa honesta del muchacho, dibujó una sonrisa fraterna y le extendió la mano: —Mucho gusto de conocerte, paisa. Soy Abelardo —dijo. Su ademán franco y su hablar pausado transmitieron a Antonín una oleada de confianza y el presentimiento de una amistad sincera e instantánea.

Acto seguido, el recién llegado formuló la interrogante crucial, aquella que define los destinos: —¿De verdad quieres trabajar, muchacho? —¡Sí, señor! —exclamó Antonín con una emoción que le desbordaba el pecho—. Eso es lo que más deseo y necesito en estos momentos. He gastado suela buscando por los cuatro costados de Lima, pero todas las puertas se me han cerrado.

Abelardo asintió con gravedad, reconociendo que los tiempos que corrían eran duros y que engancharse en un empleo en la capital se había vuelto una tarea crítica para los provincianos. Con un brillo de nostalgia en los ojos, le recordó al muchacho las bondades de la tierra que habían

dejado atrás, donde la vida se resolvía labrando el campo, pastoreando el ganado por las laderas y criando animales en el corral. La sola mención que hizo Abelardo de un buen plato de chicharrones con mote despertó los sentidos de Antonín y le arrancó una sonrisa nostálgica. Sin embargo, el joven estudiante no tardó en enderezar su postura para reafirmar su profesión de fe: le explicó que su meta suprema en Lima era el estudio, pero que, debido a que sus padres carecían de los recursos económicos para solventar los gastos de la ciudad, se veía en la imperiosa necesidad de trabajar y estudiar en simultáneo.

Al escuchar esto, el semblante de Abelardo se tornó comprensivo y compartió su propia historia como un espejo de advertencia. Él también había pisado el asfalto limeño años atrás con la firme ilusión de educarse; sin embargo, el destino lo había puesto bajo la tutela de un tío electricista que manejaba importantes contratos. Aquel pariente, cegado por la ambición laboral, lo obligaba a quedarse hasta altas horas de la noche como asistente de cableado, impidiéndole asistir a las aulas nocturnas, lo que truncó sus estudios apenas en el tercer año de secundaria.

Al concluir el relato, ambos muchachos cruzaron una mirada de silenciosa esperanza, haciendo un pacto mudo para que la historia de Antonín fuera distinta y las cadenas del trabajo no ahogaran sus sueños de superación. Fue en ese instante de profunda conexión cuando Abelardo

pronunció las palabras que marcarían el fin de las tardes de vagar sin rumbo:

—En el taller de zapatería hace falta un nuevo ayudante. Mañana mismo me acompañas.

Aunque Antonín jamás en su vida había tenido entre sus manos las herramientas de la costura de calzado ni conocía los secretos del cuero, el fuego de su determinación se encendió por completo. Estaba dispuesto a aprender el oficio desde el primer peldaño, a doblar el lomo y a dar lo mejor de sí con tal de conquistar el derecho de volver a sentarse en un pupitre escolar. El camino del zapatero lo aguardaba.

El canto del cuero: Aprendiz en la zapatería "Cieza"

Al cruzar el umbral del taller de zapatería "Cieza", un olor penetrante a cuero fresco, tinte y pegamento recibió a los recién llegados. Adentro, en medio del trajín de las hormas y las suelas, Abelardo dio un paso al frente para presentar al muchacho ante el dueño del negocio, un hombre de ademanes severos llamado Roberto Cieza. Con una voz clara, firme y acostumbrada al mando, el señor Roberto examinó la estampa del joven debutante antes de dictar las reglas de su dominio:

—Te doy la bienvenida únicamente porque eres amigo de Abelardo —sentenció el propietario, clavando una mirada gélida en el muchacho—. Él es un trabajador excelente que aprendió el oficio con rapidez. Espero exactamente lo mismo de ti: absoluta responsabilidad y dedicación al trabajo. Escucha bien tus obligaciones: tu hora de ingreso será a las siete de la mañana en punto, tendrás una hora exacta para almorzar al mediodía y tu salida será a las seis de la tarde. Dado que no posees la menor experiencia en el calzado, vas a necesitar tiempo para aprender y es casi seguro que dañarás material valioso; por lo tanto, compensarás esas pérdidas trabajando horas extras sin chistar. ¿Estás de acuerdo? Tómallo o déjalo, muchacho, porque así son las cosas aquí.

—Está bien, señor. Acepto el trabajo —respondió Antonín con aplomo, tragándose el orgullo.

De inmediato, se arrimó al lado de Abelardo, el único asidero de confianza que poseía en ese nuevo universo de herramental desconocido, aguardando las primeras instrucciones. A partir de ese crucial instante, Abelardo se transformó en su maestro de taller y en su más entrañable amigo. Con una paciencia infinita y una pedagogía nacida del afecto, le guiaba día a día en el manejo de las cuchillas, las leznas y los cepillos, destrezas que el muchacho jamás había ejecutado. Abelardo era un hombre jovial, de una alegría contagiosa que rara vez se quebraba ante la fatiga; pasaba la mayor parte de la jornada entonando viejas melodías de la sierra, tonadas

melancólicas que flotaban entre el polvillo de las lijas. A veces, entre corte y corte de suela, dejaba escapar la nostalgia que le producía la distancia de su madre y sus hermanos, desgranando los episodios más duros de su propia historia:

—Yo crecí sin la sombra de un padre, hermano —le confiaba Abelardo a Antonín, mientras acomodaba una horma—. Mi madre me sacó adelante lavando ropa ajena y sirviendo en casas de gente adinerada a cambio de un mísero plato de comida. Muchas veces la explotaron con crueldad. Tuvo que doblar el lomo trabajando como un peón en tierras ajenas, porque nosotros jamás poseímos un palmo de terreno propio. En aquellos años oscuros, a mí me tocaba cocinar para mi hermanito menor cuando mi madre salía a buscar el pan; recuerdo nítidamente que había días enteros en los que no teníamos absolutamente nada que echar en la olla. Pero mírame ahora, Antonín: estoy sudando el hombro para comprar una casita propia en la quinta donde vivo. Mi meta es traer a mi viejita y a mi hermano a Lima para que vivan conmigo con la dignidad que merecen. Ya es hora de que mi madre descanse de tanta fatiga; ya tiene más de setenta años.

Tras evocar aquellas penurias de la infancia, como quien sacude el polvo del camino, Abelardo ahuyentaba la tristeza encendiendo la máquina pulidora y soltando un canto vibrante.

—¡Hazme la segunda voz, hermano! —le exigía con entusiasmo a Antonín por encima del estruendo del motor.

Al principio, el muchacho se unía a regañadientes, cohibido por la novedad del entorno; sin embargo, al cabo de unos días, terminó por fascinarle aquella complicidad coral, entrelazando sus voces en el compás triste y profundo de los yaravíes y huaynos que desafiaban el gris de la capital. Una de las canciones preferidas de Abelardo, que resonaba con fuerza entre las paredes del taller, decía más o menos así:

*Caminando, caminando, me encontré con el olivo.
Arranqué tres cogollitos, remedio para el olvido.*

*No porque me veas pobre, digas que soy cualquiera.
También soy un caballero, como el que carga dinero.*

Fuga: Cadera, cholo, cadera, la china no dice nada. La china se compromete por un almud de cebada.

Cadera, china, cadera; el cholo no dice nada. El cholo se compromete, calladito de su mamá.

Aquel compañero de faena era un ser verdaderamente admirable a los ojos de Antonín. A pesar de los colosales desafíos que la vida le había puesto enfrente, Abelardo jamás permitía que la amargura echara raíces en su corazón; mantenía una postura optimista y generosa, compartiendo sus conocimientos del oficio sin el menor

egoísmo. Aquellas melodías andinas, cargadas de un sentimiento telúrico, se convirtieron en un cordón umbilical que unía a ambos muchachos con sus raíces, transformando el rudo taller en un espacio de mutuo auxilio. Abelardo trascendió el rol de maestro zapatero para convertirse en un pilar fundamental en la vida de Antonín.

Aquel joven noble, que en su madurez partió hacia el descanso eterno dejando un vacío profundo, sembró una huella imborrable en el asfalto limeño. Su recuerdo permanece vivo y cobijado por el cariño de las innumerables amistades que cosechó en vida y por la hermosa familia que dejó establecida en la capital. Pero en aquellos lejanos días de 1974, su voz seguía resonando con fuerza, enseñándole a Antonín que la dignidad de un hombre no se mide por las monedas en el bolsillo, sino por la fuerza de su canto y el tamaño de sus promesas.

El gran Abelardo cumplió su sueño: llevó a su madre a Lima, donde la tenía como a una reina. Posteriormente, se la llevó de regreso a su tierra. En ese viaje Abelardo se enamoró de una bella damita con quien contrajo matrimonio; tuvieron 2 hijos.

Luego de haber trabajado algún tiempo en ese taller de zapatería, puso su propio taller y le fue muy bien; tenía varios operarios y vendía su mercadería por diferentes regiones del país. Un día cae gravemente enfermo, donde

le diagnosticaron que tenía problemas cardiacos; se le complicó su salud con otra enfermedad al pulmón, la cual la superó. Sin embargo, le diagnosticaron cáncer y fue sometido a un proceso de quimioterapias, pero también lo superó y finalmente muere con infarto.

El legado y el descanso del maestro

Aquel compañero de faena era un ser verdaderamente admirable a los ojos de Antonín. A pesar de los colosales desafíos que la vida le había puesto enfrente, Abelardo jamás permitía que la amargura echara raíces en su corazón; mantenía una postura optimista y generosa, compartiendo sus conocimientos del oficio sin el menor egoísmo. Con los años, el destino recompensaría con creces aquella nobleza: el gran Abelardo cumplió al pie de la letra su más sagrado anhelo, logrando trasladar a su amada madre a la capital, donde la cuidó y la cobijó teniéndola como a una verdadera reina. Tiempo después, la acompañó de regreso a su entrañable tierra natal; fue en ese viaje de retorno a las raíces donde el amor tocó a su puerta al quedar prendado de una bella damita con quien contrajo matrimonio y formó un hogar bendecido con dos hijos.

La superación de Abelardo no se detuvo en las encuadernaciones ajenas. Tras haber laborado con

disciplina durante un buen tiempo en la zapatería "Cieza", reunió el capital y el valor necesarios para independizarse, fundando su propio taller de calzado. El éxito coronó su esfuerzo: su negocio prosperó rápidamente, llegó a contar con varios operarios a su cargo y su mercadería comenzó a comercializarse con éxito por diferentes regiones del país.

Sin embargo, los años finales le depararían batallas titánicas en el terreno de la salud. Un día cayó gravemente enfermo y los médicos le diagnosticaron serios problemas cardíacos, cuadro que se complicó con una severa afección pulmonar que logró superar gracias a su indomable fuerza de voluntad. Más adelante, la vida volvió a ponerlo a prueba al diagnosticársele un cáncer; fue sometido a un doloroso proceso de quimioterapias, el cual también venció con el coraje que lo caracterizaba. Finalmente, tras haber doblegado a los gigantes de la enfermedad, su corazón, cansado de tanto luchar, dictó el final de sus días a causa de un infarto súbito.

Aquel joven noble, que partió hacia el descanso eterno dejando un vacío profundo, sembró una huella imborrable que trascendió el asfalto limeño. Su recuerdo permanece vivo y cobijado por el cariño de las innumerables amistades que cosechó en vida y por la hermosa familia que dejó establecida en la capital. Pero en aquellos lejanos días de 1974, su voz seguía resonando con fuerza en el taller, enseñándole a Antonín que la dignidad de un

hombre no se mide por las monedas en el bolsillo, sino por la fuerza de su canto y el tamaño de sus promesas.

Trabajo asegurado: El reconocimiento al esfuerzo

Un buen día, cuando el trajín de las máquinas y el martilleo sobre las hormas se encontraba en su punto más alto, el gerente y propietario del taller mandó llamar a Antonín a su oficina. El muchacho cruzó el umbral con cierta cautela, pero el semblante del señor Roberto Cieza ya no guardaba la frialdad del primer día; al contrario, se dispuso a entregarle una noticia sumamente alentadora:

—Antonín, quiero felicitarte sinceramente por tu desempeño en el taller —le manifestó el propietario con un tono de voz que denotaba un profundo respeto—. En este tiempo, has demostrado un compromiso intachable, además de una rapidez y habilidad admirables para el oficio. Estoy verdaderamente impresionado por tu progreso y tu dedicación diaria. Por ello, quiero ofrecerte un puesto permanente aquí en la zapatería. A partir de hoy, serás parte de nuestro equipo de manera estable y contarás con todas las prestaciones correspondientes. Estoy completamente seguro de que seguirás creciendo y

desarrollándote en esta profesión. Felicidades, muchacho, te lo has ganado a pulso.

Aquellas palabras del señor Cieza constituyeron un bálsamo y un enorme reconocimiento al sudor y la constancia que el joven de Chugur había invertido en cada pieza de calzado. Antonín experimentó un legítimo orgullo en el pecho; había demostrado su valía con creces y sus manos, antes inexpertas, ahora eran valoradas en el corazón de la industria local. Sabía que, en medio de la inmensa y a veces esquiva capital, al fin había conquistado un empleo seguro y una plataforma sólida para seguir aprendiendo y madurando.

Con una madurez impecable, el muchacho agradeció al señor Cieza por la confianza depositada y renovó su promesa de seguir esforzándose al máximo en cada jornada. Al salir de la oficina, la mirada de complicidad con Abelardo lo dijo todo. Sabía que contaba con el respaldo incondicional y la hermandad de aquel maestro generoso que jamás se había apartado de su lado, guiándolo y alentándolo en los momentos de mayor fatiga. Juntos, como dos columnas de una misma estirpe provinciana, estaban listos para enfrentar cualquier desafío que el destino les pusiera enfrente, decididos a construir un porvenir más digno para ellos y para las familias que esperaban en las cumbres.

Esa crucial etapa de su vida, marcada por la providencial aparición de Abelardo y el cobijo de la zapatería "Cieza",

se convirtió en un verdadero punto de inflexión para Antonín. Fue el nacimiento de un nuevo capítulo colmado de aprendizaje, superación y una amistad de esas que no se borran con el paso de los años. El taller, con su aroma a clefa y su coro de yaravíes a dos voces, quedaba sellado en el alma del futuro profesional no como un lugar de castigo, sino como el santuario donde aprendió a moldear el carácter con la misma firmeza con la que se moldea el cuero.

Entre hormas y pupitres: La odisea del estudiante nocturno

Haberse asegurado como obrero permanente en el taller de zapatería trajo consigo un profundo suspiro de alivio y satisfacción para Antonín. En aquellos años de la década del setenta, ingresar a la planilla significaba conquistar el acceso a los beneficios sociales y, muy especialmente, al Seguro Social del Obrero, un amparo que le garantizaba atención médica en una urbe donde enfermarse siendo pobre era un lujo prohibitivo.

Sin embargo, la conquista de aquella estabilidad laboral no aligeró el peso sobre sus hombros; la rutina se tornó extenuante, devorando las horas en jornadas interminables que no dejaban espacio para el sosiego.

Antonín se ponía en pie antes de que la aurora despuntara para iniciar la labor con el cuero y, al concluir la tarde, apenas le quedaba el tiempo justo para un aseo apresurado en los lavaderos del mismo taller. De inmediato, con el cuerpo molido y los dedos impregnados del olor a Terokal, corría a abordar el microbús que lo trasladaría al otro extremo de la ciudad.

Su destino escolar era el Colegio Nacional General "Roque Sáenz Peña", ubicado en la Av. La Paz, en el distrito de San Miguel. Allí, en las aulas nocturnas, las clases se prolongaban fatigosamente hasta rozar las once de la noche. Debido a que su residencia se encontraba en el tradicional distrito del Rímac, el viaje de retorno bajo el cielo encapotado de Lima se convertía en otro calvario: Antonín cruzaba el umbral de su hogar pasada la medianoche, exhausto, tiritando de frío y con el estómago vacío. Sus cenas eran bocados rápidos, muchas veces improvisados y sin calentar adecuadamente sobre una cocina moribunda. En medio de aquel ritmo frenético, las horas para realizar las tareas escolares eran inexistentes; el cansancio acumulado terminaba por vencerlo en los asientos del transporte público, lo que provocaba retrasos involuntarios en el ingreso al plantel o que el sueño lo rindiera de golpe sobre el frío pupitre de madera en plena explicación del profesor.

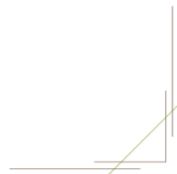
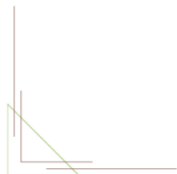
Aquel panorama desolador experimentó un respiro providencial gracias al consejo de su inseparable amigo Abelardo. Perceptivo ante el desgaste físico del

muchacho, Abelardo le sugirió trasladarse al Colegio Ricardo Bentín, ubicado en el mismo corazón del Rímac. El cambio de matrícula supuso una tregua geográfica invaluable: aunque la rutina diaria continuaba siendo un engranaje agitado, el recortar las distancias del trayecto le otorgó valiosos minutos para el descanso y para cumplir con las responsabilidades académicas.

Aun así, el desgaste acumulado y los altos niveles de estrés laboral comenzaron a pasarle una factura inevitable a su rendimiento en las aulas; el brillo del primer puesto absoluto del año anterior se veía amenazado por el rigor de la supervivencia. A pesar de la fatiga, sosteniendo el diploma de secundaria como el escudo de sus batallas, Antonín logró culminar satisfactoriamente la instrucción media, un hito personal de incalculable valor para su estirpe.

No obstante, al contemplar entre sus manos gastadas por el oficio de zapatero un certificado de estudios de educación secundaria completa, se instaló en el pensamiento de Antonín: poseer únicamente la educación secundaria no sería suficiente para derribar las altas murallas de la escasez ni para alcanzar las metas que se había trazado frente al fogón de su madre. Animado por su innato talento y con la esperanza de obtener una beca integral que le abriera de par en par las puertas de la universidad, se presentó con temple al riguroso concurso de admisión.

Lamentablemente, el destino tenía otros planes inmediatos: el puntaje obtenido no alcanzó la valla requerida en aquella primera postulación. Lejos de quebrar su espíritu, aquel revés frente a las listas oficiales se convirtió en un santuario de profunda reflexión; Antonín comprendió que las grandes cumbres no se conquistan en el primer intento y, ajustándose el cinturón del obrero, comenzó a replantear sus estrategias y metas a largo plazo. Su historia en la capital estaba lejos de clausurarse; apenas se estaba templando el acero para las verdaderas batallas de la vida profesional.



Expreso mi especial reconocimiento al profesor José Antonio Medina Díaz, distinguido educador y entrañable colega a quien conozco desde hace muchos años.

Tuvimos la oportunidad de trabajar juntos en el ISPP “José Santos Chocano” de Amazonas y posteriormente en el Ministerio de Educación. Su destacada trayectoria profesional evidencia su permanente compromiso, vocación de servicio y valioso aporte a la educación de nuestro país. La distinción de Palmas Magisteriales constituye un merecido reconocimiento a su ejemplar labor y a su contribución al desarrollo educativo nacional.

Hoy celebramos también la publicación de su libro autobiográfico, obra que recoge experiencias, aprendizajes y valiosos testimonios de su historia de vida.

Con admiración y afecto, le expreso mis felicitaciones y mejores deseos.



Mg. Misael Vásquez Ampuero

Especialista en Educación de la Dirección Regional
de Educación de Lima Metropolitana

DNI 333673075.



CAPÍTULO V

CUANDO EL AMOR LLEGÓ A LA VIDA DE ANTONÍN

Para Antonín, el tiempo siempre había sido uno de los bienes más preciados. De lunes a sábado, sus días transcurrían entre el trabajo en la zapatería y las clases nocturnas. Estaba decidido a salir adelante, y sabía que cada hora de esfuerzo podía acercarlo un poco más a los sueños que había traído consigo desde su tierra natal.

Los domingos eran diferentes. Eran los únicos días en que podía descansar, lavar su ropa, adelantar las tareas del colegio o, simplemente, detenerse un momento después de una semana agotadora.

Precisamente uno de aquellos domingos ocurrió algo inesperado que, con el paso de los años, comprendería que había cambiado para siempre el rumbo de su vida.

Dos jóvenes paisanas, parientas suyas, llegaron a visitarlo. Ellas también habían viajado desde la sierra hasta Lima en busca de trabajo y de mejores oportunidades. Alguien les había proporcionado la dirección donde vivía Antonín donde se reunieron.

Aquella tarde conversaron largamente. Recordaron la tierra donde habían nacido, los caminos de la infancia, la pequeña escuela donde alguna vez habían estudiado y tantas historias que solo quienes comparten una misma

tierra pueden comprender plenamente. En medio de la conversación, una de ellas le preguntó de pronto:

—Antonín, ¿tienes enamorada? La pregunta lo tomó por sorpresa.

—Todavía no —respondió, un poco ruborizado—. Casi no tengo tiempo para buscar una. Las muchachas sonrieron.

—Pues eso no es problema —dijo una de sus primas—. Nosotras conocemos a una amiga. También trabaja y estudia por las noches, como tú.

Antonín levantó la mirada, intrigado.

—Dentro de quince días estamos invitadas al cumpleaños de una paisana que vive por aquí cerca. Tú también la conoces. Podemos venir con nuestra amiga y allí te la presentamos. ¿Qué dices?

Por algunos segundos, Antonín guardó silencio.

La imaginación comenzó a jugarle una pequeña travesura. Se le vio caminando algún día por las calles de Lima tomado de la mano de una muchacha. Hasta entonces, su vida había estado llena de trabajo, estudio, sacrificios y sueños de superación; nunca había tenido demasiado espacio para pensar en el amor. Volviendo a la conversación, respondió:

—Me parece una buena idea. Si ustedes me la presentan, iré.

—Nosotras hacemos la presentación —bromearon—, pero de enamorarla te encargas tú. Antonín sonrió.

—Eso va a ser lo difícil. Ustedes saben que soy tímido.

—Entonces vas a necesitar nuestra ayuda —respondió una de ellas entre risas—. Además, nuestra amiga es una muchacha seria y muy bonita: es de cabello rizado, tiene ojos grandes y claros y unas pestañas preciosas. Estamos seguras de que te va a gustar. Antonín volvió a sonreír.

—Si es como ustedes dicen, quizá sea la clase de mujer con la que algún día quisiera formar mi hogar. Cuando termine mis estudios y tenga un buen trabajo, también sueño con tener mi propia familia. Después de compartir el almuerzo en el restaurante Rinconcito Cajamarquino, en el Rímac, las muchachas se despidieron dejando establecido el compromiso: regresarían dentro de quince días y llevarían con ellas a aquella misteriosa amiga.

Cuando se quedó solo, Antonín intentó continuar con su rutina dominical. Tenía ropa que lavar y trabajos del colegio por terminar. Sin embargo, de vez en cuando regresaban a su mente las palabras de sus parientas.

«Cabello rizado, ojos grandes y claros...»

Sin haberla conocido todavía, aquella joven ya había despertado su curiosidad.

El encuentro con Yully

Finalmente llegó el domingo esperado. Antonín terminó apresuradamente sus tareas, lavó su ropa y escogió con particular cuidado su mejor camisa, aquella que reservaba para ocasiones especiales. La planchó con esmero, se bañó, se perfumó y se miró varias veces antes de salir. Era evidente que aquella no sería una tarde cualquiera. Para no llegar con las manos vacías, compró un pastel para la cumpleaños y se dirigió a la reunión.

Al llegar, saludó a los presentes y felicitó a la joven que celebraba su cumpleaños. Entonces recorrió el lugar con la mirada y encontró a sus dos parientas. Junto a ellas estaba una muchacha que nunca había visto. Inmediatamente comprendió quién era. Era tal como se la habían descrito. Antonín se acercó tratando de ocultar los nervios. Una de sus primas se puso de pie y realizó la presentación.

—Antonín, ella es nuestra amiga Yully. Por unos instantes él se quedó sin palabras. Extendió la mano y la saludó tímidamente. Yully respondió con una sonrisa sencilla que terminó de desarmar al joven serrano que tantas dificultades había enfrentado en la vida, pero que en aquel momento no sabía qué palabras utilizar frente a una muchacha. Cuando lograron sentarse cerca, Antonín comenzó a conversar.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—Me llamo Yully y soy de Cajamarca.

Antonín la observó algunos segundos antes de atreverse a agregar:

—Eres muy bonita.

Ella bajó ligeramente la mirada.

—Gracias por decirlo, aunque yo no creo que sea para tanto. Y sonrió.

Aquella sonrisa quedó grabada en la memoria de Antonín.

Yully era de baja estatura y de apariencia delicada. Su cabello castaño y ensortijado caía sobre sus hombros hasta alcanzar buena parte de su espalda. Tenía grandes ojos, de mirada serena, y un rostro juvenil que transmitía dulzura.

Antonín procuraba disimular, pero no podía dejar de observarla. En algún momento, llevado por la emoción, pensó silenciosamente: «Señor, ¿será ella la mujer con quien algún día formaré mi familia? Si esa fuera tu voluntad y también la de ella, yo sería feliz».

Quizá para otros asistentes se trataba simplemente de una fiesta de cumpleaños. Para Antonín, sin saberlo todavía, aquella reunión se estaba convirtiendo en una de las fechas más importantes de su existencia.

El primer baile

Poco a poco comenzaron a llegar más invitados. Había adultos y jóvenes, hombres y mujeres, en su mayoría paisanos provenientes de Cajamarca y algunos de Chugur, la tierra natal de Antonín.

Después de saborear un delicioso cuy con papas, comenzó la música. Sonaban canciones cajamarquinas interpretadas por grupos muy populares de aquellos años, entre ellos Los Reales de Cajamarca y Los Tucos de Cajamarca.

Todos bailaban con entusiasmo.

Todos, menos Antonín.

Desde su asiento observaba discretamente a Yully. Quería invitarla a bailar, pero no encontraba el valor suficiente. Para empeorar las cosas, otros jóvenes sí se atrevían a acercarse a ella. Cada vez que alguno la invitaba, Antonín pensaba:

«En la siguiente canción voy yo». Llegaba la siguiente canción... y nuevamente alguien se adelantaba.

Finalmente, una de sus parientas se acercó a él.

—Antonín, es tu turno. Invita a bailar a Yully. Dentro de poco tendremos que regresar. A ella solamente le dieron permiso hasta las diez y media de la noche y debemos llevarla a tiempo. Aquellas palabras fueron suficientes. Antonín sabía que quizá no tendría otra oportunidad.

No era un gran bailarín, pero dentro de su pecho comenzaba a nacer una emoción desconocida. Reuniendo valor, se levantó y caminó hacia ella.

«Esto lo hago por el amor de una mujer», se dijo a sí mismo para darse ánimo.

Minutos después estaban bailando.

Mientras se movían al ritmo de la música, Antonín aprovechó para decirle que le gustaría seguir conversando con ella y cultivar una amistad.

Yully no rechazó la idea.

—Yo solamente tengo libres los domingos —le explicó—. Ese día visito a mi hermano y lo ayudo a vender frutas en su puesto del Mercado Central. Viajo desde San Miguel hasta la avenida Abancay. Si deseas conversar conmigo, podrías esperarme cuando salga del trabajo, aproximadamente a las ocho de la mañana.

Antonín sintió que acababan de regalarle todos los domingos del mundo.

—Allí estaré —respondió.

Y cumplió su palabra.

Un amor que comenzó a caminar por Lima

Desde entonces, los domingos adquirieron un significado completamente diferente.

Antonín esperaba con ansiedad el final de cada semana. Ya no era únicamente su día para descansar o lavar la ropa: era el día en que podía ver a Yully.

A veces caminaban juntos por las calles de Lima; otras veces viajaban en microbús. Antonín prefería las caminatas porque parecían alargar el tiempo. Mientras caminaban, podían hablar sin prisa acerca de sus familias, de su tierra, de las dificultades que enfrentaban lejos de casa y, especialmente, de sus proyectos para el futuro.

Ambos eran jóvenes provincianos tratando de construir una vida en una ciudad enorme.

Trabajaban.

Estudiaban.

Soñaban.

Y poco a poco comenzaron también a soñar juntos.

Las conversaciones se hicieron cada vez más íntimas y la amistad comenzó a transformarse en algo más profundo. Hasta que llegó el día en que Antonín comprendió que ya no podía seguir llamándola simplemente «amiga».

Reuniendo el mismo valor que alguna vez necesitó para invitarla a bailar, le declaró su amor.

Yully correspondió a sus sentimientos.

Desde aquel momento comenzó oficialmente una historia que ninguno de los dos podía imaginar hasta dónde los llevaría.

Hacían planes para el futuro. Se prometían acompañarse en las dificultades y soñaban con tener algún día un hogar propio.

Como suele suceder con los primeros grandes amores, pronunciaban promesas enormes. Incluso llegaron a decir, con la intensidad de quienes creen que el amor puede desafiarlo todo, que pedirían a Dios permanecer juntos hasta el último día de sus vidas.

El hermano de Yully terminó enterándose de la relación. Antonín temió que pudiera oponerse, pero ocurrió lo contrario. Aceptó el noviazgo y habló seriamente con ambos.

Les aconsejó respetarse, ser responsables y no apresurar las etapas de la vida.

Antonín agradeció aquellas palabras. Sabía que quien las pronunciaba podía convertirse algún día en su cuñado.

Dos años de espera y de sueños

Transcurrieron aproximadamente dos años. El cariño entre ambos continuó creciendo. Cada domingo volvían a encontrarse y cada despedida hacía que esperaran con

más ilusión el siguiente encuentro. Habían decidido mantener su relación con respeto, procurando ser prudentes y fieles a los principios que deseaban conservar hasta formar un hogar.

Sin embargo, una noche ocurrió algo que cambiaría el rumbo de sus planes.

A Yully se le hizo demasiado tarde para regresar al lugar donde trabajaba y ya no encontró movilidad. Antonín, preocupado por su seguridad, le ofreció quedarse aquella noche en su habitación. Él decidió cederle su única cama y dormir en un mueble. Pero ninguno de los dos se sentía cómodo con aquella solución.

Después de discutir quién debía ocupar la cama y quién el mueble, terminaron compartiendo el mismo espacio.

Eran dos jóvenes enamorados que llevaban mucho tiempo esperando, soñando y conteniendo sus emociones. Aquella noche la fuerza de su amor venció las promesas que alguna vez se habían hecho. Desde entonces comprendieron que su relación había entrado en una dimensión diferente y que el amor también implicaba asumir las consecuencias y responsabilidades de las decisiones tomadas.

No imaginaban todavía cuánto cambiaría pronto la vida de ambos.

Una noticia inesperada desde Jaén

Por aquellos días, Felipe, el hermano menor de Antonín, se encontraba trabajando en la provincia de Jaén.

De pronto ocurrió una desgracia. Felipe sufrió un accidente de tránsito.

Un familiar envió un telegrama comunicando a Antonín que su hermano necesitaba urgentemente a alguien que pudiera acompañarlo y cuidarlo durante su recuperación.

Antonín no dudó.

Solicitó vacaciones adelantadas en su trabajo y emprendió inmediatamente el viaje hacia Jaén.

La recuperación de Felipe demoró más de lo esperado.

Con el paso de los días, Antonín comenzó a preocuparse. Necesitaba regresar a Lima para reincorporarse a su trabajo, pero había otra razón que apretaba todavía más su corazón: extrañaba profundamente a Yully.

Por las dificultades de comunicación de aquellos años, ambos permanecieron varios días sin saber el uno del otro.

En Lima, Yully estaba cada vez más angustiada. Antonín había partido repentinamente y ella no tenía noticias de él. La preocupación terminó afectando la salud de Yully y su hermano tuvo que llevarla al hospital para que fuera examinada.

Después de llevarle a cabo algunos análisis, los médicos le comunicaron una noticia completamente inesperada:

Estaba embarazada. Yully iba a ser madre.

Por un momento, la noticia llenó su corazón de emoción. Dentro de ella comenzaba a crecer una nueva vida, fruto del amor que había nacido entre aquellos dos jóvenes provincianos que un día se conocieron en una sencilla fiesta de cumpleaños. Pero, inmediatamente, regresó la preocupación.

¿Dónde estaba Antonín?

¿Cómo comunicarle que iba a convertirse en padre?

Sin saber exactamente dónde encontrarlo, Yully buscó a las mismas paisanas y parientas que años atrás los habían presentado. Ellas le proporcionaron información sobre el lugar donde posiblemente se encontraba.

Aprovechando el viaje de un conocido, escribió una carta y se la envió. Era una carta destinada al hombre que amaba. Y también al padre de la criatura que llevaba en su vientre.

La carta que convirtió a Antonín en padre

Antonín recibió finalmente la carta. La abrió sin imaginar la noticia que contenía. Mientras avanzaba en la lectura, comprendió que su vida acababa de cambiar para siempre.

Yully estaba embarazada. Él sería padre. Durante algunos instantes sintió una mezcla difícil de explicar: alegría, preocupación, temor y esperanza. No se consideraba preparado. Todavía estaba estudiando, trabajando y luchando por construir una estabilidad, pero al mismo tiempo comenzó a imaginar algo que nunca antes había experimentado: tener a su primer hijo entre los brazos.

Antonín habló entonces con sus padres y les contó lo sucedido. Después de escuchar la situación, ellos le aconsejaron que, por el momento, él y Yully podrían establecerse en Chugur hasta organizar mejor sus vidas y posteriormente decidir qué hacer con sus trabajos.

Antonín resolvió regresar cuanto antes a Lima para buscar a su amada. Lo que no sabía era que Yully había tomado una decisión semejante. Impulsada por el amor y la incertidumbre, había salido en busca de Antonín. Con las indicaciones proporcionadas por sus amigas, emprendió viaje hacia el norte, rumbo a Chugur.

El destino quiso entonces jugar una de aquellas extrañas coincidencias que parecen escritas para una novela. Mientras Antonín viajaba hacia Lima buscando a Yully, Yully avanzaba hacia Chugur buscando a Antonín.

Se cruzaron en algún punto del camino entre Chiclayo y Chota sin siquiera saberlo. Dos personas enamoradas viajando en direcciones contrarias por una misma razón: encontrarse.

Yully emprende el viaje hacia la tierra de Antonín

Yully era una joven decidida. A pesar de su corta edad y del temor natural que podía producirle emprender sola un viaje tan largo hacia una tierra desconocida, el amor y la necesidad de encontrar a Antonín fueron más fuertes que cualquier incertidumbre.

Con las indicaciones que le habían proporcionado las parientas de Antonín en Lima, viajó durante casi tres días rumbo al norte del país. Después de muchas horas de camino, llegó finalmente a Tacabamba, un pequeño pueblo relativamente cercano a Chugur, la tierra natal de Antonín.

El sol comenzaba a esconderse detrás de las montañas cuando Yully descendió del vehículo. Había llegado tan lejos como podía hacerlo por carretera. De allí en adelante, la situación era completamente diferente. Para llegar hasta Chugur tendría que continuar por un camino de herradura, atravesando montañas y campiñas a pie o a lomo de acémila.

Aquello no la hizo retroceder. Había recorrido cientos de kilómetros buscando al hombre que amaba y no estaba dispuesta a detenerse cuando ya se encontraba tan cerca de su destino.

Siguiendo las instrucciones recibidas en Lima, buscó la casa de una persona conocida por la familia de Antonín. Allí podría pasar la noche mientras encontraba la manera de continuar el viaje al día siguiente.

Durante el trayecto desde Chiclayo hasta Tacabamba, Yully había conversado con un hombre mayor que también viajaba hacia aquella zona. Al llegar al pueblo, el hombre tomó sus pertenencias, encendió una linterna y se dispuso a continuar su camino. Estaba acostumbrado a recorrer de noche aquellos senderos entre montañas. Antes de que se alejara, Yully le preguntó

:

—Señor, ¿hasta dónde va usted?

—Voy a Chugur —respondió el hombre.

Aquella palabra hizo que el corazón de Yully se llenara de esperanza.

—¿A Chugur? —preguntó sorprendida—. Allí vive Antonín.

El hombre la miró con curiosidad.

—Yo también soy de Chugur.

Entonces Yully aprovechó aquella inesperada oportunidad.

—Por favor, si conoce a Antonín, ¿podría avisarle que he llegado a Tacabamba? Dígale que venga a recogerme mañana temprano.

El viajero sonrió.

—No te preocupes. Yo le avisaré para que vengan por ti. Y agregé algo que la tranquilizó todavía más:

—Antonín es pariente mío.

Yully sintió que, después de tantos kilómetros recorridos y de tantas dudas acumuladas durante el viaje, Dios había puesto en su camino a la persona indicada.

—Muchas gracias —respondió emocionada.

—No tienes nada que agradecer —contestó el buen hombre antes de despedirse.

Aquella noche, la señora que le había dado hospedaje la recibió con amabilidad. Le ofreció una cena caliente y preparó un lugar donde pudiera descansar.

Yully estaba agotada.

Sin embargo, antes de dormir, seguramente muchas preguntas pasaron por su mente.

¿Cómo reaccionaría Antonín cuando la viera?

¿Sabría ya que estaba allí?

¿Cómo sería su familia?

¿Cómo sería Chugur?

Y, sobre todo:

¿Cuánto faltaba para volver a verlo? Con aquellos pensamientos cerró finalmente los ojos.

Felipe va en busca de Yully

A la mañana siguiente, aproximadamente a las ocho, alguien llegó hasta la casa donde Yully se encontraba hospedada; era Felipe, el hermano de Antonín; había

Llegado desde Chugur llevando consigo una acémila para trasladarla durante el resto del camino.

Cuando Yully salió y lo vio, inmediatamente comprendió quién era. Antonín le había hablado muchas veces de su hermano; era con él con quien viajaron juntos a las Colpas cuando aún eran niños. Sin embargo, al no encontrar junto a él al hombre que tanto esperaba, una preocupación inmediata se reflejó en su rostro.

—¿Y Antonín? —preguntó—. ¿Por qué no vino? ¿Está enfermo?

Felipe trató de tranquilizarla.

—No, Antonín no está enfermo; lo que sucede es que hace cuatro días viajó nuevamente a Lima. Yully quedó sorprendida.

—¿A Lima?

—Sí. Seguramente fue a buscarte. Es posible que ustedes se hayan cruzado en algún punto del camino sin saberlo. Él debe estar muy preocupado porque cuando llegue no te encontrará. Entonces Yully comprendió la extraña coincidencia.

Mientras ella avanzaba hacia Chugur buscando a Antonín, él viajaba hacia Lima buscándola a ella.

Por algunos segundos permaneció pensativa. Luego reaccionó.

—Felipe, tenemos que avisarle que estoy bien. También mi hermano debe estar muy preocupado en Lima. ¿Podemos enviar un telegrama?

—Claro que sí —respondió Felipe—. Vamos a hacerlo antes de salir. Ambos se dirigieron entonces a la oficina del telegrafista. Y así, mediante unas pocas palabras enviadas a cientos de kilómetros de distancia, intentaron devolver algo de tranquilidad al corazón de Antonín.

Después fueron a uno de los pequeños restaurantes del pueblo para desayunar antes de iniciar el último tramo del viaje. Felipe era un hombre de pocas palabras. Terminada la comida, se levantó y dijo:

—Ahora sí, emprendamos el camino. Afírmate bien en la montura. Yo iré adelante guiando la acémila.

Yully observó al animal y después el camino que comenzaba a perderse entre las montañas.

Para una muchacha acostumbrada a desplazarse por las calles de Lima y viajar en microbús desde San Miguel hasta la avenida Abancay, aquella era una experiencia completamente diferente. Subió con cuidado. —Está bien, Felipe. Y muchas gracias por haber venido a recogerme. Antonín me ha hablado mucho de ti. Por eso, apenas te vi llegar, imaginé que eras su hermano. Felipe sonrió discretamente.

—Él también me ha hablado bastante de ti.

Y después agregó:

—Casi todos los días te recordaba. Se notaba que estaba muy enamorado. Últimamente también estaba preocupado porque no sabía nada de ti. Apenas me recuperé del accidente, decidió regresar a Lima para buscarte. Aquellas palabras emocionaron profundamente

a Yully. Ahora comprendía que, mientras ella sufría por no tener noticias de Antonín, él también había vivido la misma angustia.

Los dos habían estado buscándose.

Los dos habían recorrido largas distancias.

Y los dos se habían cruzado sin encontrarse.

El camino hacia Chugur

Comenzaron entonces el viaje. Felipe avanzaba delante de la acémila mientras Yully contemplaba un paisaje completamente diferente del que había conocido en Lima. El camino serpenteaba entre montañas. A un lado aparecían sembríos; al otro, quebradas y pequeñas casas dispersas entre la campiña. El aire era más limpio y fresco, y el silencio del campo solamente era interrumpido por el sonido de las pisadas del animal sobre el camino de herradura. Yully viajaba hacia un lugar que no conocía, acompañada por un hombre al que acababa de conocer personalmente y llevando en su vientre al hijo de Antonín. Sin embargo, ya no sentía el mismo temor de la noche anterior.

Cada paso de la acémila la acercaba al hogar donde había nacido y crecido el hombre que amaba. Quizá mientras avanzaba observaba aquellas montañas tratando de imaginar a Antonín cuando era niño. Por esos mismos caminos habría caminado alguna vez. En aquellos

campos habría trabajado. Entre aquellas montañas habían nacido muchos de sus sueños. Y ahora ella estaba entrando, literalmente, en la historia de su vida.

Después de aproximadamente dos horas de camino, comenzaron a distinguirse las primeras casas de la campiña chugurana. Habían llegado. La noticia de que Yully venía en camino se había extendido entre los familiares. Cuando Felipe y ella se aproximaron, la familia de Antonín ya los esperaba. Todos querían conocer a aquella joven de quien Antonín había hablado tantas veces. Para Yully debía ser un momento lleno de sentimientos encontrados.

Había llegado hasta la tierra de Antonín.

Había conocido a su familia.

Había completado un viaje que comenzó impulsado por la preocupación y por el amor. Solamente faltaba una persona. Antonín, pero justamente en aquellos mismos momentos, a cientos de kilómetros de distancia, Antonín recorría desesperadamente las calles de Lima tratando de encontrarla. Ninguno de los dos sabía todavía que aquel extraño cruce de caminos estaba a punto de terminar. Un telegrama se encargaría de unir nuevamente sus destinos.

¿Dónde está Yully?

Cuando Antonín llegó a Lima, fue inmediatamente a buscarla. Se dirigió a la casa del hermano de Yully. La respuesta que recibió lo estremeció:

—Hace tres días que salió y no sabemos dónde está.

Antonín sintió que el mundo se le venía encima. Corrió hacia el lugar donde ella trabajaba. Allí recibió prácticamente la misma respuesta.

Yully no había regresado desde hacía varios días. Además, le comentaron que antes de desaparecer la habían visto muy preocupada, casi no comía y tenía dificultades para dormir.

Antonín comenzó a desesperarse. Ahora no buscaba solamente a la mujer que amaba, buscaba también a la madre de su hijo. En medio de aquella angustia llegó inesperadamente un telegrama. Lo enviaba su hermano Felipe. Antonín lo abrió con las manos temblorosas. El mensaje era breve, como solían ser los telegramas de aquellos años:

«Yully llegó bien a casa. No preocuparse. Saludos. Felipe».

Antonín volvió a respirar. Después de varios días de incertidumbre, por fin sabía dónde estaba. Y estaba bien. Una enorme paz recorrió su corazón.

El comienzo de un hogar

Antonín solamente quería volver a verla. Ahora imaginaba que el vientre de Yully empezaba lentamente a anunciar la llegada de aquella criatura que los uniría para siempre. Después de informar en su trabajo sobre la situación y asumir el compromiso de retornar posteriormente, emprendió nuevamente el viaje hacia su tierra natal.

Cuando llegó a Chugur, encontró a Yully tratando de adaptarse a un mundo completamente diferente del que había conocido en Lima. Allí estaba ella; la muchacha crespita que había conocido años atrás en una fiesta de cumpleaños; la joven que tomaba un microbús desde San Miguel hasta la avenida Abancay, la amiga de los domingos. La muchacha con quien había caminado por las calles de Lima hablando de sueños. Ahora era la mujer que había atravesado cientos de kilómetros buscándolo. Y llevaba en su vientre a su primer hijo.

Antonín comprendió entonces que el amor verdadero no siempre llega cuando todo está preparado. A veces aparece en medio de las dificultades, cuando todavía se está construyendo el futuro, y obliga a las personas a crecer más rápido de lo que habían imaginado. Poco tiempo después llegó el día esperado. Yully dio a luz a una hermosa niña.

Cuando Antonín pudo contemplarla, sintió que algo había cambiado profundamente dentro de él. Ya no era solamente aquel muchacho que había salido de la chacra con grandes sueños. Ya no era únicamente el trabajador de una zapatería ni el estudiante que asistía cansado a sus clases nocturnas. Ahora era padre; la llegada de aquella pequeña llenó de alegría a toda la familia. Todos querían conocerla, cargarla y contemplarla. Era la nueva integrante de la familia; para Antonín significaba algo todavía mayor: el nacimiento de una nueva etapa de su vida. Aquel encuentro aparentemente casual organizado por dos paisanas había terminado convirtiéndose en una historia de amor, viajes, cartas, telegramas, incertidumbres y esperanza.

Así comenzó a construirse el hogar de Antonín y Yully; no nació rodeado de comodidades; nació entre sacrificios. No comenzó cuando todas las condiciones eran perfectas; comenzó mientras ambos todavía luchaban por salir adelante, pero nació del amor de dos jóvenes que, lejos de su tierra, se encontraron en una inmensa ciudad y decidieron aprender a caminar juntos. Muchos años después, Antonín comprendería que algunos de los sueños más importantes de su vida no habían empezado en un aula ni estaban escritos en ningún cuaderno. Algunos habían comenzado un domingo cualquiera, cuando una joven de cabello ensortijado sonrió frente a él y le dijo:

—Me llamo Yully y soy de Cajamarca.

Matrimonio de Antonín con Yully

Una vez establecidos Antonín y su amada Yully en Chugur, la familia comenzó a mirar con esperanza el nuevo rumbo que tomaba la vida de ambos. Los padres de Antonín, profundamente creyentes y formados en la fe evangélica, consideraban que aquella joven pareja debía dar un paso importante: formalizar su unión delante de las autoridades y, sobre todo, poner su hogar bajo la bendición de Dios.

Una madrugada, cuando la casa todavía estaba envuelta en el silencio y apenas comenzaban a escucharse los primeros sonidos del campo, los padres de Antonín se acercaron a la habitación donde descansaba la joven pareja. El padre de Antonín era un hombre serio, de pocas palabras, pero profundamente convencido de sus principios. Después de saludarlos, habló con firmeza:

—Un matrimonio, para que sea bendecido por Dios, debe hacerse conforme a lo que Él ordena —luego dirigió la mirada hacia su hijo.

—Antonín, mañana mismo irás a la Municipalidad Distrital para averiguar y organizar todo lo necesario para el matrimonio.

Antonín comprendió inmediatamente la seriedad de aquellas palabras.

—Está bien, papá —respondió con respeto.

No hubo largas discusiones; tampoco fueron necesarias. Antonín sabía que aquel consejo nacía del amor de sus padres y del deseo de que el hogar que estaba comenzando con Yully tuviera bases firmes. Así comenzaron los preparativos.

No se trataba de una boda rodeada de lujos ni de grandes celebraciones. Eran tiempos difíciles y la joven pareja apenas comenzaba a construir su futuro. Sin embargo, aquello no disminuía la importancia del momento.

Llegado el día señalado, Antonín y Yully acudieron a la Municipalidad del distrito. Allí, ante las autoridades civiles, formalizaron legalmente su unión. Aquel acto sencillo representaba mucho más que una firma en un documento. Era la decisión de comenzar oficialmente una vida juntos.

Horas después, cuando cayó la noche, se produjo un momento todavía más significativo para la familia. El pastor de la Iglesia del Nazareno celebró la ceremonia religiosa y consagró el matrimonio de Antonín y Yully, delante de Dios. De aquella manera, su unión quedó afirmada tanto ante las leyes de los hombres como ante los principios de la fe que habían acompañado a la familia de Antonín durante toda su vida. Para ambos comenzaba una nueva etapa.

Ya no eran solamente los jóvenes enamorados que caminaban por las calles de Lima imaginando el futuro; ahora eran esposo y esposa. Habían comenzado a construir un hogar. Y aquel hogar pronto recibiría su primer gran regalo.

El nacimiento de la primogénita de Antonín

Los días fueron pasando y el vientre de Yully anunciaba cada vez con mayor claridad que la llegada de la criatura estaba cerca.

La familia esperaba con ilusión; finalmente se cumplió el tiempo. Yully dio a luz a una hermosa niña.

La pequeña escogió, sin saberlo, una fecha muy especial para llegar al mundo: nació precisamente el día del cumpleaños de su abuelo. Aquella coincidencia hizo que la alegría fuera todavía mayor.

Mientras el abuelo celebraba un año más de vida, recibía al mismo tiempo uno de los regalos más hermosos que podía imaginar: el nacimiento de su nieta.

La casa se llenó de emoción; abuelos, tíos y familiares querían acercarse para contemplar a aquella pequeña

criatura que acababa de incorporarse a la familia. La niña no había nacido en un hogar rodeado de comodidades materiales, pero había llegado a algo quizá mucho más valioso: un hogar rebosante de amor.

Tenía el cariño de sus padres, de sus abuelos y de sus tíos. Había brazos dispuestos a cargarla, manos dispuestas a protegerla y corazones que ya la amaban antes incluso de poder escuchar su primera palabra.

Antonín estaba profundamente emocionado. La contemplaba una y otra vez como si quisiera memorizar cada detalle de su pequeño rostro.

—Es igualita a su madre —decía orgulloso—. Aunque también se parece a la abuela. Después volvía a observarla detenidamente y, con una sonrisa, agregaba: —De mí creo que solamente ha sacado la nariz. Aquellas palabras provocaban sonrisas entre los familiares; pero detrás de las bromas había algo mucho más profundo.

Antonín comenzaba a descubrir un sentimiento nuevo; por primera vez tenía entre sus brazos a una persona que dependía completamente de él. Aquella pequeña niña había cambiado su manera de mirar la vida. Hasta entonces había luchado principalmente por sus propios sueños: estudiar, trabajar, progresar y algún día convertirse en un profesional. Ahora tenía una razón todavía mayor para seguir adelante.

Era padre. Y esa palabra traía consigo alegría, pero también responsabilidad por el momento; sus planes habían cambiado considerablemente.

El viaje de emergencia, el embarazo de Yully, el matrimonio y ahora el nacimiento de su hija habían alterado el proyecto que Antonín había imaginado para aquellos años. No podía regresar inmediatamente a Lima. Tenía que continuar trabajando en la chacra y ayudar a sostener a su joven familia mientras organizaba nuevamente su futuro.

Sin embargo, aquel cambio de planes no significaba que sus sueños hubieran desaparecido. Solamente habían quedado en espera. En el corazón de Antonín continuaba viva la esperanza de regresar algún día a la capital, continuar sus estudios y retomar aquel proyecto de vida que había comenzado con tanto sacrificio. Ahora, sin embargo, ya no soñaba solamente por él, soñaba por Yully; soñaba por su hija; soñaba por el hogar que acababa de formar.

Yully, por su parte, estaba feliz; había pasado de ser aquella muchacha que un día tomó un microbús para encontrarse con Antonín en Lima, a convertirse en su esposa y en la madre de su primera hija. Había recorrido caminos inesperados, atravesado preocupaciones y emprendidos viajes que jamás había imaginado realizar, pero allí estaba, junto al hombre que amaba, con su pequeña hija entre los brazos. Y aunque el futuro todavía

estaba lleno de incertidumbres, por primera vez ambos podían mirar hacia delante sabiendo que ya no caminarían solos. Ahora eran una familia.



CAPÍTULO VI

UNA VISITA CON BENDICIÓN: EL NACIMIENTO DEL MAESTRO

Un domingo, cuando las brisas de Chugur parecían destinadas únicamente a prolongar el descanso de Antonín, ocurrió un hecho fortuito que cambiaría el rumbo de su existencia para siempre. Tras culminar sus estudios secundarios en la convulsionada capital, el muchacho se encontraba disfrutando del sosiego de su tierra natal. Fue en esa circunstancia que arribó al pueblo un viejo amigo de la familia, Manuel Eleuterio Rojas Tantaleán, un hombre servicial y sumamente cumplido en sus deberes eclesiásticos, quien ejercía como pastor de la Iglesia Evangélica del Nazareno en la lejana provincia fronteriza de San Ignacio.

El pastor Manuel era un sembrador de obras: había fundado varias congregaciones en aquella indómita geografía, incluyendo una en el indómito caserío El Milagro, perteneciente al distrito de San José de Lourdes. Los pobladores de aquella comunidad, urgidos por educar a sus hijos, le habían encomendado una misión crucial: hallar un profesor de fe evangélica para la escuela de gestión comunal (CEGECOM) que ellos mismos sostenían con el sudor de sus frentes.

Al llegar a Chugur para visitar a sus padres, quienes eran vecinos colindantes de la familia de Antonín, el pastor Manuel se puso en contacto con Segundo Paredes Díaz, un amigo común. Con voz franca, le consultó si conocía a algún joven de la zona que comulgara con la fe evangélica y que hubiese concluido satisfactoriamente la educación secundaria, para proponerle asumir la conducción de la escuela comunal en los confines de San José de Lourdes. Al escuchar los requisitos, Segundo Paredes no lo dudó un segundo; el nombre de Antonín acudió de inmediato a su memoria como la pieza perfecta para aquel engranaje. Sin perder tiempo, Segundo buscó al muchacho y sostuvieron una larga e iluminadora conversación en el domicilio de este.

Poco después, el propio pastor Manuel Rojas visitó a Antonín para plantearle formalmente la propuesta.

—Hermano, ¿estaría dispuesto a asumir la escuela en el caserío El Milagro? —le consultó con mirada expectante.

La primera reacción del joven, marcada por la honestidad, fue un gesto de timidez:

—Pastor, yo no he estudiado para ser profesor, carezco de esa preparación —argumentó Antonín.

Sin embargo, el líder religioso, con una sonrisa sabia, le aclaró un panorama que el muchacho desconocía por completo: en aquellos años, el Estado y las comunidades

abrían las puertas del magisterio a los jóvenes egresados de secundaria, debido a que los docentes con título pedagógico no daban abasto para cubrir las plazas de las zonas más alejadas del país. Además, le explicó que existían programas oficiales de profesionalización docente que le permitirían estudiar la carrera universitaria durante las vacaciones, mientras ejercía el cargo. Sorprendido ante aquella ventana que se abría en el muro de sus dudas, Antonín pidió un plazo de dos días para meditar su respuesta.

Cumplido el término, el pastor Manuel Rojas se presentó puntualmente con el semblante iluminado. Antonín, con una emoción contenida que le encendía la mirada, estiró la mano y aceptó el desafío: comprendió con precoz madurez que las oportunidades divinas no se rechazan y que un hombre emprendedor debe medir sus fuerzas ante los grandes retos. Regocijado por la noticia, el pastor le indicó que partiría de inmediato hacia San Ignacio y que lo esperaría el lunes siguiente en dicha provincia para enrumbar juntos hacia el misterioso caserío.

El esperado lunes se cumplió con precisión cronométrica. Antonín arribó a San Ignacio y, junto al pastor, inició el viaje hacia el distrito de San José de Lourdes. El trayecto exigió templanza: debieron cruzar las aguas caudalosas del río Chinchipe a bordo de un guaro —una precaria embarcación que pendía de cables—, al otro lado del cual una comisión comunal los aguardaba con acémilas. Montaron a caballo y avanzaron a paso veloz durante dos

extenuantes horas, hundiéndose en caminos vecinales devorados por el fango, sorteando quebradas de aguas bravas y cruzando extensas parcelas cubiertas de cafetales y cultivos andinos, hasta divisar finalmente las rústicas viviendas del caserío El Milagro.

Allí, bajo el techo de la junta directiva de la institución, se procedió a la presentación formal. Tras evaluar las credenciales del joven, los dirigentes redactaron el contrato de trabajo que marcaría el inicio de sus labores en marzo de 1980, asignándole un modesto salario de dieciocho soles mensuales. Antes de despedirse para retornar a su templo, el pastor Manuel Rojas tomó aparte al nuevo maestro y le entregó un consejo que quedaría esculpido en su memoria de por vida:

—Mire, hermano Antonín, lo primero que debe hacer es ganarse el respeto y la confianza de los padres de familia. Aquí toda la comunidad y sus autoridades confíen la fe evangélica. Su deber es apoyarlos también en la iglesia. Todo en esta vida se aprende poniendo interés y empeño —sentenció el pastor, antes de lanzar una metáfora inolvidable—. Recuerde esto: a nadar se aprende entrando al agua. Si se queda afuera, por más que patalee en la orilla, jamás aprenderá. Pero si se sumerge en lo más profundo de la laguna, aunque a veces parezca que se está ahogando, el instinto y la necesidad lo enseñarán a flotar. Así es este bendito trabajo: para aprender, tiene que involucrarse por completo. Cometerá errores, por supuesto, y enfrentará mil dificultades, pero sabrá

superarlas y seguir adelante. Yo vendré a visitarlo, no se preocupe. Que Dios lo bendiga.

Con aquellas palabras de fuego grabadas en el pecho, Antonín asumió su nuevo destino. Se integró a una comunidad conformada mayoritariamente por migrantes procedentes de la sierra de Piura —de distritos como Frías, Pacaipampa y Matalacas—, hombres y mujeres de costumbres recias y una laboriosidad inquebrantable. Aquellos colonos ayabaquinos desafiaban las lluvias torrenciales desde la madrugada hasta el anochecer, dedicados en cuerpo y alma al cultivo del café. Eran seres amables, sumamente respetuosos, honrados a carta cabal y temerosos de Dios, congregados casi en su totalidad bajo el amparo de la Iglesia del Nazareno.

Una vez firmado el documento, Antonín emprendió un veloz viaje de retorno a Chugur con el propósito de recoger a sus mayores tesoros: su amada esposa y su pequeña hija, quien apenas contaba con dos tiernos meses de nacida.

—He firmado el contrato para trabajar como profesor —les anunció desbordando entusiasmo al cruzar el umbral familiar—. Tenemos que armar los equipajes y viajar lo antes posible.

La madre de Antonín, al escuchar la audaz determinación de su hijo, no pudo ocultar el peso de la angustia materna y expresó su profunda preocupación:

—No está bien que te lleves a mi nieta tan pequeñita a tierras tan extrañas y lejanas —advirtió la anciana con los ojos nublados—. El viaje es duro; es posible que enferme o que la muerte la sorprenda en el camino. Ve tú solo primero, hijo, y cuando la criatura tenga al menos medio año de vida, regresas por ellas.

Aunque Antonín agradeció infinitamente el desvelo y la ternura de su madre, intervino con una firmeza inquebrantable, definiendo la postura de la joven dinastía:

—En mi opinión, los tres, como la familia que somos, debemos marchar juntos. Yo mismo cuidaré de nuestra hija y lo llevaré protegido en mis brazos durante cada tramo del camino hasta el lugar de mi trabajo —sentenció con absoluto aplomo.

La partida se programó para una semana después. El día del adiós en la casa paterna estuvo teñido de una melancolía desgarradora; la madre de Antonín rompía en un llanto herido y copioso, como si estuviera despidiendo a un ser querido rumbo al descanso definitivo en el camposanto. Jamás el muchacho la había visto sumirse en semejante desconsuelo, con un rostro que era el vivo retrato del dolor puro. Aquella despedida marcaría una distancia histórica: desde ese instante, Antonín solo volvería a Chugur en visitas esporádicas, hasta que sus padres, ya ancianos, se trasladaron a residir definitivamente en la región de Amazonas.

El viaje inicial fue una prueba de resistencia. En Tacabamba, debieron abordar un camión de carga pesada, puesto que en aquella época las carreteras del norte no conocían de ómnibus modernos, combis ni automóviles particulares. Tras una jornada entera de traqueteo infernal que unió el día con la noche, arribaron a la ciudad de Chiclayo. Allí, el peligro acechó: la pequeña bebé comenzó a sufrir de severos cólicos y su llanto incesante encendió las alarmas de los jóvenes padres. Por fortuna, la infraestructura urbana les permitió hallar rápidamente un consultorio médico particular, donde el doctor logró estabilizar la salud de la lactante.

Con el alma más tranquila, continuaron el trayecto hacia Jaén a bordo de unidades más cómodas, y desde allí enfilaron hacia San José de Lourdes, tomando la ruta que conducía a San Ignacio. Al llegar al puerto Huaquillo, descendieron y cruzaron nuevamente el imponente río Chinchipe, donde la comisión de El Milagro los aguardaba fielmente con las acémilas listas para la cuesta final.

Fueron dos horas extenuantes de cabalgata bajo condiciones climáticas implacables. Las lluvias torrenciales habían convertido el sendero en un lodazal intransitable y la tempestad los empapó por completo a mitad del camino. Cerca de las seis de la tarde, tiritando de frío y cubiertos de fango, la pequeña familia hizo su ingreso al caserío. No hubo comitiva de recepción ni alimentos calientes aguardándolos en la penumbra de la cabaña asignada. Con el temple que define a los pioneros,

Antonín encendió de inmediato la pequeña cocina de kerosene que traían consigo entre los bártulos; sin embargo, el gélido ambiente de la selva alta impedía que la llama cobrara la fuerza necesaria para calentar el agua.

Viendo el cansancio en el rostro de su esposo, Yully, con esa sabiduría práctica de las mujeres de la sierra, le sugirió buscar astillas y encender un fogón tradicional con leña. Así lo hicieron en medio de la oscuridad húmeda. Al calor de las maderas crepitantes, mientras el humo ahuyentaba el frío de la noche, el nuevo maestro y su esposa prepararon los primeros alimentos en su nuevo hogar, contemplando a su hija dormida y sabiendo que, contra viento y marea, la gran aventura de sus vidas acababa de comenzar.

Venciendo al mal tiempo: El bautizo de fuego en la selva alta

Establecerse formalmente en el caserío El Milagro supuso un desafío colosal para la joven familia de Antonín. El escenario que los recibió en aquel marzo de 1980 parecía extraído de una geografía mítica y hostil, gobernada por condiciones climáticas implacables. Las lluvias caían en hilos densos y continuos, mientras una neblina perenne y fantasmal trepaba por las laderas, devorándolo todo a su

paso. Para Antonín y su esposa, aquello significaba adentrarse en un universo completamente distinto al de los valles andinos o el asfalto capitalino; un territorio donde la luz del sol era un milagro esquivo y donde una humedad gélida se filtraba entre los tablones de la vivienda, calando los huesos a cada instante.

Sin embargo, los rigores de la naturaleza fueron solo el preludio de pruebas humanas más agudas. La esposa de Antonín, quien siempre había sido el pilar de fortaleza y el soporte anímico del hogar, comenzó a manifestar un cuadro alarmante de fiebres altas y dolores de cabeza punzantes que minaron sus energías. La enfermedad persistió con terquedad durante varios meses, obligando a Antonín a emprender constantes y fatigosos trayectos a caballo hacia el puerto Huaquillo para luego tomar las camionetas que lo conducían a Jaén o San Ignacio, en busca de atención médica y medicamentos que aliviaran a su compañera.

Lejos de amilanarse ante el infortunio, el joven maestro multiplicó sus fuerzas y asumió el control absoluto de la situación. Mientras el viento húmedo golpeaba las paredes, él se encargaba de avivar el fogón, preparar los alimentos y velar con infinita ternura por el sueño de su pequeña hija lactante. Simultáneamente, su deber con la comunidad no admitía treguas: atendía las aulas escolares en extenuantes turnos de mañana y tarde. Como si la jornada no fuera ya una carga sobrehumana, al caer la densa penumbra de las noches, Antonín debía

abrir nuevamente el recinto escolar para dirigir el Programa Nacional de Alfabetización, una labor que en aquella época el Estado dictaba con carácter de desarrollo obligatorio. El volumen de trabajo se tornó descomunal, pero en el pecho de la pareja latía la determinación inquebrantable de no dejarse vencer por ningún obstáculo que el destino interpusiera en su camino.

A medida que las semanas deshojaban el calendario, la capacidad de adaptación comenzó a florecer en medio del lodo y el frío. Aunque el clima y las privaciones ponían a prueba sus límites diariamente, el amor profundo por los suyos actuó como un motor incombustible. Poco a poco, la familia fue descifrando los códigos de la vida rural y remota, asimilando las costumbres de los colonos cafetaleros con un respeto mutuo que sanaba las distancias.

Aquellas vivencias iniciales calaron hondo en el carácter del maestro, dejando una impronta imborrable que marcaría el resto de su trayectoria. El Milagro les enseñó el verdadero significado de la resiliencia, el valor de la solidaridad comunitaria y la flexibilidad para doblarse ante la tormenta sin llegar a quebrarse, esto gracias a su fe inquebrantable en su Salvador Jesucristo. Un testimonio gráfico e imperecedero de aquel heroísmo cotidiano quedaría registrado para la posteridad en una célebre fotografía fija de la época: la imagen del joven director, Antonín, de pie, firme y con los brazos en forma de jarras en medio de su primera promoción de alumnos milagrinós.

Aquel trozo de papel fotográfico, rotulado con orgullo en el año 1980, resumía una verdad que el tiempo se encargaría de confirmar: a pesar de los contratiempos y la soledad del puesto fronterizo, el maestro había encontrado las fuerzas para sobreponerse, fundar una nueva vida y demostrar que el acero de su espíritu era capaz de resistir y vencer cualquier adversidad.



Estudiantes del caserío El Milagro, San José de Lourdes con su profesor Antonín Año 1980 (Foto Antonio Jiménez).

El caserío El Milagro y sus pobladores: La fuerza de la comunidad

Las familias del caserío El Milagro, a quienes Antonín evocaría con entrañable afecto y gratitud perpetua a lo largo de su vida, conformaban un tejido humano de una sola pieza. Apellidos como Velásquez Peña, Hernández Córdova, Velásquez García, Román Quispe, Velásquez Hernández y García Quispe, entre otros, eran sinónimo de laboriosidad y decencia en aquella frontera cafetalera. Entre la juventud de aquel entonces, descollaba la figura notable de Diomedes Hernández Córdova; a pesar de sus cortos años y de no contar aún con hijos propios, Diomedes brindaba un respaldo invaluable al sector educativo, involucrándose en los quehaceres escolares con el mismo fervor que si fuera un miembro veterano de la Asociación de Padres de Familia (APAFA). Junto a él, una pléyade de jóvenes ejemplares como Fermín Román Quispe, Cecilio Román Quispe, Martín Román, Alipio Calle y Tomás Velásquez, José Hernández, Alex Velásquez, Natividad Ruiz, Isaac García, Víctor García, Mariano Peña, Félix Velásquez, entre otros personajes, arrimaban el hombro de manera constante, inyectando vitalidad tanto al desarrollo de la escuela como a las actividades de la comunidad eclesiástica nazarena. Todos los padres de familia, sin excepción, asumían su rol con una altísima cuota de responsabilidad, demostrando un desvelo admirable por el porvenir educativo de sus vástagos.

En aquella humilde escuelita, la determinación y la unidad vecinal obraban milagros cotidianos. Inicialmente, los comuneros habían levantado un local rústico que pronto resultó insuficiente ante la creciente oleada de estudiantes. Lejos de cruzarse de brazos a esperar el auxilio estatal, la vecindad emprendió con entusiasmo la edificación de una infraestructura completamente nueva, la cual incluía un espacio digno acondicionado como vivienda para el maestro. Aquellas paredes se erigieron a puro pulso, financiadas y construidas por el propio esfuerzo de la comunidad. La recompensa a tanta constancia llegó en marzo de 1981, cuando la institución educativa de gestión comunal fue oficialmente estatalizada por el Ministerio de Educación. Poco después, el 4 de abril de ese mismo año, Antonín recibió el nombramiento formal como director interino de la escuela. A partir de ese hito, los padres de familia descansaron en la seguridad de no tener que contratar ni financiar a docentes externos, pues contaban con un joven maestro plenamente entregado a las aulas en su doble condición de director y docente unitario, albergando bajo su tutela a treinta y siete entusiastas estudiantes de todos los grados de primaria.

Para refinar el talento innato de Antonín en la gestión de este nuevo escenario, el Núcleo Educativo Comunal N.º 22 del distrito de San José de Lourdes le proveyó una capacitación providencial y oportuna. Bajo la diestra conducción del profesor Juan Olivera Hospinal y un selecto cuerpo de especialistas de la época, se desarrolló

un riguroso taller intensivo de dos semanas enfocado en los aspectos pedagógicos, administrativos y de gestión institucional. Aquellas jornadas resultaron un faro de luz invaluable para quienes, como Antonín, daban sus primeros pasos en los senderos del magisterio. Durante las sesiones, se abordaron con hondura las teorías y enfoques de la denominada Tecnología Educativa; significó, a la postre, el último año en que el magisterio nacional trabajó con los programas curriculares de la histórica Reforma Educativa dictada por la Ley de Educación N.º 19326, puesto que, con la restauración democrática bajo el gobierno del arquitecto Fernando Belaúnde Terry, las prácticas pedagógicas estatales retornaron a los moldes y estructuras tradicionales anteriores.

La permanencia de Antonín en aquel bendito rincón de la selva alta se prolongó fecundamente hasta el año 1986, un quinquenio dorado donde florecieron acontecimientos dignos de quedar cincelados en letras de molde. Durante ese periodo, los habitantes de El Milagro no solo culminaron con éxito la construcción de dos modernos locales para la institución, sino que también llevaron a cabo una hazaña de ingeniería comunal sin precedentes: la edificación del primer canal de agua del caserío, conectando las tuberías directamente desde las alturas de la cordillera del páramo, a lo largo de cinco exigentes kilómetros de geografía accidentada.

A la par que el agua pura llegaba al pueblo, la población escolar experimentaba un incremento notable y el nivel académico de la escuelita comenzó a cosechar laureles. Los estudiantes de Antonín empezaron a competir con planteles de mayor trayectoria en rigurosos concursos de matemáticas y ortografía, obteniendo triunfos resonantes que asombraron a la región.

Tras coronarse invictos a nivel distrital y provincial, los alumnos del caserío lograron una histórica clasificación hacia la etapa final de la fase zonal. Los pequeños héroes que llevaron el nombre de El Milagro hasta la cúspide académica fueron los niños: Julianito y Mardín. El tiempo, juez supremo de la educación, terminaría por ratificar la calidad de las semillas sembradas por Antonín: décadas más tarde, el primero se convertiría en un próspero comerciante y respetado pastor evangélico radicado en las tierras de Lambayeque, mientras que el segundo consolidaría su vida como un próspero y exitoso caficultor en las mismas parcelas que lo vieron crecer en el entrañable caserío El Milagro.

Antonín recibe la grata visita de su hermano Menor

Un día, mientras Antonín se encontraba desarrollando las clases con sus niños y niñas, de repente observó a través de la ventana que alguien desconocido con mochila al

hombre apareció por el campo deportivo. Antonín salió a ver desde la puerta del salón quién era el desconocido, vio que se dirigía con dirección a la escuela y, cuando se acercó más, Antonín lo reconoció y casi se queda paralizado al ver después de un buen tiempo a su hermano, con quien habían pasado los años de su niñez y parte de adolescencia en su tierra natal, trabajando a veces también jugando en el campo. Con él fueron a las Colpas a recoger choclos y otras verduras y les sucedió el susto de su vida en el lugar del Carrizo.

Antonín corrió a su encuentro y, cuando llegó a su lado, abrazándolo duro, le dijo: —¡Qué sorpresa me has dado, hermano! ¿Cómo es que llegaste sin que nadie te guíe? —A lo que el hermano respondió muy emocionado—: El amor de hermano fue el que me acompañó y me hizo llegar hasta aquí. Tenía muchas ganas de verte a ti, a mi cuñada y a mi sobrinita.

Concluido el almuerzo, conversaron y recordaron las hazañas que habían pasado juntos en su niñez y parte de su adolescencia. Por su parte, el visitante se había establecido en la ciudad capital de la provincia de Utcubamba junto a los demás; sus hermanos y todos se dedicaban al comercio. Luego de tres días de visita, regresó para continuar con sus actividades comerciales, mientras que Antonín quedó muy satisfecho por haber tenido tan grata visita.

Escolar recibe revelación: El misterio en la vivienda del maestro

Durante aquel fructífero septenio en el caserío El Milagro, Antonín fue testigo de un acontecimiento extraordinario que desafió las explicaciones lógicas y dejó una huella profunda en la memoria colectiva de la comunidad. Sucedió una mañana andina, mientras las labores escolares se iniciaban bajo el ritmo habitual de las lecturas y el crepitar de la llovizna exterior. Entre el alumnado se encontraba la niña Marilinda, una escolar menuda que, promediando las primeras horas de clase, se acercó al escritorio del maestro manifestando un repentino malestar físico. Debido a la considerable distancia que separaba la escuela del hogar de la menor, Antonín, con criterio protector, le sugeriría que se trasladara a descansar a la vivienda contigua, dispuesta para el magisterio, donde en ese momento se encontraba su esposa, doña Yully. La pequeña aceptó la propuesta y cruzó el umbral buscando reposo. Lo que sobrevino en las horas posteriores, sin embargo, alteró por completo la quietud de aquella jornada.

Al poco tiempo, el reposo de la niña se transformó en un estado ajeno al letargo común. Marilinda comenzó a articular palabras pausadas y claras, entablando un diálogo fluido con una presencia invisible a los ojos humanos, pero cuya cercanía resultaba categórica para ella. Las primeras frases que brotaron de sus labios,

audibles en la habitación, quedaron grabadas con precisión en el recuerdo del docente:

—Profesor, ¿por qué han quitado las calaminas del techo de la casa? —interrogó la pequeña con extrañeza.

A partir de ese instante, la atención de la niña se concentró en una figura a la que llamaba constantemente «Maestro». Sus gestos corporales, la fijeza de su mirada hacia el vacío y las expresiones de asombro de su rostro denotaban una interacción continua y profunda. El intercambio proseguía ante la mirada atónita de quienes empezaban a congregarse en el recinto.

—Veo unas pampas blancas... ¿A dónde me llevas, Maestro? —preguntaba Marilinda, para luego añadir con cautela—: Hay alguien que me llama para ir con él... Es aquel que engaña a las almas, ¿verdad, Maestro?

Las pausas en el habla de la niña sugerían que escuchaba réplicas precisas del interlocutor invisible. Conforme avanzaba el tiempo, la experiencia parecía conducirla hacia parajes de una belleza singular, descritos por ella misma con frases cargadas de admiración:

—¡Qué hermoso huerto! Y ese río es simplemente maravilloso... ¿Me enseñarás canciones, maestro, con toda su música? Aunque soy torpe para aprender, ¿las repetirás hasta que las aprenda?

Durante casi tres horas, la pequeña permaneció en ese estado de abstracción, tarareando y ensayando melodías desconocidas para los presentes, repitiendo versos enteros hasta asimilar la letra y la cadencia musical. Hacia el final de aquella experiencia mística, las palabras de Marilinda adquirieron un tono de ruego:

—Maestro, no quiero regresar. Permíteme quedarme en tu jardín y ayudarte a regar las flores. Es maravilloso estar aquí... ¿Debo transmitir todas estas recomendaciones a los hermanos? Está bien, Maestro. Diré todo lo que me has dicho que les diga... Dijiste que llegaría en diez minutos, ¿verdad, Maestro?

Al escuchar la precisión del tiempo límite, las personas reunidas en la habitación —entre las que se encontraban el encargado de la obra eclesialística evangélica local, familiares de la niña, algunas madres de familia del caserío y el propio Antonín— consultaron sus relojes. Exactamente al cumplirse los diez minutos cronometrados, Marilinda abrió los ojos, parpadeó con pesadez ante la luz de la estancia y exclamó con evidente agotamiento físico:

—¡Ah! ¡Qué cansada estoy! He caminado demasiado y me duelen las piernas.

Tras recibir un vaso de agua para mitigar la fatiga, la escolar relató a los presentes lo experimentado desde su perspectiva: explicó que, tras la oración matutina en el

aula, sintió que alguien la invitaba a apartarse. Al obtener el permiso de su profesor experimentó la sensación de que su ser se elevaba, permitiéndole observar desde lo alto su propio cuerpo tendido en el lecho con el atuendo escolar cotidiano, mientras se percibía a sí misma vestida con ropajes blancos e impecables atravesando el techado. Describió pampas de una blancura inmaculada, senderos refulgentes y un huerto de aromas intensos y flores de matices inéditos a la orilla de un río.

Asimismo, detalló haber recibido instrucciones específicas sobre la organización de la iglesia y encargos para las autoridades del templo, los cuales debía exponer públicamente durante la escuela dominical. Las tres canciones aprendidas en el trance fueron posteriormente entonadas junto a su hermana en la congregación, quedando registradas como un testimonio perdurable de aquella mañana.

La menor procedía de un hogar de arraigada fe cristiana dentro de la Iglesia Evangélica del Nazareno en El Milagro, sostenido por un matrimonio respetado en el caserío por su vida comunitaria y la crianza pacífica de sus hijos.

Años más tarde, ya convertida en madre de familia, Marilinda continuó compartiendo vivencias ligadas a su espiritualidad. Entre ellas, Antonín recordaría el relato de un ayuno de tres días que la joven realizó en el campo junto a su hermana mayor con el propósito de hallar alivio

para una persistente afección dermatológica que aquejaba las extremidades de esta última.

Según el testimonio de las hermanas, durante la última jornada de oración entre la vegetación, percibieron un intenso calor que asemejaba el fuego entre las hojas, acompañado por una voz clara que guio sus pasos e indicó recolectar hojas de un arbusto específico para frotar sus piernas, tras lo cual las lesiones desaparecieron por completo.

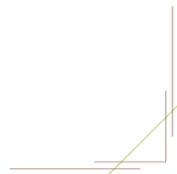
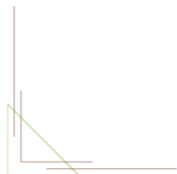
Para los pobladores de El Milagro y aquellos habituados a la fe, estos episodios se integraron a la historia del caserío como manifestaciones reales de lo sagrado en medio de la vida rural.

El paso de las décadas terminaría por transformar radicalmente la fisonomía de aquel entrañable rincón fronterizo. Una emblemática fotografía fija de la época, registrada bajo el código `image_a06823.jpg`, inmortalizó para siempre la estampa de la escuelita original: una rústica edificación de adobes y calaminas donde la comunidad se congregaba con orgullo patrio alrededor de una asta de bandera artesanal.

Aquella humilde trinchera del saber, que Antonín lideró con paciencia y devoción evangélica, se convirtió en el cimiento de un milagro aún mayor.

Con el correr de los años, aquel rústico local dio paso a una moderna infraestructura educativa que en la actualidad atiende con orgullo los tres niveles de la instrucción nacional: Inicial, Primaria y Secundaria.

Las aulas de barro desaparecieron, pero el espíritu indomable de sus fundadores y la visión del joven maestro quedaron esculpidos de forma perpetua en las bases de un complejo escolar que sigue iluminando el porvenir de la selva alta.



Reconozco la ejemplar trayectoria del maestro José Antonio Medina Díaz, gran colega y amigo, cuya sólida formación académica, liderazgo pedagógico y vocación de servicio han dejado una huella trascendente en la educación peruana. Su valioso desempeño como funcionario en la UGEL Utcubamba y el MINEDU, junto con su labor como escritor, locutor, pastor y formador de generaciones de docentes, reflejan un compromiso íntegro con el desarrollo humano, la excelencia educativa y el fortalecimiento del sistema educativo nacional. Su legado constituye una inspiración para la comunidad educativa y para el país.

Lima, 27 de julio de 2026



The image shows an official stamp and a handwritten signature. The stamp is circular with a central emblem and the word "DIRECCIÓN" below it. To the right of the stamp is a handwritten signature in dark ink. Below the signature, the text "Mg. Germán Ramírez Díaz" and "DIRECTOR IE N° 8162" is printed.



CAPÍTULO VII

EL LLAMADO DE LAS AULAS: EL PROGRAMA DE PROFESIONALIZACIÓN DOCENTE

En el mes de diciembre de 1983, mientras el año escolar llegaba a su fin entre las neblinas de El Milagro, una vibrante noticia surcó las ondas sonoras de una conocida emisora radial de la ciudad de Jaén. El anuncio, que viajó por el aire hasta los rincones más apartados de la provincia, informaba sobre la próxima apertura del Programa de Profesionalización Docente (PPD) en dicha localidad, un sistema diseñado para maestros en ejercicio que requería la aprobación de un riguroso examen de admisión. Aquella transmisión radial no fue un simple aviso para Antonín; fue el eco de una promesa largamente esperada, la señal de que el momento de conquistar sus metas académicas superiores había llegado.

Para el año 1984, el Estado implementó formalmente este programa a nivel nacional. Tan pronto como la confirmación llegó a sus oídos, Antonín acudió a inscribirse con el firme propósito de competir por una vacante. El programa representaba la llave maestra para que los docentes que trabajaban sin credenciales oficiales lograran obtener su ansiado título profesional. En aquella jurisdicción, la institución encomendada para conducir tan alta responsabilidad fue el Instituto Superior Pedagógico

Público "Víctor Andrés Belaunde" de la ciudad de Jaén, la emblemática y recordada Escuela Normal Mixta. Fue bajo aquel techo institucional donde Antonín recibió su formación inicial como maestro. La empresa exigió un sacrificio formidable: a lo largo de seis extenuantes años, entregando por entero sus vacaciones de verano y los breves descansos de medio año, el joven maestro consagró sus pestañas al estudio. Aquella larga jornada formativa coronó con éxito absoluto al obtener el título de Profesor de Educación Primaria, un hito profesional de incalculable valor que Antonín atribuyó siempre, con profunda gratitud, al soporte incondicional y al aliento constante de su amada esposa y de sus hijos.

Además de las ricas herramientas pedagógicas adquiridas en la Normal, las aulas de Jaén y las escuelas del distrito fronterizo de San José de Lourdes, en la provincia de San Ignacio, se convirtieron en el crisol de hermandades imperecederas que el maestro conservaría con orgullo a lo largo de su existencia. En aquellas trincheras del saber conoció a colegas de una sola pieza. Entre ellos descollaba el profesor Pedro Pérez Oliva, reconocido por un indomable espíritu de lucha social enfocado en combatir las injusticias de la época, pero bendecido a la vez con un fino sentido del humor, una solidaridad a toda prueba y una lealtad a carta cabal. A este grupo de hermanos del camino se sumaban los profesores Edgard Guerrero Solórzano, Pedro Díaz Llamoctanta, Roque Huantangare Tocto, Sixto Pérez y José Castro Alvarado. Con cada uno de ellos, Antonín

tejió lazos estrechos que trascendieron los linderos del aula para afirmarse en las dimensiones laboral, social y amical de sus vidas. Aquellos hombres no eran solo colegas de tiza y pizarra; eran los compañeros de una generación dorada que, en medio de las carencias de la frontera, empujaban con el ejemplo el desarrollo del norte peruano.

Las marcas del camino: Fulbito, zanjas y el misterio de los «poronguitos»

La vida en el Instituto Superior Pedagógico Público "Víctor Andrés Belaunde" no se limitaba al rigor de las pizarras y las lecturas pedagógicas. Durante aquellos intensos meses de vacaciones escolares —tres meses completos de libertad magisterial, según dictaban las normas de la época—, Antonín y su grupo de entrañables colegas se sometían a jornadas académicas agotadoras en el Programa de Profesionalización Docente. Sin embargo, el cansancio acumulado encontraba su válvula de escape en las losas deportivas de Jaén, especialmente al caer las tardes, cuando el sol norteño daba un respiro y los maestros se mudaban de los libros al fragor del fulbito.

Un jueves por la tarde, la losa deportiva se convirtió en un verdadero hervidero. El equipo de Antonín iba perdiendo

por un tanto y la tensión crecía; sus compañeros buscaban el empate a como diera lugar. Antonín, asentado en la posición de defensa, aplicaba con rigidez su lema de cabecera: «*Si pasa el balón, el jugador se queda; y si pasa el jugador, el balón se queda*». En medio de aquel rudo combate futbolístico, un pelotazo largo superó su banda, rozando la portería. Con el pundonor al tope, el joven maestro picó a toda velocidad para rescatar el balón que se alejaba de los linderos. Su carrera lo llevó a cruzar una losa contigua destinada a los niños de nivel inicial; cegado por el ímpetu del juego, Antonín no se percató de que la estructura metálica de un pequeño arco de jardín se interponía en su trayectoria. El impacto contra el travesaño fue seco y brutal. El maestro cayó de espaldas contra el suelo, con la frente abierta y sangrante por el choque contra el fierro, quedando sumido en un desmayo inmediato.

Asustados ante la escena, sus amigos lo levantaron en vilo y lo condujeron de urgencia al hospital del seguro, que en aquellos años funcionaba en el sector de Morro Solar, justo frente al complejo deportivo. Tras recibir las atenciones médicas y quedar con la cabeza aparatosamente vendada, sus leales camaradas lo escoltaron de regreso a su habitación de estudiante. Fue allí donde el profesor Roque Huantangare, célebre por sus oportunas ocurrencias, rompió la tensión del grupo lanzando una sentencia que desataría las carcajadas de todos:

—¡Qué piña el amigo Antonín! —exclamó Roque guiñando un ojo—. Mañana viernes por la tarde, saliendo de clases, le toca viajar a visitar a su esposa a Bagua Grande... Es casi seguro que el lunes volverá con sus «poronguitos llenos».

La picardía del término provocó un estallido de risas que hizo olvidar el dolor de la contusión. Desde aquel accidentado partido, cada vez que la pandilla magisterial divisaba a Antonín en los pasillos de la Normal, la pregunta de rigor siempre era la misma: «¿*Qué dicen los poronguitos, Antonín?*».

Sin embargo, el destino le deparaba una segunda parte a aquella broma comunitaria, esta vez en las calles de Bagua Grande. Al día siguiente, viernes por la noche, Antonín arribó entusiasmado a dicha ciudad para reencontrarse con su amada esposa, sus tres pequeños hijos y sus hermanos, quienes ya se habían establecido definitivamente en aquella urbe. Al pisar su hogar cerca de las ocho de la noche, se topó con la sorpresa de encontrar la casa vacía. Su hermano Felipe, que residía justo al frente, le informó que una vecina había invitado a su esposa y a los niños a presenciar un programa especial en el templo de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Deseoso de unirse a los suyos, Antonín enrumbó hacia el recinto religioso.

En aquella época, el servicio de fluido eléctrico en Bagua Grande era sumamente precario; una luz mortecina

apenas permitía adivinar el contorno del suelo. Antonín avanzaba con la frente en alto, escudriñando la penumbra para ubicar la fachada de la iglesia, sin percatarse de que el municipio había abierto unas profundas zanjas a lo largo de la calzada para proceder al tendido de los tubos de cemento del desagüe. De pronto, el piso desapareció bajo sus pies. Sintió que descendía al vacío, deslizándose de costado por el flanco de la excavación hasta golpear duramente contra las tuberías descubiertas que carecían de cualquier señalización de peligro.

Tendido en la total oscuridad del fondo, adolorido e inmóvil, lo primero que escuchó Antonín fue el eco de unas voces femeninas que provenían de la superficie:

—¡Se mató un borrachito! ¡Vamos a socorrerlo! —exclamaron unas vecinas alarmadas.

—¡Socorro! —alcanzó a gemir el maestro desde la fosa, sintiendo un dolor punzante en el flanco izquierdo que lo hizo temer lo peor para sus vértebras.

De inmediato, unas linternas asomaron por el borde de la zanja. Los solidarios moradores de la calle descendieron una escalera de mano amarrada a una soga para lograr el alcance necesario. Haciendo un esfuerzo supremo y con el cuerpo molido, Antonín trepó los peldaños y se aferró a las cuerdas hasta ser puesto a salvo en la superficie, donde su angustiada esposa ya se había hecho presente. Los hermanos de la Iglesia Adventista lo cargaron en

hombros hasta su domicilio. Por fortuna, dentro de la comitiva se encontraba un vecino hábil en el arte de la quiropraxia rústica, quien, tras unos masajes certeros, procedió a fajar rígidamente el torso del herido para estabilizar los golpes de la columna.

El lunes por la mañana, con puntualidad de relojero, Antonín se reincorporó a las aulas de la Normal en Jaén. En cuanto sus compañeros lo vieron ingresar, notaron de inmediato un abultamiento extraño bajo la camisa, producto del vendaje y el faje artesanal que le cubría el pecho, simulando la silueta de una prenda íntima femenina. Uno de los colegas, sin perder un segundo, soltó la burla ante el grupo:

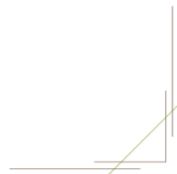
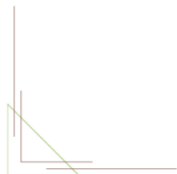
—¡Miren a Antonín! Ahora ha venido usando sostén desde Bagua Grande.

Entre risas, Antonín no tuvo más remedio que relatar con lujo de detalles la odisea de la zanja oscura. Al concluir la historia, otro de los profesores remató el momento con una carcajada sonora:

—¡Otra vez Antonín con los poronguitos llenos!

Aquellas divertidas y accidentadas anécdotas en el instituto, entrelazadas con las licencias del compañerismo, dejaron una huella indeleble en la trayectoria del maestro, vistiendo su memoria de gratas vivencias y recordándole que el camino del educador

también se construye con la alegría y la resiliencia compartida. Cada paso en su sendero profesional le permitía templar el carácter, no solo para desenvolverse como un pedagogo solvente, sino para comprender que el humor y la fraternidad son los mejores escudos contra las asperezas de la vida.



CAPÍTULO VIII

TIERRA DE PROMISIÓN: EL ARTE, LAS ONDAS Y LA VANGUARDIA EN AMAZONAS

El mes de marzo de 1988 marcó el inicio de un nuevo y vigoroso septenio en la bitácora profesional de Antonín. Tras dejar una huella imborrable en las fronteras de San Ignacio, el maestro fue reasignado a la región de Amazonas, estableciéndose específicamente en el pujante distrito de Bagua Grande, provincia de Utcubamba, dentro del centro poblado de San Martín de Porres. Aquella mudanza geográfica no tardaría en traducirse en un torrente de vivencias significativas. Antonín se topó con una realidad vibrante, habitada por familias de diversas costumbres y dinámicas de vida; lejos de replegarse ante el cambio, su primer impulso fue fundirse con el latido de la comunidad.

Con el respaldo entusiasta del profesor Segundo Díaz Ortiz, un colega profundamente comprometido con el progreso cultural del centro poblado, Antonín cofundó una iniciativa audaz: un elenco artístico integrado por docentes, estudiantes y vecinos notables de la localidad. La agrupación fue bautizada con el solemne nombre de Elenco Artístico “Amauta”, y nació con la firme consigna de rescatar y difundir la riqueza cultural del ámbito nacional, provincial y local. La principal herramienta de

trinchera fueron las tablas teatrales. Bajo la dirección y el ingenio de Segundo Díaz Ortiz, el elenco empezó a escenificar adaptaciones de cumbres de la literatura peruana e hispánica, tales como *El mundo son ancho y ajeno*, el drama quechua *Ollantay* y el conmovedor relato *Paco Yunque*. Para aligerar la densidad dramática de las funciones, los intermedios se reservaban para la comedia costumbrista, retratando con fina ironía escenas de la vida cotidiana local. En ese terreno humorístico brillaron con luz propia los señores José Requejo Herrera, conocido cariñosamente como «El Paisita», y Santos Montenegro, apodado «Morrocuje», dos auténticos artesanos de la carcajada que hacían retumbar las paredes del recinto con sus hilarantes improvisaciones.

Aquel reparto estelar lo completaban figuras de la talla de Alfonso Ramos García, Agustín Suárez, Héctor Vargas, Imelda Ríos y los profesores Edil Chuquicahua, Marcial Requejo y Teresa Delgado. La expectativa del pueblo por ver a sus vecinos transformados en personajes literarios era tan desbordante que el auditorio del plantel —un salón de aproximadamente doscientos metros cuadrados ubicado en la segunda planta de la institución educativa primaria— lucía siempre un lleno de bandera. Decenas de personas se agolpaban en las afueras, pugnando por atisbar el espectáculo a través de las rendijas de las puertas y los marcos de las ventanas. Una noche, mientras se escenificaba el desgarrador pasaje de la muerte de la esposa de Rosendo Maqui, el peso acumulado del público hizo que una de las vigas

principales del auditorio cediera con un crujido seco. El pánico cundió por unos instantes entre espectadores y actores; afortunadamente, el incidente no pasó de ser un tremendo susto y una anécdota para el recuerdo, sin que se registraran heridos que lamentar.

Paralelamente al éxito teatral, la inventiva del grupo no se detuvo y procedieron a instalar un sistema de radio bocina comunitario al que denominaron «Radio Amauta». A través de este altavoz, Antonín y sus colegas transmitían vibrantes noticieros y selectos programas culturales durante las tardes. El proyecto no solo cumplía la alta misión de mantener informada a la población sobre los sucesos de la provincia, sino que amenizaba el atardecer con piezas de música folclórica que deleitaban por igual a los mayores y a los niños que jugaban en las calles de tierra.

Para el año 1993, las coordenadas laborales de Antonín volvieron a moverse, siendo reasignado a la Institución Educativa N.º 16211 de la ciudad de Bagua Grande. El plantel se encontraba bajo la dirección de una distinguida profesora, una educadora de amplias credenciales y hondo prestigio en la ciudad por su infatigable labor en favor de la niñez. Al cruzar el umbral de esta nueva escuela, Antonín experimentó una honda alegría al reencontrarse con varios rostros conocidos del magisterio. El acoplamiento fue inmediato; sumando energías al consolidado equipo docente, el maestro se entregó de

lleno a las nuevas metas institucionales trazadas por la dirección.

Aquella época coincidió con una de las revoluciones pedagógicas más intensas del sistema educativo peruano: la introducción oficial del enfoque constructivista. El Ministerio de Educación comenzó a bombardear los planteles con talleres de capacitación orientados a implantar este nuevo paradigma de enseñanza y aprendizaje, provocando un auténtico sismo en las viejas estructuras magisteriales. Al principio, el choque conceptual generó un desequilibrio evidente entre el cuerpo docente; la ruptura con el modelo tradicional era tan radical que no pocos profesores abandonaban las jornadas de capacitación arrastrando un mar de dudas y confusiones aún mayor que al inicio.

Sin embargo, Antonín y un selecto grupo de maestros dotados de una notable flexibilidad cognitiva lograron descifrar los códigos esenciales del constructivismo de manera diáfana. Lejos de temerle a la innovación, decidieron convertir sus aulas en laboratorios vivos, experimentando de primera mano las nuevas estrategias donde el alumno pasaba a ser el constructor de su propio saber. Aquellos años de efervescencia pedagógica coincidieron también con el desembarco en la región de diversas instituciones de educación superior que ofrecían competitivos programas de complementación académica. Aquella fue la oportunidad de oro que Antonín andaba buscando para coronar su formación inicial; se inscribió en

dichos programas y, tras culminar satisfactoriamente las mallas curriculares, alcanzó el grado académico de Licenciado en Educación. Con la conquista de aquel título y la adopción de los nuevos rumbos pedagógicos, se abrieron horizontes inéditos en su horizonte profesional. Se cerraba así un ciclo de profunda transformación y crecimiento que sellaría para siempre su madurez como un auténtico maestro de vanguardia.

El testimonio de aquella época de madurez institucional y pedagógica quedó fielmente registrado en la memoria visual de la provincia. Una reveladora fotografía de aquellos años en la I.E. N.º 16211, preservada bajo el registro image_ac2f44.png, muestra a Antonín de pie en el patio escolar, micrófono en mano y con la prestancia propia de quien ha hecho de la palabra su principal herramienta de transformación.

Frente a las escalinatas del plantel, el maestro ya no solo dictaba lecciones en la intimidad del aula; se erigía como un portavoz de la innovación y un pilar de la comunidad educativa de Bagua Grande, consolidando con liderazgo el nuevo rumbo que la modernidad le exigía al magisterio nacional.

Haciendo memoria en la 16211: La promoción de los seis años

El primer día de labor de Antonín en las aulas de la Institución Educativa N.º 16211 de Bagua Grande quedó

registrado en su memoria con el encanto de los comienzos memorables. Le fue asignada la conducción del primer grado, sección “C”. Al ingresar al aula acompañado de la señora directora, quien procedió a su presentación formal, los pequeños rompieron en un unísono y rítmico golpeteo de palmas sobre sus rústicas mesas de madera en señal de una entusiasta bienvenida. Aquel tierno compás selló el inicio de un viaje compartido que se prolongaría ininterrumpidamente a lo largo de seis años; Antonín guio los pasos de aquel grupo desde los trazos iniciales de la lectoescritura en el primer grado hasta la culminación de la instrucción primaria en el sexto grado, forjando un vínculo humano y pedagógico indestructible.

La clausura de aquella larga jornada escolar se coronó con la planificación de un ambicioso viaje de promoción rumbo a la histórica ciudad de Cajamarca. Para hacer viable el financiamiento de la travesía, las madres de familia hicieron gala de una notable empatía y responsabilidad, organizando diversas actividades económicas que integraron el esfuerzo de toda la vecindad. El viaje fue un torrente de alegría y descubrimientos para los escolares, quienes recorrieron con asombro los principales atractivos turísticos de la urbe cajamarquina, incluyendo las místicas y humeantes aguas de los Baños del Inca. El broche de oro de la aventura aguardaba en el trayecto de retorno a Bagua Grande: el convoy promocional desvió su rumbo hacia el litoral para internarse en el Puerto de Pimentel. Para la gran mayoría de aquellos niños de la selva alta, el instante representó

el primer y fascinante encuentro con la inmensidad del océano Pacífico; extasiados ante la magnitud de las aguas, aprovecharon las horas en la playa para sumergirse en las olas, coronando una jornada de felicidad pura.

El tiempo transcurrió y aquellos pequeños se convirtieron en ciudadanos adultos; hoy en día, en su gran mayoría, ostentan títulos profesionales, han constituido sus propios hogares y se encuentran dispersos en diversas latitudes de la región y el país. Sin embargo, el lazo tendido por el maestro en la infancia se mantuvo inmune a las distancias. Organizados a través de un activo grupo de mensajería virtual, los integrantes de aquella mítica promoción de la 16211 preservan una unión ejemplar. El grupo suele activarse con prontitud mediante cadenas de auxilio y solidaridad económica cada vez que alguno de sus miembros atraviesa situaciones de vulnerabilidad, carencia o enfermedad. Al contemplar desde la distancia la nobleza de sus antiguos alumnos, Antonín experimentaba una profunda y legítima satisfacción interior: comprendió que los discursos cotidianos en el aula sobre la práctica de la generosidad, la honradez y la resiliencia no cayeron en saco roto, sino que se transformaron en el código de vida de una generación de hombres y mujeres de bien.

Aquella enriquecedora travesía por los paisajes históricos del norte peruano quedó perennizada en una entrañable fotografía grupal registrada bajo el código

image_aca2cd.jpg. En ella se observa a Antonín posando junto a su querida promoción frente a uno de los templos tradicionales de Cajamarca, rodeados por el entusiasta grupo de madres de familia que lideraron el financiamiento del viaje. Los rostros de los niños, curtidos por el sol de Bagua Grande, pero iluminados por la emoción de descubrir nuevos horizontes, testimonian el éxito de una gestión que unió las voluntades de todo un salón. Aquella imagen congelada en el tiempo no solo capturó un viaje escolar; registró el instante exacto en que una comunidad unida demostró que, con empatía y esfuerzo compartido, no existen metas inalcanzables para la niñez rural.

CAPÍTULO IX

EL FORMADOR DE FORMADORES: EL SALTO A LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN EL «JOSÉ SANTOS CHOCANO»

El advenimiento del nuevo milenio trajo consigo el desafío más encumbrado en la bitácora profesional de Antonín. En el año 2000, el maestro recibió una sorprendente e inesperada invitación de manos de la máxima autoridad del Instituto Superior Pedagógico Público “José Santos Chocano” de Bagua Grande. El profesor Pedro Pascasio Osorio Armas, director de la prestigiosa casa de estudios, se aproximó personalmente a él para extenderle una propuesta laboral que Antonín aceptó con el mismo entusiasmo indomable que había signado su carrera, aun siendo consciente de que este nuevo reto exigía una preparación intelectual mucho más rigurosa.

Durante la presentación formal de Antonín ante el claustro docente del instituto, el director Osorio Armas dirigió unas elocuentes palabras que justificaban su elección:

«Le hemos invitado a unirse a nuestro equipo porque su labor como profesor en la Institución Educativa N.º 16211 ha dejado una huella notable. Esperamos que, al aceptar este nuevo desafío, continúe elevando sus estrategias en el área de Comunicación, en especial en las competencias de comprensión y producción de textos que

ha venido aplicando con sus estudiantes de primaria. Ahora tiene la oportunidad de compartir esas valiosas estrategias con los futuros docentes de nuestra provincia y región. Cuenta con el respaldo total de nuestros docentes y estudiantes. Le instamos a seguir innovando y, además, tiene a su disposición la biblioteca para su preparación».

Sin lugar a dudas, la propuesta sacudió los cimientos de su rutina. En primer término, Antonín jamás sospechó que las autoridades del pedagógico hubiesen estado auscultando silenciosamente su desempeño en las aulas de primaria. En segundo lugar, aunque en ese preciso instante su perfil profesional no se ajustaba estrictamente a los tecnicismos requeridos para la cátedra superior, la motivación por conquistar nuevas cimas terminó por vencer cualquier duda. Así, el maestro se descubrió a sí mismo asumiendo el rol de catedrático en educación superior. Desde aquel día, se autoimpuso una disciplina de estudio militar: consagraba todas sus mañanas, desde las ocho hasta la una de la tarde, al autoaprendizaje y la investigación en la biblioteca institucional. Sus tardes y noches, desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche, quedaban reservadas para el fragor de la enseñanza directa en las aulas.

Bajo su responsabilidad recayeron las cátedras de Comunicación y Práctica Profesional en todos los ciclos de la especialidad de Educación Primaria. En su aula principal se congregó un numeroso y expectante

contingente de cerca de cincuenta estudiantes del IX ciclo. Aquellos jóvenes, a las puertas de recibir sus títulos de profesores, ansiaban absorber las estrategias didácticas que Antonín dominaba, urgidos por sintonizar con el nuevo enfoque pedagógico que el Ministerio de Educación implementaba en aquellos años a través de los denominados programas de Articulación.

Por fortuna, la solvencia de Antonín y la complicidad de los nuevos colegas facilitaron una adaptación exitosa a la dinámica del nivel superior. El cuerpo docente del instituto recibió una oportuna capacitación especializada por parte de la Dirección de Formación Continua y Desarrollo Docente (DINFOCAD), mediante un curso de altísimo nivel académico. Aquellas jornadas resultaron providenciales para el maestro, permitiéndole profundizar los conocimientos teóricos que devoraba por las mañanas y estructurar sílabos enriquecidos y actualizados según las directrices estatales.

Aquel florecimiento institucional fue posible gracias a la visión del director de aquel entonces, cuya constante preocupación por la vanguardia pedagógica estimuló al personal docente a mantenerse en un estado de actualización permanente. El tiempo terminó por validar aquella exigencia: en la actualidad, centenares de profesores egresados de las aulas del ISPP “José Santos Chocano” se desempeñan con notable eficiencia en las escuelas de la provincia, la región y el país, portando con

legítimo orgullo el sello de la formación inicial que recibieron bajo la tutela de maestros como Antonín.

Aquella fecunda etapa en las aulas de formación magisterial quedó bellamente retratada en una valiosa fotografía de la época, registrada bajo el código image_ca96f1.png. En ella se aprecia a Antonín integrado plenamente con el nutrido contingente de alumnos del noveno ciclo, hombres y mujeres con rostros llenos de juventud y expectativa, posando juntos en las escalinatas de la institución superior. Esta imagen no solo representa un testimonio gráfico; simboliza el crisol humano donde el maestro volcó su experiencia de años, transfiriendo con dedicación las herramientas de la comunicación y la práctica profesional a la generación que muy pronto asumiría las riendas de la educación en toda la provincia de Utcubamba y la región Amazonas.

Antonín: Docente y capacitador rural

Su destacada trayectoria pedagógica y su sólida formación lo llevaron a incorporarse como docente en las aulas del **ISP "José Santos Chocano"**. En esta emblemática institución, no solo se dedicó a la formación de los futuros maestros de la región, sino que su liderazgo y sensibilidad social llamaron la atención de importantes

iniciativas educativas. Fue así como resultó seleccionado para integrarse al proyecto de **Educación de la Niña Rural**, un desafío que marcaría un hito en su carrera como capacitador.

A través de esta iniciativa, asumió la responsabilidad de organizar y conducir talleres de capacitación dirigidos a docentes, padres de familia y estudiantes de las instituciones educativas ubicadas en las zonas más apartadas de la región Amazonas. Esta labor le permitió adentrarse en la geografía y en la realidad profunda de las comunidades rurales, donde acumuló una valiosa experiencia sobre el trabajo de campo y la intervención comunitaria. Su principal misión fue concientizar a las familias sobre la urgencia de educar a las hijas mujeres, desafiando el arraigado prejuicio de quienes aún discriminaban a las niñas, postergando su derecho al saber.

Antonín abrazó este proyecto con un entusiasmo desbordante, pues al recorrer los caseríos de Amazonas, los rostros de aquellas pequeñas le devolvían el reflejo de su propia tierra natal. Recordaba con nitidez cómo, en su pueblo de origen, la discriminación de género condenaba al olvido el talento femenino; había visto a muchas niñas quedarse al margen de los estudios superiores por el nulo apoyo familiar y la alarmante ausencia de programas estatales o becas que les permitieran construir un futuro distinto. Por ello, cada jornada de sensibilización no era

un simple deber laboral, sino un acto de justicia y reparación social.

La Consolidación como Capacitador de docentes

Durante su valiosa permanencia en el Instituto Superior Pedagógico Público “José Santos Chocano” de Bagua Grande, Antonín dio un salto cualitativo en su carrera al ser seleccionado para integrar el selecto equipo de capacitadores de dicha institución. Este logro fue el resultado de un exigente proceso de evaluación y selección de entes ejecutores, donde demostró las competencias necesarias para liderar la transformación educativa en la región.

Primera experiencia en el PLANCAD - Año 2000

Tras ganar el concurso público, el equipo del instituto asumió la gran responsabilidad de capacitar a los maestros de la provincia de Utcubamba a través del Plan Nacional de Capacitación Docente (PLANCAD). Este hito marcó formalmente el inicio de su sólida experiencia en la formación continua de profesores en ejercicio.

Por segundo año consecutivo, el ente ejecutor volvió a ganar el concurso de selección. En esta oportunidad, la misión pedagógica lo trasladó a la cálida provincia de Rodríguez de Mendoza. Esta experiencia le permitió recorrer la gran mayoría de sus distritos y maravillarse con la geografía amazónica, conociendo de cerca imponentes atractivos naturales como la cordillera de Picchuaguayña y la mística laguna temporal de Huamantla.

Expansión a tres provincias - Año 2002

El prestigio del equipo se consolidó plenamente al ser seleccionados una vez más para llevar las capacitaciones a las provincias de Chachapoyas, Bongará y Luya. Bajo la coordinada dirección del profesor José Roselito Rivera, asumieron este gigantesco despliegue territorial con el más alto sentido de responsabilidad profesional y mística educativa.

El desafío del PEAR - Año 2007

Llegó la gran responsabilidad de trabajar para el Programa de Educación de Áreas Rurales (PEAR). Esta campaña llevó a Antonín a los confines más alejados y hermosos de la región, abarcando distritos como Chachapoyas, La Jalca Grande, El Mayno, La Magdalena, Levanto, Chuquibamba, Olleros, La Granada, Soloco, El Mito y Huancas.

El sacrificio en los confines de Chuquibamba

De todos los destinos del año 2007, el distrito de Chuquibamba representó el desafío físico y logístico más extremo debido a su geografía accidentada y al difícil acceso a sus comunidades circundantes. Para llevar el conocimiento a los anexos de Huayabamba, Jugo, Jaja y Shumbol, no quedaba otra opción que emprender largas y extenuantes caminatas desde el pueblo central.

Fue en esos senderos de herradura donde se forjó una entrañable fraternidad pedagógica. Antonín, compartiendo el peso del camino y la misma convicción, recorrió aquellos parajes hombro a hombro junto a los maestros: César Elías Teán, Jenny Díaz y el profesor Antonín. Juntos, como los responsables directos de Chuquibamba y sus anexos, desafiaron el cansancio y las distancias, llevando herramientas pedagógicas actualizadas a los docentes que hacían patria en las escuelas más aisladas del Perú profundo.

La Misión del Especialista: Entre el aula urbana y el fango rural

Entre los años 2010 y 2016, el maestro Antonín asumió la alta responsabilidad de desempeñarse como Especialista de Educación Primaria en el Área de Gestión Pedagógica de la UGEL Utcubamba. En este importante cargo, la labor

principal del especialista consistía en diseñar y conducir talleres de capacitación, así como realizar el monitoreo y acompañamiento pedagógico directo a los docentes en su práctica diaria dentro del aula.

Este despliegue técnico abarcó tanto las escuelas del ámbito urbano como aquellas situadas en las realidades más profundas del sector rural. Dependiendo de la estación, los caminos se transitaban bajo soles abrazadores o bajo abundantes y copiosas lluvias amazónicas. En esos senderos de herradura, la travesía se realizaba a veces en equipo, y muchas otras, en la más absoluta soledad, con la única compañía de la convicción pedagógica.

Asesoramiento técnico en campo

Las jornadas pedagógicas congregaban de forma masiva a los profesores locales. En intensos talleres de trabajo grupal, los maestros de aula eran minuciosamente asesorados por el especialista de la UGEL Utcubamba, Antonín, quien orientaba la diversificación curricular y el manejo de nuevas estrategias metodológicas.

Senderos de herradura: La odisea por llegar a la escuela olvidada

Para Antonín, el cumplimiento del deber institucional demandaba trayectos de enorme exigencia física. En algunas ocasiones bastaban un par de horas de caminata; en otras, el viaje exigía marchas de un día entero a través de trochas accidentadas. El objetivo final justificaba cada paso: alcanzar la humilde y alejada escuela rural que casi nunca recibía visitas oficiales. Al arribar, el maestro rural lo recibía con profunda alegría y regocijo, aprovechando el encuentro para desahogar el lamento y la frustración que significaba trabajar en un confinamiento tan severo.

A lo largo de este sexenio, el especialista asumió su labor con una entrega intachable, arriesgando en reiteradas oportunidades su salud y poniendo en peligro su propia integridad física con tal de cumplir las metas trazadas, tanto a nivel individual como institucional.

La batalla contra el fango en Perlamayo

Uno de los destinos más duros de acceder en la provincia era la Institución Educativa N.º 17331 del caserío de Perlamayo, ubicado en el centro poblado de Alto Amazonas, dentro del distrito de Cajaruro. Llegar a esta comunidad, especialmente en temporadas invernales, requería un equipamiento de resistencia: botas de jebe

fuertemente amarradas, zapatillas capaces de soportar el lodo espeso y un poncho impermeable. El camino, caracterizado por una empinada e implacable subida, demandaba más de dos horas de intensa marcha a pie bajo la lluvia y el fango.

Cumplimiento del deber

Al arribar a la IE N.º 17331 de Perlamayo, empapado por el agua y cubierto de lodo tras la penosa caminata, la figura del especialista encarnaba la mística del verdadero servidor público: aquel que no se amilana ante las inclemencias del tiempo si hay niños esperando.

La recompensa a tan extenuante viaje llegó de inmediato gracias a la hospitalidad del profesor, director del plantel, quien, conmovido por el esfuerzo del visitante, ordenó preparar un almuerzo tradicional de la zona: un exquisito cuy con papas, acompañado de su zarza de cebolla y pepinillo, asentado con un refrescante jugo de piña extraído de las cosechas locales. Aquel gesto de calidez humana compensó con creces los rigores del viaje.

La Primera visita en el bosque alto de El Palto

En otra de las tantas comisiones conjuntas desarrolladas por el equipo de especialistas de la UGEL, se visitaron las instituciones educativas del centro poblado El Palto. En aquellas tierras fértiles, famosas por su alta producción de café, se halló a un magisterio motivado, trabajando con entusiasmo al lado de sus alumnos, aunque sin ocultar las históricas carencias del sector: la falta crónica de material educativo y el déficit de plazas docentes.

El encuentro en una de las escuelas de la zona quedó grabado por la hospitalidad mutua ante la adversidad climática:

—Adelante, *maestro Antonín* —le recibió conmovido el director encargado, al ver entrar al especialista chorreando agua y lodo bajo una persistente tormenta—. *Es la primera vez en la historia que un especialista llega a visitar esta escuelita. Por acá nadie se atreve a venir por lo peligrosos y difíciles que se ponen los caminos en la época de lluvias. Y en estos bosques altos, prácticamente llueve todo el año.*

Preocupado por las condiciones de salud del visitante, el director lo hizo pasar de inmediato a la vivienda docente, ofreciéndole ropa seca para cambiarse, mientras continuaba el diálogo:

—¿Ha tomado desayuno, maestro?

—Aún no, colega. He salido sumamente temprano de Bagua Grande y el tiempo no me alcanzó para desayunar.

—¡Pero si ya son las 11 de la mañana! Debe estar con un hambre terrible después de semejante caminata bajo el agua. No se preocupe, aquí muy cerca hay una señora que me da pensión; iré inmediatamente a pedirle que le prepare algo.

—Te lo agradezco profundamente, colega. Pero despreocúpate por el costo, que eso corre por mi cuenta

—replicó Antonín, manteniendo firme su principio ético de sufragar personalmente sus viáticos y alimentación en cada rincón que visitaba.

Mientras se preparaba el alimento, el especialista Antonín no quiso perder un solo minuto. Entró al aula para saludar a los pequeños estudiantes. Aunque inicialmente se mostraron tímidos y poco comunicativos, la experiencia pedagógica de Antonín rompió el hielo. Aprovechando el momento, les narró algunos de sus cuentos favoritos de literatura infantil, destacando de manera especial “La pajarita desobediente”, relato de su propia autoría. Los niños quedaron fascinados y sumergidos en la magia de la lectura.

Al promediar las dos de la tarde, tras concluir la aplicación de la ficha de monitoreo pedagógico emanada por el Ministerio de Educación (MINEDU), llegó el momento del almuerzo. Aquella espera tuvo un cierre extraordinario: un

suculento cuy con papas y refresco de piña nativa. *"Barriguita llena, corazón contento"*, recordó el maestro Antonín, con una sonrisa, evocando el viejo refrán de su abuela.

Al despedirse, el director expresó una profunda gratitud por la asistencia técnica recibida, comprometiéndose solemnemente a mejorar sus procesos didácticos en favor de la comunidad. En el viaje de retorno, cruzando la espesura del bosque alto bajo una llovizna perenne, Antonín sintió que las aves silvestres entonaban un canto de despedida en los linderos del caserío La Unión. Parecía que la mismísima naturaleza celebraba que un educador se hubiese atrevido a quebrar el aislamiento de Perlamayo.

Innovación y descentralización en Lonya Grande, Yamón, Cumba y El Milagro

El plan de trabajo trazado por Antonín desde el inicio de su gestión en 2010 tuvo una clara visión de equidad territorial. Sus primeros proyectos formativos no se concentraron en las capitales de provincia, sino que fueron dirigidos a los distritos con mayores brechas de conectividad y actualización: Lonya Grande, Yamón, Cumba y El Milagro. Estas propuestas de intervención pedagógica fueron respaldadas y aprobadas

resolutivamente por el entonces director de la UGEL Utcubamba, de aquel entonces.

En el distrito de Lonya Grande, la respuesta del magisterio fue ejemplar. Maestros y directivos demostraron un notable interés por actualizarse, desafiando las distancias geográficas y el mal tiempo para asistir puntualmente a las convocatorias organizadas por el especialista Antonín en coordinación con el destacado docente José Luis Herrera García.

Provincia de Utcubamba: Cobertura Pedagógica (2010 - 2016)

Fue precisamente en Lonya Grande donde se marcó un hito histórico para la educación rural de la región con la realización del Primer Concurso Provincial de Proyectos de Innovación Pedagógica. Este evento fue impulsado por la Red Educativa Rural (RER) MAFORSA, bajo el liderazgo del coordinador de asuntos pedagógicos, el profesor José Ronald Correa Larrea.

La creación de esta red articuló y dio un realce inédito a la escuela rural, logrando congregar a más de 60 instituciones educativas de todos los niveles del sistema escolar.

El Trapiche pedagógico

Uno de los símbolos de aquella efervescencia creativa fue el profesor Reinaldo Velásquez Pérez, director en ese entonces de la I.E.S. "Pedro Ruíz Gallo", quien exhibió con orgullo la maqueta de su innovador proyecto titulado *"El Trapiche Pedagógico"*, una propuesta que vinculaba los saberes socio productivos locales con el aprendizaje científico en las aulas.

Un nuevo horizonte: La convocatoria del Ministerio de Educación

La calidad técnica y el éxito de convocatoria que caracterizaban a los talleres dirigidos por los especialistas de la UGEL Utcubamba no pasaron desapercibidos. En el mes de abril del año 2014, mientras el maestro Antonín se encontraba en plena ponencia frente a un auditorio repleto de docentes comprometidos, un acontecimiento fortuito cambió el rumbo de las proyecciones profesionales del equipo.

Su compañero y colega especialista, el profesor Misael Vásquez Ampuero, recibió una llamada telefónica urgente del profesor José Roselito Rivera. A través de esa comunicación, se les informaba sobre una gran oportunidad profesional: el Ministerio de Educación (MED) había un riguroso concurso público nacional para

seleccionar a los mejores especialistas del país que pasarían a liderar la ambiciosa Estratégica de Soporte Pedagógico. Aquel anuncio, recibido en plena jornada de labor, abría las puertas para un nuevo y exigente capítulo en la trayectoria pedagógica de Antonín.

El destino en San Borja: Antonín en el Ministerio de Educación

En los planes que Antonín había trazado para su vida profesional, nunca estuvo la idea de viajar a la gran capital, y mucho menos la de trabajar en las altas esferas del Ministerio de Educación. Sin embargo, el destino suele tejer sus hilos de manera imprevista. Casi de forma repentina, el maestro de las aulas rurales se descubrió a sí mismo cruzando los umbrales de aquel imponente edificio con forma de libros superpuestos, ubicado en el distrito de San Borja.

A su lado caminaba su fiel colega y amigo, el profesor Misael. Para ambos, ingresar a la inmensa burocracia ministerial representaba un territorio totalmente ajeno y complejo; Antonín sabía en su fuero interno que, de no haber sido por los laicos y amigos que ya laboraban allí dentro, el reto de relacionarse y abrirse paso en el Ministerio habría resultado doblemente difícil.

Mientras averiguaban en la recepción por el profesor Roselito Hoyos Rivera, quien era su contacto clave, la providencia le salió al encuentro en la figura de otro gran amigo, colega y paisano natural de Amazonas: el profesor Germán Ramírez Díaz. Con la calidez propia de la tierra natal, Germán les brindó las orientaciones necesarias y los guio a través de los pasillos para localizar finalmente al profesor Roselito Hoyos, quien se desempeñaba como coordinador nacional de la prestigiosa Estrategia de Soporte Pedagógico en el MED.

El Desafío de la Estrategia Nacional

El profesor Roselito los recibió con el respeto debido y, con la claridad de quien conoce el terreno, los puso al tanto de la trascendental labor que se venía ejecutando:

—Estimados colegas —les manifestó Hoyos Rivera—, el Ministerio de Educación está desarrollando un proyecto denominado Estrategia de Soporte Pedagógico a nivel nacional. Está enfocado en el nivel de Educación Primaria, básicamente en instituciones educativas polidocentes de áreas urbanas. Para ello, se requiere de profesores idóneos que serán seleccionados mediante un riguroso concurso. Se está proponiendo a docentes que hayan tenido experiencia demostrada en capacitación docente y que hayan laborado en instituciones de educación superior pedagógica. Como ustedes reúnen

plenamente estas condiciones, se les está invitando formalmente a participar del concurso, el cual consistirá en la evaluación de sus currículums y una entrevista personal. Si aceptan, desde hoy mismo entrarán a un curso de inducción y, luego de la entrevista final, se les asignará la región del país donde les corresponderá desplegar su trabajo.

Al escucharla magnitud del reto, el espíritu de maestro de Antonín se encendió de inmediato. Sintió la certeza de que toda su experiencia en las aulas y los caminos de Amazonas lo habían preparado para este momento. Mirando al coordinador, respondió con firmeza:

—Estoy plenamente de acuerdo, maestro, y le agradezco profundamente por tenernos en cuenta para participar en esta gran estrategia.

El profesor Misael compartió el mismo entusiasmo y asintió con igual convicción. En ese mismo instante, el profesor Roselito les indicó el lugar exacto a donde debían dirigirse para iniciar el curso de inducción, un proceso de preparación intensiva que los desafiaría a lo largo de dos meses en la capital del país.

El retorno al origen: El obrero que regresó como Especialista- La Nostalgia del pasado y el triunfo del sacrificio.

Al llegar al local asignado para las jornadas pedagógicas, una sorpresa mayúscula y sobrecogedora aguardaba a Antonín. El destino, con sus hilos misteriosos, lo conducía de vuelta al mismísimo lugar donde, treinta y siete años atrás, se había ganado la vida como un joven obrero subcontratado. En aquellos años de juventud en la capital, mientras compaginaba sus estudios de secundaria con el duro trabajo físico, sus manos ayudaron a instalar los pesados ductos de aire acondicionado para las oficinas del otrora Minero Perú.

Aquel suelo guardaba el eco de momentos tristes y de un profundo desamparo. Antonín recordó con nitidez el maltrato y el despido arbitrario que sufrió a manos de un capataz que lo echó del trabajo simplemente por su propio capricho, dejándolo en la desprotección total. Volver a pisar esas baldosas despertó en su pecho una intensa oleada de nostalgia y melancolía; sin embargo, el presente se alzaba con un brillo completamente distinto. Gracias al sacrificio inquebrantable de haber estudiado en la capital a costa de su propio sudor, Antonín regresaba al mismo recinto, pero con un perfil profesional honorable y respetado.

Conmovido por la ironía del tiempo, Antonín le confió este pasaje de su juventud a su colega y amigo, el profesor

Misael. Este, profundamente sorprendido por la revelación, lo miró con admiración y, con una leve sonrisa reflexiva, comentó:

—La vida trae cosas buenas y malas, maestro. A veces volvemos al mismo lugar para recordar por dónde hemos pasado y en qué condiciones. Aunque mírelo bien: ahora en la administración pública también somos maltratados, pero de forma más disimulada, tanto que a veces ni cuenta nos damos.

Tras ese instante de complicidad y madurez compartida, ambos acomodaron sus materiales y se aprestaron con paso firme a presentarse ante el grupo de colegas que ya venían participando del taller de inducción desde días anteriores.

La antorcha de Amazonas: Ponencias en la gran capital

Durante el desarrollo de los talleres de inducción organizados por el Ministerio de Educación, la participación de Antonín fue notablemente activa y propositiva. En su mente y en su corazón latía una doble obligación moral: demostrar con solvencia técnica las razones por las cuales había sido convocado a la capital, y dejar en lo más alto el nombre de la región que representaba con tanto orgullo: Amazonas.

Su desempeño y dominio pedagógico no tardaron en destacar dentro del grupo nacional. Durante ese periodo de especialización, Antonín y su equipo recibieron el encargo ministerial de participar en calidad de ponentes en importantes eventos de capacitación descentralizados en Lima Metropolitana, trasladándose a los auditorios de la UGEL de Ate Vitarte y a las escuelas del distrito de Comas.

Despliegue Pedagógico de Antonín en Lima (2014)

Aquel despliegue en las periferias de la capital le permitió a Antonín comprender una realidad fundamental: la problemática y las carencias de la educación en el Perú eran transversales y generalizadas. En las aulas limeñas descubrió, con cierta preocupación, a profesores que mostraban muy poco interés por participar en los eventos formativos, maestros desmotivados para encarar la rutina diaria en el aula y con nula disposición para la innovación pedagógica.

Sin embargo, en medio de ese panorama desafiante, el ojo clínico de Antonín también supo hallar la luz. Encontró a maestros excepcionales, profesionales dignos de ganarse todo su respeto y admiración por la manera tan pulcra y abnegada en que se comprometían con la labor docente, dejando el alma tanto dentro como fuera de las

aulas. Para él, aquellos maestros eran la confirmación de que la educación seguía siendo un apostolado sagrado en cualquier rincón de la patria.

El desafío del sur: Designados a la histórica región de Ayacucho (2014) El destino en la tierra de los Wari

Había llegado el momento crucial en que el Ministerio de Educación, a través del Área de Gestión Pedagógica, debía poner en marcha el despliegue nacional de la Estrategia de Soporte Pedagógico. La misión era clara: intervenir y actualizar las instituciones educativas polidocentes de las áreas urbanas en todas las regiones del país. Para lograr este ambicioso objetivo, la sede central estructuró equipos de especialistas altamente calificados.

El equipo encargado de llevar la antorcha pedagógica a la emblemática región de Ayacucho quedó bajo la dirección y coordinación del profesor Germán Ramírez Díaz, seleccionado rigurosamente por su impecable perfil profesional. El equipo de élite estaba conformado por ocho especialistas; entre ellos, destacaba la presencia de dos maestros provenientes de la región Amazonas: el profesor Misael Vásquez Ampuero y el propio Antonín. Por su parte, Antonín albergaba una enorme expectativa

y un profundo respeto por conocer la legendaria geografía ayacuchana.

Estructura Del Equipo Minedu - Región Ayacucho (2014)

Ayacucho no era cualquier destino; era una tierra donde el pasado se respira en cada rincón. Antonín, un hombre consciente de la historia de su patria, sabía que este departamento del sur albergaba una herencia colosal que se remontaba a las épocas precolombinas, cuando las culturas Wari y Chanka dominaban los Andes antes de ser asimiladas por el Imperio Incaico, el cual dejó en la zona imponentes centros político-religiosos como Vilcashuamán.

Sabía también que la llegada de los españoles en el siglo XVI transformó la región en un núcleo minero y agrícola vital para la corona, pero que también fue el crisol de la libertad americana. En 1824, los campos de la Pampa de la Quinua presenciaron la histórica batalla de Ayacucho, donde el general Antonín José de Sucre selló definitivamente la independencia del Perú y del continente.

Sin embargo, a pesar de tan gloriosa herencia cultural y del misticismo de su capital, Huamanga, la realidad

educativa actual de Ayacucho atravesaba un prolongado letargo. Hacía muchos años que las instituciones educativas polidocentes no recibían una actualización técnico-pedagógica integral. Por esta razón, el MINEDU las había focalizado con urgencia.

La estrategia en Huamanga: Alianzas y talleres exitosos

La primera tarea del equipo ministerial fue de alta gestión institucional: realizar las coordinaciones de línea con la Dirección Regional de Educación de Ayacucho (DREA) y las Unidades de Gestión Educativa Local (UGELS). El objetivo estratégico era presentar formalmente los lineamientos de Soporte Pedagógico ante el Gobierno Regional y asegurar el respaldo de las autoridades locales.

La presentación oficial ante el Gobierno Regional

Con gran solvencia y liderazgo, el coordinador Germán Ramírez Díaz realizó la exposición matriz de la Estrategia de Soporte Pedagógico ante los altos funcionarios del Gobierno Regional de Ayacucho, marcando el inicio formal de las actividades de asistencia técnica.

Los talleres se desarrollaron con un éxito rotundo a lo largo de una intensa semana. Los profesores ayacuchanos demostraron un notable interés y una participación desbordante, volcándose a la elaboración de sus unidades didácticas y sesiones de aprendizaje basadas en estrategias metodológicas innovadoras para las diferentes áreas del Currículo Nacional.

Un componente estratégico que Antonín valoró enormemente fue la capacidad del proyecto para comprometer a otras instituciones públicas y privadas de Huamanga, logrando que la sociedad civil organizada se sumara en apoyo a la educación de sus propios niños. Dentro de las aulas de capacitación, cada especialista asumió la tutoría de un grupo específico de docentes, distribuyéndose las materias de acuerdo con sus habilidades técnico-pedagógicas.

El paso al frente: El desafío de las provincias del sur

El éxito obtenido en la capital regional fue solo el preludio de un desafío mayor. La misión encomendada por el Ministerio de Educación no concluía en la comodidad urbana de Huamanga; las directrices obligaban al equipo a trasladarse a las provincias más alejadas y vulnerables del sur del departamento: Lucanas (con su capital Puquio), Parinacochas (con su capital Coracora) y Páucar del Sara Sara (con su capital Pausa).

Fue en ese momento cuando surgió el gran dilema en el equipo. Aquellas provincias sureñas eran territorios sumamente apartados, de geografía sumamente accidentada y, para la inmensa mayoría de los especialistas, parajes completamente desconocidos. Ante la complejidad del viaje y los rigores del traslado, las damas del equipo fueron eximidas de ser comisionadas a dichas zonas de difícil acceso.

En medio de la incertidumbre y el respetuoso silencio del grupo, afloró la mística del maestro forjado en los senderos de herradura de Amazonas. Antonín dio un paso al frente.

Conociendo de sobra el valor del sacrificio rural y animado por un inquebrantable sentido del deber, se ofreció como voluntario para asumir las provincias de Lucanas y Páucar del Sara Sara. Sabía que en la lejana ciudad de Pausa y en las alturas de Puquio había maestros que necesitaban el mismo soporte, y él estaba dispuesto a cruzar los Andes para llevárselo.

Rumbo al sur profundo: La travesía por Lucanas y Páucar del Sara Sara

El ascenso a las alturas de Lucanas y la llegada a Puquio

Después de haber sido oficialmente designado por el coordinador para asumir las provincias sureñas, Antonín emprendió el retorno a Lima con el fin de iniciar el viaje definitivo hacia la ciudad de Puquio por vía terrestre. El trayecto exigió un esfuerzo de aproximadamente doce extenuantes horas de camino. Finalmente, alrededor de las nueve de la noche, las luces de la hermosa ciudad de Puquio aparecieron en el horizonte andino.

Al descender del autobús, Antonín fue recibido por un frío cortante e intenso que parecía congelar cada rincón de su cuerpo. Apresurado por las circunstancias, buscó refugio en un hotel local para asegurar una habitación, mientras lidiaba simultáneamente con la gélida atmósfera y un fuerte sentimiento de hambre debido al largo viaje.

Tras disfrutar de un reconfortante baño caliente, el especialista consultó al personal del hotel sobre las opciones disponibles para cenar a esa hora de la noche. El recepcionista, con amabilidad, le indicó que a escasas puertas hacia la derecha encontraría un buen establecimiento. Siguiendo el consejo, Antonín caminó a paso veloz por la acera hasta encontrarse frente a un cartel singular: "RESTAURANT ¡RICO PINCHO!".

Aunque el nombre le causó un desconcierto inicial, el apetito era tal que habría aceptado comer cualquier vianda bien preparada. Al notar su rostro de asombro, un cliente que se encontraba en el lugar se aproximó amablemente para aclararle el modismo local: en aquella región sureña, llamaban coloquialmente "pincho" a los tradicionales anticuchos. Con una sonrisa de alivio y agradecido por el dato, efectuó su pedido de inmediato: una porción de papa sancochada acompañada de dos generosos pinchos.

El Choque Cultural en Puquio

De regreso en el alojamiento, el frío persistía implacable entre los muros de la habitación. Convencido de que no podría conciliar el sueño en esas condiciones, Antonín solicitó al dueño del hotel algunas frazadas adicionales para guarecerse. Fue en ese instante cuando la geografía lingüística le deparó una segunda y mayor sorpresa. El hotelero, observando el temblor del huésped, le ofreció con total naturalidad:

—Señor, se le ve muy afectado. Si desea, le puedo ofrecer dos "cholas" para que se mantenga caliente toda la noche.

La mente de Antonín se inundó de preguntas y asombro ante semejante proposición en un lugar ajeno. Con una mezcla de decoro, preocupación y conformidad ante lo

que creía una costumbre local extrema, respondió con prudencia:

—Comprendo *la oferta, maestro... pero creo que solo necesitaré una, por favor.*

El hotelero soltó una carcajada llena de alegría y bonhomía, disipando de inmediato la tensión:

—*¡Se nota que usted es del norte, colega! Aquí en el sur, llamamos "chola" a una botella llena de agua caliente que, colocada cerca de los pies bajo las cobijas, lo mantendrá abrigado enseguida.*

La explicación le resultó sumamente graciosa a Antonín, quien, riendo de buena gana por el malentendido, corrigió el pedido solicitándole que le proporcionara las dos cholas sin falta.

Ahora, con el cuerpo debidamente abrigado y el estómago lleno, el maestro elevó una oración de gratitud a Dios por haberlo conducido sano y salvo hasta Puquio. Apagó las luces y se dispuso a descansar, consciente de que al amanecer le esperaba una rigurosa agenda de visitas institucionales y entrevistas pedagógicas.

Retrato de la sede: Estampa geográfica de Puquio

Para comprender el escenario donde Antonín desplegaría la Estrategia de Soporte Pedagógico, es preciso trazar una síntesis de esta hermosa localidad. La ciudad de Puquio, capital de la provincia de Lucanas, se erige firmemente en la sierra sur del Perú, elevándose a una altitud aproximada de 3,300 metros sobre el nivel del mar.

Su aspecto físico cautiva a los forasteros por su preservada arquitectura colonial, configurada por callejuelas empedradas y casonas señoriales con muros de adobe y techumbres de teja, todo ello enmarcado por un imponente paisaje montañoso y un clima marcadamente frío.

La economía de sus habitantes se sostiene fundamentalmente en las bondades de la agricultura y la ganadería. En sus campos se cultivan con esmero productos como la papa, el maíz y el trigo, además de una notable producción de quesos artesanales que abastecen los mercados locales y regionales.

Culturalmente, Puquio brilla con luz propia gracias a sus ricas tradiciones folclóricas y la destreza de sus artesanos en tejidos, cerámicas y pinturas. Entre sus celebraciones, destaca de forma nítida la Fiesta de la Cruz, conmemorada en el mes de mayo, una festividad sagrada que congrega a la población en torno a coloridas danzas,

procesiones y fervorosos ritos religiosos. En suma, una tierra de historia y mística andina.

El ingreso a las aulas y la Fiesta del Agua

Al día siguiente, rigurosamente dentro de las horas de oficina, Antonín se hizo presente en la Dirección de la UGEL Lucanas – Puquio. Tras sostener una productiva reunión de coordinación con los directivos locales para dar a conocer los alcances técnicos de la misión encomendada por el MINEDU, el especialista se trasladó de inmediato a las instituciones educativas de la ciudad para iniciar las labores de monitoreo en aula.

Aquel día coincidía con una fecha de gran trascendencia cívica para la provincia: la celebración del "Día del Agua". Al ingresar a supervisar un aula del segundo grado de primaria, Antonín descubrió que la sesión de aprendizaje estaba plenamente articulada en torno a la conservación del recurso hídrico.

Al ver la presencia del especialista del Ministerio, la profesora de aula lo invitó con gran entusiasmo a participar directamente de la clase. Lejos de limitarse a una observación pasiva de escritorio, Antonín se sumó a la dinámica escolar con los niños, conectando de inmediato con la comunidad educativa. El lazo fue tan significativo que el maestro regresó por la tarde para

acompañar activamente a la institución en las festividades y ceremonias programadas para homenajear al agua, integrándose no solo como una autoridad técnica, sino como un educador comprometido con el sentir de la escuela puquiana.

En las instituciones educativas que Antonín tuvo la ocasión de visitar de ambas provincias, tanto de Lucanas como de Páucar del Sara Sara, los profesores utilizan bastante material concreto del lugar, especialmente para el área de Matemática, y les gusta ambientar sus aulas de forma permanente.

El viaje a Pausa: Cruzando los confines de la Sierra Sur

Concluidas las provechosas jornadas pedagógicas en las aulas de Puquio, Antonín se preparó para asumir el siguiente y más distante destino de su itinerario fiscalizado: la localidad de Pausa, capital de la provincia de Páucar del Sara Sara. Si bien ambos territorios compartían el cielo y el frío del sur ayacuchano, la conectividad entre ellos exigía un prolongado esfuerzo logístico que solo los maestros de verdadera mística se atrevían a encarar.

El trayecto desde Puquio hasta Pausa demandaba un viaje de seis horas a bordo de una combi que desafiaba las sinuosas carreteras andinas. Durante las primeras horas de ruta, el vehículo ascendía por la cordillera, serpenteando entre abismos y planicies doradas por el ichu, hasta alcanzar y cruzar la ciudad de Coracora, la imponente capital de la vecina provincia de Parinacochas. Para Antonín, contemplar aquellas capitales de la sierra profunda era una lección viva de geografía humana, una oportunidad para entender el pulso de un Perú que latía lejos de la costa central.

El distrito de Pausa, hacia donde se dirigía el especialista, se erige orgullosamente como uno de los diez distritos que configuran la estructura política de la provincia de Páucar del Sara Sara. Mientras avanzaba el viaje, Antonín, un hombre siempre interesado en las raíces históricas de los pueblos que visitaba, repasaba la memoria de aquellas tierras. Comprendía que la historia de Pausa estaba íntimamente entrelazada con la de Parinacochas, ya que por un prolongado periodo cronológico había pertenecido jurídicamente a dicha provincia.

No fue sino hasta la posterior creación de la provincia de Páucar del Sara Sara que el territorio logró su autonomía política, pasando a integrar esta nueva demarcación y convirtiéndose con toda justicia en su flamante y principal capital. Al divisar las primeras casas de la ciudad al pie del majestuoso e imponente nevado Sara Sara, Antonín supo que el largo traqueteo de la combi había valido la pena: la

Estrategia de Soporte Pedagógico del Ministerio de Educación estaba a punto de instalarse en el último confín de Ayacucho.

El horizonte de Pausa: Clima, geografía y calidez humana

Desde una perspectiva estrictamente geográfica, el distrito de Pausa se encuentra meticulosamente ubicado a 15° 16' 32" de latitud Sur y 73° 20' 33" de longitud Oeste, reposando a una altitud promedio de 2,524 metros sobre el nivel del mar, plenamente cobijado por la imponente cadena montañosa de la Cordillera de los Andes. Su capital homónima, la pintoresca localidad de Pausa, albergaba para aquel entonces una población estimada de 3,050 habitantes, distribuidos demográficamente en 1,498 hombres y 1,552 mujeres. En sus límites territoriales, el distrito colinda por el Norte con las jurisdicciones de Lampa y Colta; por el Este y el Sur abraza las fronteras del departamento de Arequipa, mientras que por el Oeste rinde tributo a las faldas del imponente y tutelar nevado Sara Sara.

Al descender en la capital provincial, Antonín experimentó un alivio inmediato en el cuerpo y en el espíritu. A diferencia del gélido e implacable viento que azotaba las alturas de Puquio, en la localidad de Pausa el clima se manifestaba templado, sumamente agradable y acogedor.

El especialista logró adaptarse con asombrosa facilidad a esta nueva atmósfera donde el frío simplemente no se sentía.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de Antonín fue la esencia de su sociedad: descubrió una población sumamente amable, hospitalaria y poseedora de rasgos y costumbres que evocaban con nitidez la calidez de los pobladores de la costa peruana. Esta mixtura entre el paisaje andino y el temperamento abierto de su gente convirtió la estancia del especialista en una experiencia altamente gratificante.

Vocación en las aulas del sur: El legado de Páucar del Sara Sara

Más allá de las marcadas diferencias climatológicas y geográficas entre Puquio y Pausa, Antonín halló un denominador común que lo llenó de orgullo profesional: en ambas capitales sureñas existía un magisterio de primer nivel. Tanto los profesores como las profesoras de la zona se revelaron como profesionales íntegros, profundamente dedicados y abnegados en su labor docente cotidiana. En cada visita de monitoreo, en cada aula supervisada al pie del Sara Sara, era notable e inspirador el empeño, la creatividad y la responsabilidad con que los maestros conducían los procesos de aprendizaje de sus niños.

Para Antonín, pisar esta provincia implicaba reconocer una tierra históricamente rica y culturalmente significativa dentro de la región Ayacucho y del país en general. Con su capital, la ciudad de Pausa —que ostenta con orgullo el nombre del distrito y de la provincia—, esta demarcación resguarda una memoria colectiva invaluable.

Su trayectoria histórica se enlaza firmemente con los periodos precolombinos de autonomía indígena, los esplendores y contradicciones de la época colonial y los eventos republicanos más recientes del Perú.

Saber que la Estrategia de Soporte Pedagógico del MINEDU se estaba sembrando en un suelo con tanto pasado y tanto futuro reafirmaba en Antonín la convicción de que su viaje voluntario al sur profundo había sido un acto de estricta justicia educativa.

El Aula como Trinchera: Las Sesiones Demostrativas en Pausa - El Protocolo de Intervención Pedagógica

La labor de Antonín en las provincias del sur ayacuchano no se limitaba a la supervisión formal o al llenado de fichas administrativas. El protocolo técnico de su contrato con el Ministerio de Educación exigía un despliegue metodológico riguroso y por etapas dentro de cada institución educativa focalizada. En cada escuela que

visitaba, el especialista debía articular su trabajo en torno a tres sesiones de aprendizaje consecutivas y bien definidas:

- *La Sesión Diagnóstica*: Diseñada para observar el estado situacional real del aula, identificando las fortalezas y debilidades del proceso de enseñanza-aprendizaje.
- *La Sesión Inopinada*: Una visita de monitoreo sin previo aviso, cuyo propósito era registrar el desarrollo natural y cotidiano de la labor docente en su estado habitual.
- *La Sesión Demostrativa*: El momento cumbre de la asistencia técnica. En esta etapa, los roles se invertían de forma ejemplar: le correspondía a Antonín asumir la conducción total de la clase, desarrollando una sesión modelo frente a los alumnos, mientras la profesora de aula se ubicaba en calidad de observadora para asimilar las nuevas estrategias didácticas en tiempo real.

La práctica en el Segundo Grado

Fue en las aulas del distrito de Pausa donde este protocolo alcanzó su máxima expresión práctica. Con la solvencia que le daban sus años de magisterio, Antonín se plantó frente a un entusiasta grupo de estudiantes del

segundo grado de primaria de una de las instituciones locales.

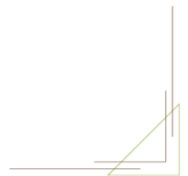
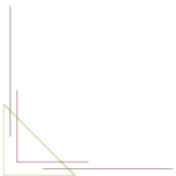
Desplegando materiales dinámicos, un lenguaje cercano y una metodología activa que rompió de inmediato con el tradicionalismo, el especialista dictó una sesión memorable. La cámara de Antonín congelaría para la posteridad aquel instante de profunda mística docente, un testimonio visual donde se aprecia al especialista fundido en el diálogo pedagógico con la niñez de Páucar del Sara Sara.

Postales de la Ruta: La ingeniería incaica bajo el Sara Sara

El viaje de retorno y los traslados interprovinciales también alimentaban el espíritu observador de Antonín. En el extenuante pero fascinante trayecto por carretera que unía las localidades de Coracora y Pausa, justo debajo de la imponente cordillera y del nevado Sara Sara, el paisaje revelaba una de las mayores grandezas del pasado peruano.

Ante los ojos del maestro aparecieron los majestuosos andenes contruidos por los incas siglos atrás. Aquellas colosales terrazas agrícolas, escalonadas con precisión matemática sobre las faldas de las montañas, no eran simples reliquias arqueológicas inertes; Antonín constató

con admiración que, en pleno siglo XXI, seguían siendo plenamente utilizadas por los pobladores agricultores de la zona para el cultivo de sus productos. Capturando aquella armonía entre el hombre, la historia y la naturaleza, inmortalizó el paisaje con su lente, dejando constancia de que la sabiduría ancestral seguía viva en el sur.



CAPÍTULO X

MISIÓN CUMPLIDA Y EL RETORNO AL HOGAR EL BALANCE TÉCNICO EN LA CAPITAL Y LA GRATITUD AL MAGISTERIO

Después de haber cumplido con creces la alta encomienda asignada en las hermosas y acogedoras provincias sureñas de Ayacucho, Antonín emprendió el largo viaje de retorno hacia la capital de la república. El objetivo inmediato era rigurosamente institucional: estructurar y presentar un detallado informe escrito ante las autoridades del Ministerio de Educación. En su fuero interno, el especialista guardaba un profundo sentimiento de gratitud hacia el MINEDU por haber depositado en él la confianza para liderar tan noble labor, experimentando la íntima satisfacción de haber contribuido, desde su modesta trinchera, a la mejora de la escuela pública en esa emblemática región del país.

Aquel extenso viaje andino dejó una huella imborrable en el maestro. Antonín no escatimaba palabras para reconocer y honrar la figura de los valientes maestros y maestras de esas lejanas provincias sureñas, hombres y mujeres que, desafiando las distancias y con un esfuerzo casi sobrehumano, trabajaban incansablemente día a día para guiar a la niñez ayacuchana hacia un porvenir más

digno. Cada una de las innumerables anécdotas, los diálogos en las aulas y las reconfortantes experiencias vividas a lo largo de la ruta quedaron cuidadosamente consignados y resguardados en las páginas de su diario personal, como un tesoro de su memoria viva.

El nuevo destino y el quiebre de la salud

Instalado nuevamente en Lima tras culminarla entrega de sus balances, Antonín recibió una comunicación formal por parte de la Dirección Pedagógica del Ministerio con la cual había venido colaborando estrechamente. El documento traía consigo un nuevo y estimulante desafío: para el venidero año 2015, el Ministerio lo había designado oficialmente para prestar sus servicios profesionales en la cálida región de Ica, continuando con el despliegue de la estrategia nacional.

Sin embargo, los hilos del destino volvieron a cambiar de rumbo de forma imprevista. Lamentablemente, la exigencia de los viajes, el cambio drástico de climas y el desgaste físico pasaron factura a su organismo; debido a serias cuestiones de salud, Antonín se vio forzado a declinar la propuesta y a tomar la difícil decisión de retornar definitivamente a la provincia de Utcubamba, el territorio donde residía su amada familia y donde su cuerpo encontraría el necesario descanso.

Lecciones de la capital y del Perú profundo

Aquel periodo de intenso trabajo, tanto en los auditorios de Lima Metropolitana como en las escuelas rurales y polidocentes de Ayacucho, dotó a Antonín de un conocimiento maduro y descarnado sobre la verdadera realidad educativa del Perú. Antes de emprender este periplo ministerial, el maestro abrigaba la creencia común de que la educación en la capital superaba con creces a la que se impartía en el interior del país, de manera muy especial en comparación con las áreas rurales periféricas.

No obstante, la experiencia directa en el campo se encargó de derribar aquel mito. Antonín descubrió con asombro que la gran capital también albergaba deficiencias y desafíos educativos colosales, maestros desmotivados y aulas sumidas en la rutina; mientras que, en los confines más apartados de las provincias rurales, halló a docentes profundamente comprometidos, ávidos de actualización y batallando con uñas y dientes por elevar la calidad de la enseñanza de la patria.

En última instancia, este viaje enriquecedor le permitió a Antonín mirar mucho más allá de las apariencias iniciales, logrando desentrañar la complejidad y las necesidades cambiantes del sistema educativo peruano. Con cada paso andino y con cada aula visitada, el especialista cosechó valiosas lecciones de vida y pedagogía que terminaron por sellar una huella profunda e imborrable en su dilatado camino personal y profesional.

Director designado: El retorno a las bases en Huarangopampa

El desafío de volver al llano rural

Los hilos del destino profesional de Antonín tomaron un rumbo de estricta coherencia con su trayectoria. Tras haber aprobado con solvencia el riguroso examen del concurso nacional para directores en la provincia de Utcubamba, el maestro fue oficialmente designado para desempeñarse como director de la Institución Educativa N.º 16602, ubicada en el caserío de Huarangopampa, a escasos treinta minutos de la ciudad de Bagua Grande.

Aquella designación representaba un contraste notable en su carrera: Antonín venía de ejercer la máxima autoridad educativa local como director de la Unidad de Gestión Educativa Local (UGEL) de Utcubamba. Sin embargo, al observar el almanaque de su vida y constatar que le faltaba poco tiempo para su jubilación —escasamente cuatro años—, tomó la valiente decisión de no buscar la comodidad de un escritorio administrativo, sino asumir el nuevo y apasionante reto de liderar aquella escuela rural.

A esta determinación se sumaba, de manera muy profunda, su arraigado espíritu investigador. A lo largo de su vida, Antonín había enseñado teoría pedagógica y modelos de gestión tanto en las aulas del Instituto Superior Pedagógico Público (ISPP) "José Santos

Chocano" como en las aulas de la Universidad Nacional "Pedro Ruiz Gallo", donde había tenido la oportunidad de trabajar como docente contratado.

Asimismo, su experiencia como capacitador de la UGEL Utcubamba y su reciente paso como especialista del Ministerio de Educación en las alturas de Ayacucho lo colocaban en una posición única.

El maestro sentía el deber moral y científico de comprobar, en el lugar de los hechos, si todo aquello que se pregonaba desde las altas esferas de la superioridad educativa era realmente aplicable en la práctica.

Antonín quería responder a una queja transversal que había escuchado a cientos de profesores rurales a lo largo de su carrera:

«Es imposible aplicar lo que el Ministerio de Educación propone desde detrás de un escritorio...»

La prueba de fuego: Cuatro años de sacrificio y resultados

Antonín fue plenamente consciente de que se encontraba ante un reto mayúsculo y una oportunidad dorada que debía afrontar en ese preciso instante. Confiando en la fortaleza que Dios siempre le había provisto ante las

grandes encrucijadas de su vida, aceptó el desafío sin titubeos.

Al cabo de los cuatro años de gestión en la dirección de la I.E. N.º 16602, el balance fue contundente: Antonín demostró con hechos que sí es posible aplicar la gran mayoría de las estrategias metodológicas innovadoras en las aulas rurales, incluso cuando se carece de los recursos materiales e indispensables. No obstante, el experimento social y pedagógico tuvo un costo alto.

Para alcanzar el éxito y elevar la calidad educativa del caserío, fue necesario el sacrificio personal: resignar valiosas horas de descanso, renunciar a los disfrutes de los fines de semana y, en muchas ocasiones, sobrellevar la distancia de la propia familia. Para él, todo ello era el precio natural de cumplir con una encomiable e irrenunciable labor docente.

El Triple Sacrificio Del Docente

La alianza matriarcal: El primer paso hacia la transformación

El maestro sabía perfectamente que el logro de objetivos en un caserío con tantas falencias estructurales como Huarangopampa no se podía conseguir en la soledad de

la dirección. Por ello, el primer paso estratégico de su gestión fue convocar y ganarse la confianza de la comunidad.

Fue en las asambleas comunales donde Antonín descubrió la verdadera fuerza del caserío: la inmensa mayoría de los aliados que dieron un paso al frente eran madres de familia. Fueron estas mujeres valientes quienes, contagiadas por el entusiasmo y el liderazgo del nuevo director, se comprometieron decididamente a trabajar codo a codo con él. Aquella alianza estratégica entre el director y el matriarcado local se convirtió en el motor fundamental que iniciaría la transformación física y pedagógica de la bella escuela de Huarangopampa.

La transformación de la escuela en el desierto

El diagnóstico de la precariedad

Al asumir la dirección, Antonín comprendió de inmediato que la Institución Educativa N.º 16602 arrastraba el peso del tiempo y del olvido estatal. Había sido fundada medio siglo atrás, conjuntamente con otros planteles pioneros de la provincia de Utcubamba, pero el paso de las décadas no se había traducido en modernidad. Con el rigor metodológico que lo caracterizaba, el nuevo director inició su gestión elaborando un exhaustivo diagnóstico situacional de la escuela. Los resultados que arrojó el estudio pintaron una realidad desgarradora y desafiante:

- **Crisis hídrica:** La escuela contaba con infraestructura para servicios higiénicos, pero carecía por completo de agua. Las madres de familia le revelaron que, para paliar la escasez, ellas se turnaban diariamente para cargar el agua a pulso desde un canal de regadío comunal. Si por alguna razón el turno se incumplía, el director anterior se veía obligado a interrumpir las labores para enviar a los estudiantes de los grados superiores a transportar el agua en un mototaxi.
- **Ausencia de áreas verdes:** Debido a la falta crónica del recurso hídrico, el perímetro escolar carecía por completo de árboles, plantas o jardines, asemejándose más a un páramo estéril que a un espacio de desarrollo infantil.
- **Mobiliario obsoleto:** No existían carpetas individuales ni adecuadas. El mobiliario se reducía a unas bancas comunales y mesas bipersonales sumamente antiguas, desgastadas e incómodas, las cuales resultaban totalmente inapropiadas para la ergonomía y el libre movimiento de los niños más pequeños.
- **Inundación térmica:** Las aulas estaban techadas con planchas de calamina y equipadas con ventanas de vidrio cerradas. Bajo el implacable sol de la zona, el calor dentro de los salones se volvía insoportable. Desesperados por las altas temperaturas, los estudiantes se quitaban las camisas y los zapatos a mitad de la clase; el estrés térmico permanente mellaba su concentración y

detonaba conductas agresivas e intolerancia entre compañeros de aula.

- **Falta de espacios productivos:** La institución no poseía un huerto escolar ni ningún área destinada a que los alumnos realizaran sus prácticas agrícolas o de ciencias naturales.
- **Apatía comunal y rezago pedagógico:** Los padres de familia se encontraban fragmentados, desmotivados y sin ánimos de trabajar de manera cohesionada para sacar adelante el plantel. En el plano estrictamente académico, la gran mayoría de los estudiantes evidenciaba severas deficiencias en las capacidades matrices de comprensión lectora y producción de textos.

Problemas álgidos, soluciones urgentes

Antonín sabía que un diagnóstico sin acción no era más que un papel archivado. Rompiendo la inercia del pasado, se reunió de inmediato con el presidente de la Asociación de Padres de Familia (APAFA) de aquel entonces, el señor Segundo Antonio Portilla Linares para trazar una estrategia. Juntos convocaron a una asamblea general comunal. Con voz clara y firme, el director expuso ante la comunidad los críticos hallazgos del diagnóstico, pero no se limitó a señalar las fallas: planteó un paquete de propuestas de solución urgentes y tangibles.

Al concluir el debate, con el entusiasmo de las madres de familia ya encendido, la asamblea general aprobó por consenso un plan de reingeniería institucional que contemplaba los siguientes acuerdos:

1. Instalar un sistema de agua entubada para los servicios higiénicos mediante la adquisición e implementación de una electrobomba.
2. Adquirir nuevo y moderno mobiliario escolar adaptado a las necesidades de los alumnos de primaria.
3. Cercar el perímetro de la institución educativa utilizando materiales desechables de la zona para habilitar un huerto escolar seguro.
4. Implementar una emisora radial escolar denominada *Radio Huarangopampa*.
5. Pintar y ambientar pedagógicamente las aulas, además de refaccionar íntegramente los servicios higiénicos.
6. Reconstruir la cocina y el comedor destinados a la atención del programa de alimentación escolar Qali Warma.
7. Desarrollar una campaña intensiva de arborización en todo el contorno del plantel.

El Plan de reingeniería en Huarangopampa

Todas estas ambiciosas metas quedaron debidamente normadas y estipuladas en el Plan Anual de Trabajo (PAT) y el Proyecto Curricular de la Institución Educativa (PCI). Para el financiamiento de las obras de infraestructura, Antonín planificó minuciosamente el uso estratégico de las partidas económicas asignadas por el Programa de Mantenimiento Escolar del Estado.

En el plano pedagógico, para revertir el rezago en comunicación y ciencia, diseñó un innovador proyecto titulado: **"La radio bocina y el huerto escolar como estrategias de aprendizaje"**.

El milagro del agua y el nuevo rostro escolar

Las obras no se hicieron esperar. Bajo la dirección de Antonín, las actividades comenzaron a ejecutarse de manera casi simultánea, inyectando un dinamismo nunca antes visto en el caserío. Sin embargo, la prioridad absoluta se le otorgó a la conquista del agua.

El director Antonín gestionó la compra de los materiales requeridos, adquiriendo en primer lugar una potente electrobomba. El reto técnico era considerable: se debía bombear el agua desde el canal comunal de regadío hasta las instalaciones de la institución, salvando una distancia promedio de 500 metros. Con la compra de tubos, uniones

y el esfuerzo físico de la comunidad, las tuberías cruzaron el terreno.

El día en que el motor encendió y el agua brotó con fuerza en los caños de la escuela, Huarangopampa cambió para siempre. La llegada constante del recurso hídrico marcó el nacimiento de una nueva era: la escuela comenzaba, literalmente, a tener vida, y el desierto empezó a retroceder ante la promesa de los futuros jardines.

A la par del milagro del agua, Antonín concentró sus esfuerzos en dignificar las aulas. El mobiliario vetusto fue reemplazado en su totalidad por mesas y sillas de madera nuevas, cómodas y diseñadas especialmente para cada estudiante del nivel primario, garantizando que los niños de inicial también mantuvieran un espacio idóneo para su edad.

Finalmente, las paredes desgastadas por los años fueron pintadas y ambientadas con colores vivos y motivos pedagógicos. Cada una de estas mejoras físicas fue solventada con transparencia mediante los fondos de Mantenimiento Escolar del Ministerio de Educación, complementados decididamente con los fondos recaudados en las actividades económicas organizadas por el incansable comité de madres de familia del caserío. La escuela ya no era un desierto; era un hogar para el aprendizaje.

El núcleo de la innovación: Elevar el aprendizaje rural multigrado

Para Antonín, la reconstrucción física de la infraestructura no era el destino final, sino el escenario necesario para alcanzar la verdadera razón de ser de toda institución educativa: la mejora sustancial de los aprendizajes de sus estudiantes. En el contexto de una escuela rural multigrado como la I.E. N.º 16602, este desafío adquiría una complejidad mayor. Elevar la calidad educativa en estas aulas no significaba replicar mecánicamente los modelos urbanos, sino diseñar e implementar estrategias y enfoques educativos específicos que permitieran a niños de diferentes edades y grados —coexistiendo en un mismo espacio— alcanzar un nivel de desarrollo cognitivo efectivo, equitativo y de alta calidad.

Consciente de que las escuelas rurales multigrado enfrentan retos únicos debido a la combinación de varios niveles en un solo salón de clases y a la histórica limitación de recursos estatales, Antonín estructuró la propuesta técnico-pedagógica de su gestión sobre la base de ocho pilares fundamentales para la transformación del aula:

- **Diferenciación instruccional:** Reconociendo con agudeza las diferencias individuales en los ritmos y niveles de habilidad de cada niño, los maestros debían adaptar la enseñanza mediante actividades y materiales variados, permitiendo que cada estudiante

progresara a su propio ritmo sin ser frenado ni rezagado.

- Agrupamiento flexible: Organizar a los alumnos temporalmente según sus niveles de competencia específicos para tareas concretas, facilitando el andamiaje idóneo, el apoyo personalizado o la asignación de desafíos adicionales de acuerdo con sus necesidades del momento.
- Uso estratégico de la tecnología: Incorporar plataformas educativas en línea, aplicaciones y recursos digitales interactivos como herramientas aliadas para que el docente dosificara contenidos adaptados al perfil individual de los estudiantes en entornos multigrado.
- Aprendizaje cooperativo: Fomentar activamente la colaboración e interacción entre niños de diferentes grados en el desarrollo de proyectos comunes, permitiendo que aprendieran unos de otros, potenciando el liderazgo de los mayores y consolidando las habilidades de trabajo en equipo.
- Planificación curricular flexible: Adaptar y diversificar el currículo nacional respondiendo directamente a la realidad del entorno rural, incorporando la riqueza, saberes y ejemplos del contexto local para hacer el aprendizaje significativamente relevante para los alumnos.
- Participación activa de la comunidad: Integrar de forma orgánica e irrenunciable a los padres de familia y a la comunidad en el proceso formativo,

convirtiéndolos en agentes coeducadores dentro del proyecto escolar.

- Capacitación y actualización docente: Proveer al equipo docente de herramientas conceptuales y metodológicas idóneas para el manejo técnico de aulas multigrado, incrementando su efectividad pedagógica en la práctica diaria.
- **Evaluación formativa sistemática:** Implementar procesos de evaluación formativa continuos y regulares para registrar el progreso real de los estudiantes, utilizando los resultados como retroalimentación inmediata para ajustar y reorientar las estrategias de enseñanza.

Cosechando frutos: Los resultados impactantes del proyecto

La puesta en marcha del proyecto de innovación, lejos de quedarse en un plano meramente teórico, generó una transformación profunda y medible en el comportamiento, la práctica pedagógica y el entorno social de la escuela rural. Al concluir los periodos de evaluación sistemática y formativa liderados por la dirección, Antonín pudo consolidar con enorme satisfacción profesional los siguientes resultados de impacto:

- **Desarrollo de la expresión oral en contextos diversos:** Los estudiantes lograron expresar

oralmente y con una notable coherencia sus ideas, opiniones y sentimientos profundos, desenvolviéndose con seguridad en una amplia variedad de contextos comunicativos.

- **Potenciación de las competencias comunicativas matrices:**

Se evidenció una mejora sustancial en las competencias de comprensión lectora y producción de textos escritos de los alumnos, utilizando de manera articulada y didáctica la emisora radial escolar y el espacio vivo del huerto pedagógico.

- **Institucionalización curricular de la innovación:**

El cien por ciento del cuerpo docente incorporó de manera formal y orgánica en su planificación curricular anual y de aula el uso de la *Radio Bocina Huarangopampa* y el huerto escolar como estrategias matrices de aprendizaje interactivo.

- **Fortalecimiento del rol coeducador del hogar:**

Las madres de familia del caserío asumieron un rol sumamente activo y comprometido, brindando un apoyo decisivo y constante en el desarrollo diario de las tareas escolares de sus hijos en el hogar.

Impacto multidimensional del proyecto análisis de impacto

La conquista de la palabra y la expresión oral. Al profundizar de manera específica en el Resultado 1, el cual se convirtió en uno de los logros más conmovedores y significativos de la gestión de Antonín, se constató un quiebre definitivo con el pasado. Históricamente, los niños de las zonas rurales multigrado tendían a mostrarse tímidos, retraídos o temerosos de expresar sus puntos de vista ante el público o las autoridades escolares.

Sin embargo, a través de la metodología activa del proyecto, las aulas y el patio escolar se convirtieron en espacios de confianza. Los estudiantes de Huarangopampa no solo rompieron el silencio, sino que empezaron a estructurar discursos coherentes, a argumentar sus ideas con solidez y a manifestar sus estados emocionales y sentimientos con total naturalidad. Ya fuera conduciendo un segmento frente al micrófono de la radio bocina, exponiendo los resultados de la siembra en el huerto o interactuando en asambleas escolares, la niñez del caserío demostró que, cuando se les brindan las herramientas y la confianza necesarias, son plenamente capaces de alzar su voz con elocuencia y liderazgo ante el país.

El sello de oro: Reconocimiento con las Palmas Magisteriales (2019): La cumbre de una trayectoria

El año 2019 quedó grabado como un hito imborrable y definitivo en la existencia de Antonín. Faltando exactamente un año para alcanzar su jubilación oficial tras más de cuatro décadas en las aulas seculares, el maestro fue declarado ganador del prestigioso concurso nacional **Palmas Magisteriales en el grado de Educador**. Esta distinción, convocada anualmente por el Ministerio de Educación, constituye el máximo galardón y el reconocimiento más alto que el Estado peruano confiere a los docentes de todos los niveles y modalidades que han dejado una huella profunda en la pedagogía del país.

Habiendo recorrido los caminos de las tres regiones naturales del Perú y conociendo de cerca la realidad de cientos de colegas, Antonín recibió el premio con profunda humildad y con un espíritu de justicia social. Al mirar la medalla, el maestro no pudo evitar pensar en aquellos profesores anónimos que, a pesar de las severas dificultades geográficas, climáticas y las limitaciones materiales de sus comunidades, hacen a diario hasta lo imposible por elevar los aprendizajes de sus alumnos.

Para él, esta alta distinción estatal debería extenderse a un mayor número de docentes en el territorio nacional, funcionando como un motor de motivación intrínseca que

impulse al magisterio a redoblar esfuerzos en favor de una educación pública de auténtica calidad.

Un atardecer de gratitud

La obtención de las Palmas Magisteriales no fue un logro solitario, sino el fruto de una siembra compartida. Con el corazón rebotante, Antonín elevó en primer lugar su gratitud a Dios por otorgarle la salud y la mística necesaria, y de manera fundamental a su familia. El agradecimiento más tierno y profundo fue para su amada esposa, quien con una lealtad a toda prueba lo acompañó fielmente por cada rincón de la accidentada geografía nacional donde le tocó desempeñar su rol de profesor.

Asimismo, extendió su reconocimiento a los colegas de trabajo con quienes compartió el sudor de la jornada escolar, hombres y mujeres de diversos contextos de los cuales aprendió lecciones invaluable y quienes le brindaron una amistad limpia y sincera.

Finalmente, rindió un justo tributo institucional al Ministerio de Educación y a sus órganos descentralizados: la Dirección Regional de Educación (DRE) de Amazonas, la UGEL Utcubamba, la UGEL Lucanas y la UGEL Pausa, entre otras dependencias.

Del mismo modo, honró la memoria de las casas de estudio que confiaron en su solvencia profesional y le abrieron generosamente sus puertas para volcar sus servicios docentes: el ISPP "José Santos Chocano" y la Universidad Nacional "Pedro Ruiz Gallo" (filial Bagua Grande). Cada una de estas instituciones, sus aulas, sus pasillos y sus comunidades de aprendizaje, esculpieron peldaño a peldaño la carrera de Antonín, el maestro laureado que cerraba su ciclo en el magisterio nacional con las Palmas sobre el pecho y el deber plenamente cumplido ante la patria.

Más allá de la jubilación: Un nuevo escenario de servicio

La jubilación oficial del aula secular, acaecida poco después de recibir las Palmas Magisteriales, no significó de ninguna manera el apagón de la mística de Antonín. Un maestro forjado en los senderos de Amazonas y en los rigores del sur profundo no conoce el descanso absoluto; su mente y su espíritu seguían exigiendo servir a la sociedad y a la educación.

La geografía de los días actuales

Hoy en día, el andar de Antonín se desenvuelve con dinamismo en las regiones del norte y nororiente peruano, alternando sus labores de coordinación y conferencias en zonas como Bagua Grande y el departamento de Amazonas. En estas tierras que lo vieron crecer y consolidarse, el maestro sigue siendo una figura de consulta, un referente respetado por directores, docentes y líderes institucionales.

Lejos de aislarse de la realidad internacional, su espíritu investigador sigue más vivo que nunca. En su escritorio actual, Antonín pasa horas revisando y preparando contenidos educativos complejos, analizando temas de geopolítica internacional y la historia de los antiguos imperios de Europa y el Cercano Oriente, demostrando que la curiosidad intelectual de un maestro con Palmas no se extingue jamás.

El regreso a la Tierra: La cosecha del legado

Cuando Antonín contempla el horizonte desde la calidez de su hogar, rodeado del amor incondicional de su esposa y su familia, comprende el verdadero significado del viaje. Aquel niño que alguna vez caminó descalzo sobre el surco de la tierra, sintiendo el aroma de la chacra y el rigor del trabajo agrícola, es el mismo hombre que hoy guarda con

pulcritud la medalla de las Palmas Magisteriales en su pecho.

La obra de su vida está escrita no solo en las páginas de este libro, sino en el alma de los miles de estudiantes que pasaron por sus aulas desde la I.E.N 16931 del caserío fronterizo de El Milagro en el distrito de San José de Lourdes, en la I.E. N°. 16592 del centro poblado de San Martín de Porres, en la I.E. N.º 16211, en el ISPP "José Santos Chocano", en los maestros rurales que transformaron su práctica en Puquio, Pausa y Huarangopampa y en casi toda la región Amazonas; en el orgullo de su amada familia, en especial de su inseparable Yully, que quedó inscrito con letras de oro en la historia de la educación peruana. Su vida actual es la cosecha pacífica, noble y activa de quien supo sembrar con amor en el desierto y hoy ve florecer el bosque. Antonín cumplió: completó con honor el sagrado camino que va La historia de un Maestro Soñador.

Hablar de José Antonio Medina Díaz es hablar de un valioso testimonio de cómo un maestro puede trascender las fronteras del aula, alcanzando uno de los más importantes reconocimientos en el año 2019, cuando el Ministerio de Educación del Perú le otorgó la Condecoración de Palmas Magisteriales en la categoría Educador. Distinción que reconoce a profesionales cuya trayectoria y aporte han impactado significativamente en la educación de sus comunidades y regiones.

José Antonio Medina Díaz representa, así, a ese maestro amazonense que comprendió que educar no consiste únicamente en transmitir conocimientos, sino en asumir la responsabilidad de contribuir a transformar realidades. Su trayectoria nos recuerda que la educación se construye con preparación, perseverancia, liderazgo y, sobre todo, con la convicción de que cada esfuerzo realizado en favor de la escuela puede convertirse en una oportunidad para transformar la vida de otros.



A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'J. Arista'.

JOSE LUIS ARISTA TEJADA
DIRECTOR I.E. 18187
SAN FRANCISCO DEL YESO
DNI: 42181155

CAPÍTULO XI

LOS SUEÑOS NO SE JUBILAN

Antonín pudo jubilarse de la escuela, pero no de sus sueños, de su fe ni de su deseo de servir.

Mucho antes de que llegara el día de despedirse definitivamente de las aulas, algo había comenzado a inquietar profundamente su corazón.

Durante su niñez, bajo el abrigo de sus padres, Antonín había conocido la fe evangélica. En aquel humilde hogar campesino aprendió a escuchar la Palabra de Dios, a orar y a reconocer que, por encima de las dificultades de la vida, existía un Dios en quien podía depositar su confianza.

Sin embargo, cuando salió de su tierra rumbo a la capital para perseguir sus sueños, muchas cosas cambiaron.

Llegaron el trabajo, los estudios, las obligaciones, la lucha por sobrevivir y, posteriormente, las responsabilidades propias de la familia y de la profesión docente. Poco a poco, casi sin darse cuenta, Antonín se fue alejando de aquella vida de fe que había conocido durante su infancia.

No renegaba de Dios.

Tampoco había olvidado completamente las enseñanzas recibidas de sus padres.

En algunas oportunidades asistía a la iglesia y escuchaba nuevamente la Palabra. Pero ya no lo hacía con constancia. Su vida espiritual se había convertido en algo

ocasional, mientras que su esposa Yully permanecía firme en la fe.

Muchas veces ella le había hablado con cariño:

—Antonín, tienes que volver a los caminos del Señor.

Él escuchaba.

A veces prometía hacerlo.

Pero siempre aparecía alguna ocupación, algún compromiso o simplemente el cansancio acumulado después de tantos años de trabajo.

Hasta que un día ocurrió algo que Antonín jamás olvidaría.

Antonín, conmovido por una experiencia inesperada

Por aquel entonces todavía se encontraba en actividad docente y trabajaba en la Institución Educativa N.º 16602 de Huarangopampa.

Era jueves.

Aproximadamente a las dos de la tarde regresó a casa después de cumplir su jornada diaria en la escuela.

Como era costumbre, Yully lo esperaba con el almuerzo preparado.

Antonín llegó agotado.

Había salido temprano y llevaba sobre el cuerpo el cansancio de una jornada más de trabajo. Después de almorzar, solo pensaba en descansar un poco antes de comenzar a preparar las clases del día siguiente.

Cuando terminó de comer, Yully se acercó y, con aquella manera tranquila y cariñosa con que acostumbraba dirigirse a su esposo, le dijo:

—Antonín, hoy me corresponde hacer la limpieza del templo. La hermana que normalmente me ayuda está enferma. ¿Podrías acompañarme, por favor?

Antonín la miró con los ojos cargados de sueño.

—Estoy muy cansado, Yully. Tú sabes que salgo temprano a trabajar. A esta hora necesito descansar un poco y después todavía tengo que preparar la clase para mañana.

Ella insistió suavemente:

—Acompáñame. Tú no vas a limpiar. En el templo hay bancas grandes y alfombras. Puedo acomodarte un lugar para que descanses mientras yo termino la limpieza.

Antonín la observó unos segundos.

Finalmente cedió.

—Está bien, viejita cargosa. Te acompañaré.

Yully sonrió.

—Gracias. Entonces vayamos pronto, porque el templo es grande y, si me demoro, terminaré muy tarde.

Tomaron una mototaxi y minutos después llegaron a la iglesia.

Mientras Yully abría la puerta, Antonín permaneció unos instantes observando aquel lugar.

No era completamente extraño para él.

En otras oportunidades había estado allí acompañando a su esposa y había escuchado predicaciones y enseñanzas bíblicas. Sin embargo, hacía mucho tiempo que no se detenía verdaderamente a pensar en ellas.

De pronto, mientras ingresaba al templo, una frase bíblica apareció con extraordinaria claridad en su mente:

«Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela».

Antonín quedó pensativo.

Supuso que simplemente era un recuerdo de las antiguas predicaciones que había escuchado allí. Incluso recordó a un pastor que durante años había enseñado en aquel lugar y que ya había fallecido.

No le dio demasiada importancia.

Yully, mientras tanto, preparó un lugar para que pudiera descansar.

—Ven, Antonín —le dijo—. Aquí puedes acostarte. Ya te preparé tu camita.

—Gracias —respondió él.

Estaba a punto de recostarse cuando otra frase apareció repentinamente en su mente:

«Esfuézate y sé valiente».

Intentó ignorarla.

Pero las palabras regresaron.

«Esfuézate y sé valiente».

Una vez.

Y otra.

Y otra vez.

Se repetían dentro de su mente con una insistencia que comenzó a desconcertarlo.

Entonces ocurrió algo todavía más extraño.

El cansancio desapareció.

También el sueño.

Antonín sintió de pronto una energía inexplicable, como si acabara de levantarse después de una noche completa de descanso.

Se incorporó.

Miró a Yully y le dijo:

—Pásame una escoba.

Ella se volvió sorprendida.

—¿Una escoba? Descansa, Antonín. Estás cansado.

—Estaba cansado —respondió—. Ahora me siento como nuevo.

Y sin esperar más explicaciones, comenzó a ayudarla.

Barrió.

Sacudió los muebles.

Movió algunas cosas.

Entre ambos fueron dejando el templo completamente limpio.

Pero algo continuaba ocurriendo dentro de Antonín.

Cuando terminaron la limpieza, sintió un deseo que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Quería cantar.

Quería orar.

Quería acercarse nuevamente a Dios.

Después de permanecer unos segundos en silencio, miró a su esposa.

—Yully, tengo ganas de orar. ¿Me acompañas al altar?

Ella quedó sorprendida.

Hacía mucho tiempo que Antonín no congregaba con regularidad y menos aún que tomaba espontáneamente la iniciativa de orar.

—Sí, claro —respondió.

Caminaron juntos hacia el altar.

Allí se arrodillaron.

Antonín comenzó a orar.

Al principio fueron pocas palabras.

Después las palabras se convirtieron en lágrimas.

No comprendía completamente lo que estaba sucediendo dentro de él. Solamente sabía que sentía la necesidad profunda de pedir perdón por los años en que había vivido alejado de aquella fe que sus padres le enseñaron durante su niñez.

La oración se prolongó.

Antonín lloraba, oraba y recordaba.

Recordaba al niño de Chugur.

Recordaba a sus padres.

Recordaba los caminos recorridos.

Recordaba las veces que había sentido que alguna fuerza superior lo sostenía cuando las circunstancias parecían cerrarle todas las puertas.

Cuando finalmente se levantó, algo dentro de él había cambiado.

Aquella noche regresó con Yully al culto.

La reunión terminó después de las diez, pero Antonín no sentía sueño.

Al contrario.

Tenía deseos de seguir leyendo la Biblia.

Quería cantar aquellas alabanzas que durante tantos años habían permanecido arrinconadas en algún lugar de su memoria.

Cuando regresaron a casa, tomó nuevamente la Biblia.

Las horas comenzaron a pasar.

Llegó la medianoche.

Yully estaba agotada.

—Viejita, anda a descansar —le dijo Antonín—. Yo todavía no tengo sueño.

Ella se fue a dormir.

Antonín permaneció despierto.

Leyó.

Oró.

Meditó.

Y así pasó prácticamente toda la noche.

Una fuerza que él mismo no comprendía

Llegó la hora de ir a trabajar.

Cualquier persona que hubiera permanecido despierta durante toda la noche habría esperado encontrarse agotada.

Pero Antonín no se sentía así.

Desayunó y salió hacia la escuela acompañado de otro profesor que trabajaba en la misma institución.

Para sorpresa de quienes conocían su rutina, desempeñó normalmente sus labores.

Dio clases.

Atendió a sus estudiantes.

Cumplió con todas sus responsabilidades.

Y el cansancio simplemente parecía no llegar.

Cuando regresó a casa aquella tarde, tampoco sintió deseos de dormir.

Continuaba experimentando aquella necesidad intensa de leer la Biblia y orar.

Recién pasada la medianoche consiguió conciliar el sueño.

Fue entonces cuando tuvo una experiencia que quedaría profundamente grabada en su memoria y que él interpretaría como un mensaje relacionado con su vida espiritual.

El sueño que Antonín nunca olvidó

En su sueño, Antonín se encontraba en un caserío rural.

Todo era muy pobre.

Las viviendas tenían paredes de quincha y techos de paja.

Era de noche.

No había electricidad.

La oscuridad cubría prácticamente todo el lugar y apenas podía distinguir las siluetas de algunas casas.

Entonces Antonín se miró a sí mismo.

Su ropa estaba sucia.

Andrajosa.

Deshilachada.

Su cabello estaba enmarañado y su apariencia era la de una persona que llevaba mucho tiempo abandonada.

Dentro del mismo sueño tuvo la sensación de que había perdido la razón.

«He estado loco», pensó.

Y creyó encontrarse en uno de aquellos momentos de lucidez que, según había escuchado alguna vez, pueden experimentar las personas que padecen determinados trastornos mentales.

Comenzó a caminar.

Todo a su alrededor permanecía sumergido en la oscuridad.

Sin embargo, al fondo del caserío observó algo diferente.

Una vivienda estaba iluminada.

Pero no era una luz cualquiera.

Era intensamente blanca.

Resplandecía de una manera extraordinaria en medio de la oscuridad.

Antonín comenzó a acercarse.

A medida que avanzaba, logró distinguir a dos personas.

Había un hombre vestido de blanco y junto a él una mujer vestida de color celeste. Parecían estar atendiendo a alguien que permanecía acostado sobre una camilla.

Antonín interpretó inmediatamente la escena.

«Debe ser un médico», pensó.

Y entonces se dijo:

«Iré también para que me cure».

Comenzó a caminar hacia aquella luz.

Pero mientras avanzaba, recordó la condición en que se encontraba.

Miró su ropa rota.

Su cuerpo descuidado.

Su cabello enmarañado.

Sintió vergüenza.

Pensó que no podía presentarse de aquella manera ante el médico.

Entonces intentó esconderse nuevamente entre la oscuridad.

Pero el hombre vestido de blanco ya lo había visto.

Con una voz serena le dijo:

—Amigo, no tengas miedo ni vergüenza. Ya no estás loco. Estabas loco, pero ya te sané. Ahora solamente falta sanar tus heridas.

Antonín despertó sobresaltado.

Las últimas palabras parecían seguir resonando en sus oídos.

Durante algunos segundos permaneció inmóvil.

El sueño había sido tan intenso que le costaba distinguir la frontera entre lo que acababa de soñar y la realidad de la habitación donde se encontraba.

Se levantó.

Se arrodilló.

Y comenzó nuevamente a orar.

Antonín interpretó aquella experiencia como una respuesta a lo que había vivido durante los días anteriores.

En su comprensión espiritual, Dios le estaba mostrando que podía comenzar de nuevo.

Se sentía perdonado.

Pero aquellas palabras —«ahora falta sanar tus heridas»— permanecieron profundamente grabadas en su corazón.

Comprendió que, aunque el perdón podía recibirse, las decisiones de la vida también dejan huellas, recuerdos y heridas que necesitan tiempo, reconciliación y restauración.

Yully, la compañera que nunca dejó de creer

A la mañana siguiente, Antonín le contó detalladamente el sueño a Yully.

Ella escuchó en silencio.

Había acompañado a su esposo durante buena parte de su vida.

Había conocido sus luchas.

Había celebrado sus triunfos.

Había compartido las dificultades económicas, los proyectos, los viajes, las responsabilidades familiares y los largos años de trabajo docente.

Y, durante todo ese tiempo, había permanecido firme en su fe.

Después de escuchar a Antonín, le dijo:

—Mira, Antonín. Ya estás cerca de jubilarte de la educación. Tenemos mucho que agradecerle a Dios.

Hizo una pequeña pausa.

—Mira de dónde hemos salido. Hubo un tiempo en que vivíamos en extrema pobreza y parecía que muchos de nuestros sueños nunca llegarían a cumplirse. Tú trabajabas de día y estudiabas de noche. Luchabas para salir adelante. Pero en todo ese camino Dios te dio fuerzas, conocimiento y sabiduría.

Antonín la escuchaba atentamente.

Yully continuó:

—Logramos salir adelante. Pudimos trabajar honradamente y servir en los pueblos donde nos tocó vivir. Pero ahora quizá está comenzando otra etapa.

Antonín levantó la mirada.

—Estás a punto de jubilarte de un trabajo —prosiguió ella—, pero eso no significa que tengas que jubilarte del servicio. Tal vez ha llegado el momento de prepararte para otro ministerio, uno en el que puedas seguir sirviendo mientras Dios te dé vida.

Entonces pronunció unas palabras que Antonín no olvidaría:

—Te sugiero que estudies en el Instituto Bíblico. Prepárate. Quizá Dios todavía tenga otro trabajo para ti.

Antonín permaneció en silencio.

Aquella idea comenzó a crecer dentro de él.

Durante prácticamente toda su vida había estudiado.

Primero, para vencer el analfabetismo y las limitaciones que amenazaban su futuro.

Después para convertirse en maestro.

Más adelante, para perfeccionarse profesionalmente.

¿Sería posible comenzar nuevamente a estudiar cuando muchos de sus contemporáneos solamente pensaban en descansar?

La respuesta apareció casi inmediatamente en su interior: Sí. Porque los sueños no se jubilan.

Del aula escolar al aula bíblica

Antonín tomó una decisión.

Estudiaría Teología.

Para algunos podía parecer extraño que un hombre próximo a jubilarse volviera nuevamente a sentarse en un aula como estudiante.

Para Antonín no lo era.

Toda su vida había sido una búsqueda constante de conocimiento.

Solamente que ahora quería estudiar no para obtener un ascenso profesional ni para mejorar su posición laboral,

sino para comprender mejor aquella fe que había conocido desde niño y prepararse para servir.

Se matriculó en el Instituto Bíblico.

Volvió a los cuadernos.

Volvió a las lecturas.

Volvió a las tareas.

Volvió a experimentar la responsabilidad de rendir evaluaciones y presentar trabajos.

Era como regresar muchos años atrás.

Pero había una enorme diferencia.

Ya no era aquel muchacho pobre que estudiaba por las noches después de trabajar todo el día en una zapatería.

Ahora era un maestro con una larga trayectoria, un esposo, un padre y un hombre que llevaba sobre sus hombros décadas de experiencias.

Sin embargo, frente al conocimiento, volvió a sentirse alumno.

Estudió durante seis semestres.

Profundizó en las Escrituras.

Aprendió Teología.

Reflexionó sobre la misión de la Iglesia.

Y comenzó a comprender que muchas de las experiencias vividas a lo largo de su existencia podían convertirse

también en herramientas para acompañar, enseñar y servir a otros.

Finalmente, llegó el momento de culminar sus estudios.

Antonín presentó y sustentó un trabajo de investigación ante un jurado calificador.

Después de tantos años de haber luchado por su primera educación, nuevamente se encontraba defendiendo un trabajo académico.

Al concluir satisfactoriamente aquel proceso, obtuvo su Diploma en Teología.

Era una nueva meta alcanzada.

Pero esta vez el diploma no representaba el final.

Representaba el comienzo.

Un nuevo maestro para una nueva aula

La vida todavía tenía una sorpresa más preparada para Antonín.

Después de haberse formado en el Instituto Bíblico Pentecostal, fue convocado para desempeñarse como docente en la misma institución donde había estudiado.

El antiguo estudiante volvía a convertirse en maestro.

Parecía que la historia cerraba un círculo perfecto.

Durante muchos años había enseñado a niños y jóvenes en escuelas de diferentes pueblos.

Ahora tendría delante de él otra clase de estudiantes: hombres y mujeres que se preparaban para servir en la Iglesia y enseñar la Palabra de Dios.

Antonín comprendió entonces que su vocación de maestro nunca había terminado.

Solamente había cambiado de aula.

Con el tiempo recibió nuevas responsabilidades.

Posteriormente, fue designado Coordinador Nacional del Ministerio de Educación Cristiana y Teológica de la Iglesia Evangélica Pentecostal del Perú.

Aquel campesino que alguna vez caminó descalzo por los caminos de Chugur, aquel muchacho que trabajó en una zapatería mientras estudiaba por las noches, aquel maestro rural que recorrió pueblos llevando educación, ahora asumía la responsabilidad de contribuir en la formación cristiana y teológica de otras personas.

La vida parecía decirle una vez más que ningún esfuerzo había sido inútil.

Cada etapa lo había preparado para la siguiente.

Los sueños no se jubilan

Finalmente, llegó la jubilación.

Después de tantos años de servicio, Antonín dejó oficialmente la educación pública.

Terminaban las madrugadas preparando clases.

Terminaban los registros, las reuniones, los documentos administrativos y las jornadas escolares.

Atrás quedaban innumerables estudiantes, comunidades, colegas y experiencias acumuladas durante toda una vida dedicada a la enseñanza.

Legalmente, era un maestro jubilado.

Pero Antonín descubrió que existe una enorme diferencia entre jubilarse de un empleo y jubilarse de la vida.

Podían retirarlo de una planilla.

Podían entregarle una resolución de cese.

Podía terminar su vínculo laboral con el Estado.

Pero nadie podía jubilar sus sueños.

Nadie podía jubilar su deseo de aprender.

Nadie podía jubilar su vocación de enseñar.

Y mucho menos podía jubilar su fe.

Durante buena parte de su existencia, Antonín había trabajado en un ministerio que inevitablemente llegaba a su final cuando se cumplían los años establecidos para la jubilación.

Ahora había decidido servir en otro ministerio.

Uno donde no esperaba honores, ascensos ni recompensas materiales.

Un ministerio en el que, según su fe, mientras hubiera fuerzas, siempre existiría algo por hacer.

Educar.

Aconsejar.

Predicar.

Enseñar.

Servir.

Acompañar.

Compartir con otros aquello que la vida le había enseñado.

Así, cuando muchos podían pensar que la historia de Antonín estaba llegando a su final, él descubrió que todavía quedaban páginas por escribir.

Porque la jubilación cerró una etapa de su vida, pero abrió otra.

El maestro continuaba siendo maestro.

El soñador continuaba soñando.

Y aquel niño que un día salió de la chacra llevando prácticamente solo esperanzas terminó comprendiendo algo que quizá había estado escrito silenciosamente a lo largo de toda su existencia:

Los verdaderos sueños no tienen edad.

Los sueños que nacen del deseo de superarse, de servir a los demás y de dejar una huella no terminan con una resolución de jubilación.

Simplemente cambian de camino.

Antonín había concluido su servicio en las aulas de la educación pública.

Pero todavía tenía una escuela por delante.

Una escuela sin paredes determinadas, sin timbres que anunciaran el recreo y sin una fecha establecida para la jubilación.

Era la escuela de la vida, de la fe y del servicio.

Y mientras Dios le concediera fuerzas para caminar, aprender, enseñar y servir, Antonín sabía que todavía tendría un sueño por perseguir.

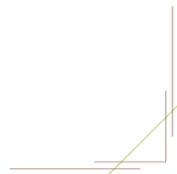
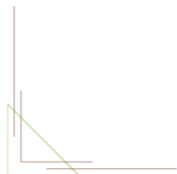
Porque, después de todo lo vivido, había aprendido una última gran lección:

Un maestro puede jubilarse de la escuela, pero un soñador jamás se jubila de sus sueños.



DOSSIER FOTOGRÁFICO

CHUGUR





Centro poblado de Chugur, tierra natal de Antonín.



Este es el lugar por donde Antonín transitó en su niñez y parte de su adolescencia.



El profesor Antonín visita la escuela donde estudió su primaria.



Antonín y su familia visitan su tierra natal. Reunidos en la casa que los albergó en su niñez y adolescencia.



Antonín y sus hermanos visitan a su tierra natal, Chugur.



Antonín y sus padres visitan su tierra natal, Chugur.



Antonín y su familia disfrutando de un periodo vacacional en su tierra natal.



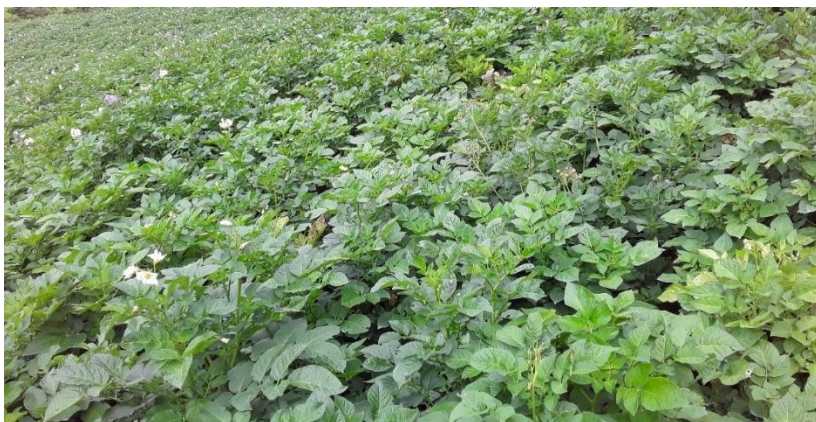
Antonín y sus hermanos menores visitan su tierra natal.



Sobrinos de Antonín visitando el cerro de Chaccha.



Arbustos en la subida al cerro Chacha.



Chacra de papas en los terrenos de Antonín en Chugur.

Anguía, Tierra de fe



Plaza mayor del distrito de Anguía “Tierra de fe”.



*Antonín con su promoción de estudios primarios.
Después de algún tiempo, recordaron cuando iban a
traer chirimoyas de las Colpas.*



Antonín y su dilecto amigo el Prof. Santos Yrigoyen Saldaña el entrañable amigo de Antonín en la plaza mayor de Tacabamba.

En Lima



Promoción de Antonín Gran Unidad Escolar “Ricardo Bentín” (Hoy I.E. emblemática).



*Yully con su amiga, confidente y promoción de estudios.
Tal como la describieron las parientas de Antonín.*



Yully, la chica que, flechó y cautivó a Antonín.

El Milagro San José de Lourdes



El profesor Antonín con su esposa Yully y sus hijos. El Milagro- San José de Lourdes (1984).



Aquí se inicia Antonín como profesor Y director en la I.E. N° 16931 caserío El Milagro (1980).



Antonín y su adorable princesita – primogénita.



El profesor Antonín de la I.E. 16211- B:G: con sus estudiantes visitando la ciudad de Cajamarca..



El director de la UGEL. Utcubamba profesor Antonín, en la reunión de autoridades en el distrito de Jamalca-Utcubamba.



El profesor Antonín, especialista de la UGEL Utcubamba desarrollando un taller de capacitación docente en Bagua Grande.



El especialista Antonín estimula con aplausos a los profesores por sus logros en la exposición de trabajos.



El especialista de la UGEL Utcubamba, desarrolla talleres en todo contexto,



El director Antonín y jefe de personal de la UGEL Utcubamba monitoreando instituciones educativas de áreas rurales.



El especialista Antonín visita a un reconocido director de la I.E. de Naranjos Alto del distrito de Cajaruro-Utcubamba.



El especialista Antonín, empapado por la lluvia y el barro visitó a las instituciones educativas más apartadas de



El especialista Antonín está formado para caminar en todo terreno con tal de cumplir su sagrada misión educativa.



Antonín a veces acompañado y muchas, solo llegaba a las áreas rurales visitando a los maestros para animar a continuar con su labor de educar a la niñez y la juventud.



El especialista Antonín de educación de la UGEL Utcubamba, también se desarrolló en el área urbana.

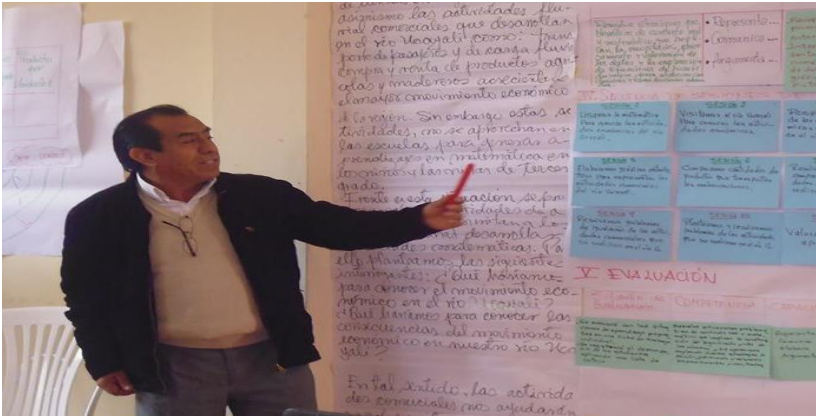


Antonín docente formador del ISPP “José Santos Chocano.”

Antonín en el Ministerio de Educación como especialista



Antonín, en talleres de inducción en el MED- Lima.



Antonín participa activamente en los talleres de inducción.



Antonín, junto a los especialistas del MED realizan coordinaciones con autoridades regionales de Huamanga.





Antonín especialista del MED dirige talleres de capacitación docente a maestros de IIEEs polidocentes – Huamanga.



El especialista del MED en la histórica plaza de armas de la ciudad de Puquio, capital provincia de Lucanas – Ayacucho.



*Antonín especialista del MED en la UGEL de Pausa –
Región Ayacucho. entrevista a la directora y jefe de
personal.*



*El profesor Antonín es reconocido con Palmas
Magisteriales por el Estado Peruano.*



El profesor Antonín, es la ceremonia de condecoración con la Palmas Magisteriales.



El profesor Antonín, posando para la foto del recuerdo después de ser condecorado con las Palmas Magisteriales en el grado de Educador por el Ministerio de Educación.



El profesor Antonín, celebrando la condecoración con sus familiares.

ANTONÍN DIRECTOR DESIGNADO EN HUARANGOPAMPA



Antonín, tomó la decisión de concursar a una plaza de director de escuela siendo designado a la I.E. N° 16602 de caserío de Huarangopampa



Para Antonín era un nuevo reto, demostrar lo que se pregonaba desde los talleres de la UGEL y el MED.



El director Antonín enseñaba con el ejemplo, había mucho por hacer, con pico y pala abrió surcos para instalar un biohuerto.



Poco a poco el biohuerto como estrategia de aprendizaje fue naciendo. La llegada del Prof. Adolio reforzó el proyecto

CUMPLEAÑOS Y JUBILACIÓN DEL MAESTRO ANTONÍN





*Hasta siempre maestro Antonín lo despiden sus colegas
y presidente de AMAPAFA, Sra. Marleny Marín y de paso
¡feliz cumpleaños!*



En casa de Antonín también hay celebración.



Yully esposa y compañera de Antonín, se abrazan celebrando un sueño más cumplido.



Antonín protagonista de un nuevo sueño en un nuevo ministerio donde no hay jubilación. Hoy pastor y profesor del IBP-IEPP: nuevos sueños nuevos retos. Antonín sigue vigente.



Antonín profesor y pastor evangélico de la Iglesia Evangélica Pentecostal del Perú (IEPP).



El profesor y pastor, Antonín, en la ceremonia de promoción de los estudiantes del VI Ciclo del IBP.



Antonín y sus hermanos; Marino, Consuelo, Pedro, Dionisio y Liborio celebrando su cumpleaños.



El profesor Antonín con sus hijos: Fani Esther, Jamilton y Edward Tony.



. Antonín y sus hermanos de sangre unidos por siempre.



Estudiantes del Instituto Bíblico Pentecostal en el centro poblado de Naranjos Alto, donde labora el pastor Antonín.



Antonín con sus nuevos sueños: Pastor y profesor del Instituto bíblico Pentecostal – IEPP.

Esta obra fue diagramada y maquetada en su totalidad
por: Jhon Pari Pérez, por encargo de Ediciones
AURISEDUCA
de Wilfredo David Auris Villegas.
E-mail: edicionesauriseduca@gmail.com
setiembre, 2026
<https://www.edicionesauriseduca.com>





José Antonio Medina Díaz se formó en la G.U.E. Ricardo Bentín, el IESP Víctor Andrés Belaúnde, la UNPRG y la UCV, donde cursó maestría y doctorado. Fue docente, director, especialista, formador y capacitador en escuelas, institutos, universidad, UGEL Utcubamba, DREA y Minedu. Su entrega a la educación fue reconocida con las Palmas Magisteriales, grado Educador.

Actualmente, es Coordinador Nacional del Ministerio de Educación Cristiana y Teológica de la Iglesia Evangélica Pentecostal del Perú.

Auspiciadores de la edición del presente libro



ISBN: 978-612-4446-52-8



9 786124 446528